

✿ A la memoria veneranda ✿

del esclarecido hijo de Santo Domingo,

insigne maestro y apóstol incansable

del Sindicalismo Obrero Católico Libre,

R. P. Pedro Gerard, O. P.,

que el 2 del actual bajó a la tumba

— a descansar de sus fatigas, —

D. O. C.

.....

este humilde folleto en que aletea su espíritu,

cual ferviente plegaria que dirige al Altísimo

repitiendo en todas sus páginas, frases y palabras

Lux aeterna luceat ei!,

su antiguo admirador, amigo y colaborador

EL AUTOR

Pamplona, 8 de Febrero, 1919.





R. P. Pedro Gerard, O. P.

(† 2 de Febrero de 1919)

Al lector

La poesía, como la luz del sol, el aire que respiramos y el agua que bebemos, debe ser común a todos; a ricos y a pobres, a los que viven del trabajo de sus manos, y a los que disfrutan la herencia que les legaron sus padres. Porque la poesía, a la vez que nos anima a la práctica del bien, tiende a endulzar las amarguras de la vida presente. Viene a ser algo así como las flores que hermosean y aromatizan los zarzales del camino...

Por eso me determiné a transcribir en *El Obrero Sindicalista*, órgano oficial del Centro de Sindicatos C. L. de Pamplona, algunas poesías que intitulé «sindicalistas», no porque todas ellas lo fueran en sí mismas consideradas, sino porque a todas añadí algún breve comentario en sentido sindicalista católico libre. De esta manera, saboreaban los obreros las delicadas estrofas que brotaron de la pluma de insignes poetas, así antiguos como contemporáneos, y alimentaban al mismo tiempo el fuego sacro, que arde en su pecho, por el sublime ideal de «Religión, Familia, Patria, e Intereses de clase».

Completado el número con otras no menos interesantes, háse formado este folleto de «Poesías Sindicalistas en torno de la cuestión social». Y si bien no es fácil reducir estas composiciones a un orden riguroso, puede decirse sin embargo que no carecen de aquella «unidad» que reclama Horacio en toda obra poética.

Porque las primeras poesías (I-XIII) exponen la *na-*

*tural*eza y causas principales de la cuestión social. Y así después de hacer constar que «La cuestión social» no es ni meramente económica, ni tan sólo religiosa o política, se indican como causa de ella «las injusticias sociales» que hacen derramar lágrimas de sangre a «los desheredados de la fortuna». Injusticias sociales que si en todo tiempo se han cometido, en nuestros días en que reina por todas partes «el capitalismo sin entrañas», y una refinada «soberbia y vanidad», azuzados por «la prensa liberal», son más frecuentes que en los siglos anteriores del Cristianismo, y han traído de una parte la explotación del obrero a cambio de «salarios de hambre», y de otra—encontrando el Liberalismo económico «en el pecado la penitencia»,—el Socialismo con sus exageradas pretensiones, «el bolcheviquismo» que a la hora presente tiene en conmoción a casi toda la Europa, y las «injusticias de ciertos obreros» que así responden a las injusticias e «hipocresía de algunos patronos». Porque, al fin y al cabo, «ricos y pobres» alejados de las enseñanzas de la Iglesia, y guiados de su natural egoísmo, todos contribuyen, a su manera, a hacer más difícil la cuestión social, cuyas «concausas» son múltiples y variadas.

El segundo grupo de poesías (XIV-XXVIII) propone los principales *remedios generales* para tamaño desorden social. Tales son, que la «Religión y el progreso» marchen, no desunidos, sino en amigable consorcio; el estudio del «catecismo» donde aprendemos «nuestro último fin» y los medios de saciar la «sed de lo infinito» que atormenta a nuestro corazón; «el poema de la Cruz» o contemplación de la muerte de Cristo, que con su sangre rompió las cadenas de la esclavitud, y

con su ejemplo nos enseñó «la caridad» que se apresura a socorrer las miserias del prójimo, y la «esperanza y resignación» en medio de nuestros inevitables dolores; «la instrucción» que despierta nuestras energías latentes y nos pone a salvo de campañas antisociales; el amor al «trabajo» con que hemos de ganar honradamente nuestro sustento y expiar nuestras culpas; la mejor repartición de «la propiedad privada,» condición indispensable para formar personas de orden; la protección a «la agricultura,» base de la prosperidad económica nacional; el culto cívico a «la Patria» que es nuestra común madre; la restauración de la familia por los mutuos lazos de amor de «los padres y los hijos» y la dignidad de «la esposa del obrero»; los sentimientos, por fin, de «almas nobles», que en medio de sus persecuciones saben hacer bien a sus mismos perseguidores.

Las últimas, finalmente, (XXIX-XXXIII) versan sobre el *remedio especial* que para sus males podrán encontrar los obreros, haciéndose "*Sindicalistas católicos-libres*". Porque cumpliendo las leyes de la «mecánica social»; esto es, siendo fieles cumplidores del Reglamento de su Sindicato, no padecerán «servidumbre con visos de libertad», como el que ha dado su nombre a una sociedad socialista o (hablando en general) a un Sindicato mixto o permanece aislado; antes por el contrario, caminando «con pie seguro», practicando el aforismo «menos palabras y más obras», procurando en sí mismos mayor «cultura social», siendo incansables en «la propaganda» por medio de la palabra y de «la pluma», y apelando en los casos de necesidad, con prudencia, rectitud y energía a «la huelga»

verán rasgarse las tinieblas de la noche y dibujarse en el cielo el signo de su liberación: la Cruz de Cristo que corona la cúpula de «la Internacional Cristiana».

Quiera el cielo enviar su rocío sobre estas flores poéticas, para que se mantengan siempre frescas y olorosas. Dígnese, así mismo, inflamar el corazón de mis lectores, de tal manera que vengan a exclamar con el clasicista Ricardo de León:

Tengo un ansia de vivir
que me hace desfallecer,
un vivo afán de querer,
de odiar y de combatir...
Vivir quisiera y morir
viendo en gloriosas cruzadas
las banderas desplegadas
sobre torres altaneras.
Mas ¿dónde hallar las banderas
si están todas desgarradas?
Una sola y es de amor,
se yergue blanca y divina:
*¡la bandera peregrina
de Cristo Nuestro Señor!*
Yo he visto su resplandor
como un incendio en el mar;
yo la he visto al despuntar
un glorioso alborecer...;
*¡por ella, si es menester,
la vida entera he de dar!*

Pamplona, fiesta de S. Juan de Mata, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad para la redención de cautivos, 8 de Febrero de 1919.

EL AUTOR



POESIAS SINDICALISTAS

I

La cuestión social

La vida se deslizaba tranquila. De pronto estalló, a poca distancia, un volcán que entenebreció el cielo con el vapor de su hirviente lava y el humo que salía de su anchuroso cráter. Y la tierra se estremeció, y se conmovieron los cimientos del palacio, y se resquebrajaron sus antiguos muros, y corrieron sus moradores, llenos de terror, en busca de la puerta de salida, y unos cayeron sobre otros, y mutuamente se magullaron....

La humanidad vivía en relativa paz a la sombra de la Iglesia; la justicia y la caridad regulaban de ordinario las relaciones de unas clases con otras. Mas de pronto sopló el viento del odio a la Religión, se encapotó el cielo de las amistosas relaciones humanas, retemblaron los cimientos sociales—Religión, Familia y Propiedad—y estalló con horrible detonación *la cuestión social*.

Obscuro amaga el problema,
centellas la nube lanza;
y al ver que imponente avanza,

casi huye la luz extrema
del corazón: la esperanza,

—
Soberbia y goces, arriba;
odio, apetitos abajo;
en esto el problema estriba,
no en la lucha, siempre viva,
del capital y el trabajo.

—
Si uno es bien y el otro es mal,
ante el placer y el dolor
el hombre al hombre es igual:
¿quién no es un trabajador?
¿quién no tiene un capital?

—
¿No es el músculo de acero
del más infeliz bracero
un capital que, a diario,
rinde en sonante dinero
el interés del salario?

—
¿Y qué otra cosa en conciencia
son, aunque de más valor,
las obras de arte y de ciencia,
sino gotas de sudor
que vierte la inteligencia?

—
Es que hay ansia de gozar;
y furor de destruir,
y cual fiera hay que cazar
fiera que intenta, al rugir,
su cruda ración tomar.

Sí; mientras le abra camino
la infame bomba que estalla,
será su aciago destino
el cadalso y la metralla,
o el triunfo del asesino.

—
Y vencido o vencedor,
¡cuánta desventura cierta!
¿Quién no cegará de horror,
de la sangre que se vierta
con el espeso vapor?

—
Y el problema se agiganta,
y el alma que busca luz
sólo ve, en angustia tanta,
un monte que se levanta,
y sobre el monte una cruz.

—
Y ve que la obscuridad
disipa fulgor de aurora,
y oye en dulce suavidad
la palabra redentora
de Cristo que es... ¡Caridad!

—
Ella hace humilde al que pena
y su dolor dignifica,
ella forja la cadena
del amor, y dulcifica
lo que el rencor envenena.

—
Ella con tierno desvelo
al rico hacia el pobre lanza,

llevando en nombre del cielo
a su espíritu enseñanza,
a su corazón consuelo.

—
Sin ella no hay soluciones,
sino ir de la ruina en pos;
que entre horribles convulsiones
se destruyen las naciones
cuando se olvidan de Dios.

(R. SÁNCHEZ MADRIGAL.)

* * *

¡Sindicalista católico! no lo dudes. Esta cuestión que «preocupa y pone en ejercicio el ingenio de los doctos, la prudencia de los sabios, las deliberaciones de los comicios populares, la perspicacia de los legisladores, y los consejos de los gobernantes, sin que al presente haya otra que así interese al espíritu humano» (León XIII); esta cuestión de suma importancia, ya por el número y condición de los individuos a quienes afecta, ya por los múltiples y trascendentales problemas que en sí encierra, ya por las gravísimas consecuencias que de su buena o mala solución pueden originarse...; no es una cuestión ni meramente religiosa, ni meramente económica, ni meramente política, sino a la vez religiosa, económica y política.

Oye a este propósito la voz augusta del inmortal Pontífice León XIII en el prólogo de su celeberrima Encíclica «sobre la situación de los obreros».

«*Rerum novarum semel excitata cupidine*, dice, una vez despertado el afán de novedades que hace algún tiempo agita a los Estados, necesariamente había

de extenderse *del orden político al económico*, que tiene con aquel tanto parentesco. Efectivamente, *los recientes progresos de la industria*, y las nuevas vías por las que van las artes, el cambio obrado en las relaciones mútuas de amos y jornaleros, *el haberse acumulado las riquezas en unos pocos* y empobrecido la multitud, la mayor opinión que de su propio valer y poder han concebido los obreros y su unión más estrecha, y, finalmente, *la corrupción de costumbres* han hecho estallar la guerra....

Es preciso dar pronto y oportuno remedio a los hombres de la ínfima clase, puesto que, sin merecerlo, se hallan la mayor parte de ellos en una condición desgraciada y calamitosa. Porque destruídos en el pasado siglo los antiguos gremios de obreros y no habiéndoseles dado en su lugar defensa ninguna, *por haberse apartado las instituciones y leyes públicas de la Religión* de nuestros padres, poco a poco han quedado los obreros solos e indefensos a merced de la inhumanidad de sus amos y de una *desenfrenada competencia*. A aumentar el mal vino la *voraz usura*, que aunque más de una vez condenada por la Iglesia, sigue siempre bajo diversas formas ejercitada por hombres avaros y codiciosos. Júntase a esto que los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas está casi todo en manos de pocos, de tal suerte que *unos cuantos hombres opulentos y riquísimos han puesto sobre la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos.*»

¿Te horrorizas, Sindicalista católico, ante esta descripción y mucho más ante la realidad en ella descri-

ta? ¿Buscas remedio a tanto desorden?... No será «la infame bomba que estalle, ni la sangre que se vierta, sino la palabra redentora de Cristo, que clama: *¡Justicia y caridad!*» «La paz sin justicia—dice el P. Gerard—es una *quimera*; porque sería una paz *violenta*, y según el adagio antiguo, nada violento es durable». (6.^a Semana Social: pág. 354.)

II

Las injusticias sociales

Cuando ahondamos con la consideración, en las causas que han producido ese problema espantoso que llamamos «la cuestión social», luego al punto nos encontramos con las injusticias sociales, hoy más frecuentes que en época alguna del Cristianismo.

Ya en el siglo XVI escribía el V. P. Granada: «Verás la mayor parte de los hombres vivir... *sin tener cuenta con ley de justicia* ni de razón... Verás maltratados los inocentes, perdonados los culpables, menospreciados los buenos, honrados y sublimados los malos. Verás los pobres y humildes abatidos y poder más en todos los negocios el *favor* que la virtud. Verás vendidas las leyes, despreciada la verdad, perdida la vergüenza... y corrompidos en muy gran parte los estados. Verás a muchos perversos merecedores de grandes castigos, los cuales, con hurtos, con engaños y con otras malas maneras vinieron a tener grandes riquezas y a ser alabados y temidos por todos... *En muchos lugares no queda ya más de la justicia que sólo el nombre de ella.* (Guía de Pecadores, libro 1.^o c. 28).

Indignado por estas injusticias sociales, que ya en

dicho siglo XVI se cometían, arrancó a su lira el célebre poeta aragonés don Bartolomé Leonardo de Argensola, estos lastimeros acentos:

Dime, Padre común, pues eres justo,
¿por qué ha de permitir tu Providencia
que, arrastrando prisiones la inocencia,
suba la fraude a tribunal augusto?

¿Quién dá fuerzas al brazo, que robusto
hace a tus leyes firme resistencia?

¡Y que el celo que más las reverencia
gima a los pies del vencedor injusto!

Vemos que vibran victoriosas palmas
manos inicuas, la virtud gimiendo
del triunfo en el injusto regocijo.

Esto decía yo, cuando, riendo,
celestial ninfa apareció y me dijo:

«¡Ciego! ¿es la tierra el centro de las almas?»

* * *
¡Sindicalista católico! tiende la mirada en derredor tuyo, y verás tú también más de una vez, al inocente cargado de cadenas y al criminal encaramado en los altos puestos de la sociedad; al impío derrochando enormes capitales y al justo muriendo en la más espantosa miseria; al malvado celebrando con orgías sus inicuas opresiones y al bueno gimiendo en su triste horfandad...

«A la justicia natural y a la justicia divina—clamaba nuestro llorado P. Gerard en la Semana Social de Pamplona—se ha faltado en todas las épocas; pero nuestro siglo tiene sobre sí una enfermedad legal, y es la de *haber desterrado la justicia divina de su vida pública* y hacer cuanto puede para desterrarla

también *de la vida privada*,... El mundo esta hirviendo de injusticias...» (Memoria. pág. 354.)

¿Qué hacer ante estas injusticias sociales? Llorarlas con amargas lágrimas. Detestarlas con todo el odio de nuestro corazón. Trabajar cuanto está de nuestra parte por impedir las o remediarlas. Y cuando esto no sea posible, levantar los ojos al cielo, y a los resplandores de la fe —a la vez que pedimos perdón y arrepentimiento para tantos criminales —exclamar con resignación cristiana: ¡no es la tierra la patria del mortal! ¡tan sólo en la otra vida tendrán hartura completa, los que en ésta tienen hambre y sed de justicia!

III

Los desheredados de la fortuna

«Para ver las injusticias sociales —decía nuestro insigne maestro, el P. Gerard—menester es emplear un esfuerzo sobrehumano; es preciso arrojar los cristales con que todos miramos estos asuntos —que son los *intereses creados* —y para sentir la justicia social, ponernos en el lugar de los que trabajan en oficios odiosos. El Padre Rutten bajó a las minas, hizo la vida de los mineros, *vió injusticias tremendas*, y salió decidido a sostener siempre en alto el estandarte de la justicia social. Yo, en más modesta escala, he descendido también a estudiar la vida íntima del obrero; en las hermosas campiñas de Andalucía, y en los talleres; en las grandes obras en construcción y en las candentes cercanías de los hornos... y, os lo digo con verdadero sentimiento,... en muchos casos *he palpado horrores*...» (6.^a Semana Social, pág. 355)

¡Oh, y cómo todo esto desgarró el corazón de muchos desgraciados!... Las amarguras indecibles que en silencio devoran los que en lenguaje corriente se llaman *los desheredados de la fortuna*, y el principal, ya que no el único consuelo que puede reanimar sus atribulados corazones, los expresó admirablemente la delicada pluma de Selgas en la siguiente fábula:

Cuando a las puertas de la noche umbría,
dejando el prado y la floresta amena,
la tarde melancólica y serena
su misterioso manto recogía;
un macilento sauce se mecía,
por dar alivio a su constante pena,
y su voz suave y de suspiros llena
al son del viento murmurar se oía:
—«¡Triste nací...! Mas en el mundo moran
seres felices que el penoso duelo
y el llanto oculto y la tristeza ignoran!»
Dijo... y sus ramas esparció en el suelo...
—«¡Dichosos, ay, los que en la tierra lloran!».
le contestó un ciprés, mirando al cielo.

* * *

¡Sindicalista católico! si alguna vez encuentras a tu lado alguno de estos infelices desheredados de la fortuna, no le desprecies, no te apartes de él con fría insensibilidad... Ese sauce macilento de que nos habla el citado poeta, esas ramas lánguidamente tendidas por el suelo..., imágen pálida son de la inmensa aflicción de su espíritu... Aplica un momento tus oídos a su corazón y lo sentirás latir bajo la presión de una honda pena, y ante el contraste que a cada paso con-

templan sus ojos, le oirás exhalar estos ayes desgarradores:—¡Triste nací! De la cuna al sepulcro, ¿es acaso otra cosa mi vida más que un áspero camino, donde no se ven sino las huellas de mis piés ensagrentados; pedazos de mi alma hecha girones en las zarzas de la tribulación? ¡Sin pan suficiente, sin abrigo bastante sin una palabra amistosa...! En cambio ruedan junto a mí en lujosos automóviles, personas que apenas hacen otra cosa que entregarse locamente a toda clase de diversiones... ¡Triste nací, más triste vivo en este total abandono, y tristísima será mi muerte, sin que haya quien lllore por mí, ni rece sobre mi tumba...!»

Y si por desgracia fueras tú alguno de estos desgraciados, por el título que ostentas de católico, yo te lo pido encarecidamente, ¡no te entregues a un vano pesimismo!... Como el ciprés de la fábula, alza tus ojos al cielo, y a la vez que pones en práctica cuantos medios lícitos tienes a mano para remediar tus males, da rienda suelta a tus lágrimas y repite una y mil veces aquellas dulcísimas palabras que un día salieron de labios del que es el Maestro de la verdad:

¡BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN, PORQUE ELLOS SERÁN CONSOLADOS!

IV

El Capitalismo sin entrañas

Escena verdaderamente conmovedora, y capaz de quebrar por el dolor aun los más duros peñascos, es la que no pocas veces se presencia en las abrasadas regiones del Africa. Alegre y contenta vive una familia. Sus días se delizan con la placidez del arroyo que

mansamente serpea entre flores... Mas ¡ay! de pronto llega un fiero pirata, y como el lobo hace presa en los tímidos corderos de un rebaño, así él arrebató al hijo o al esposo y se lo lleva a las naves, para venderlos en el próximo mercado, dejando en la más triste soledad, a la madre o a la esposa. En vano ésta hinche los aires con sus lamentos. En vano clama en el paroxismo del dolor:

¿Y así, cruel pirata, así te alejas
robándome, tirano,
los hijos y el esposo? ¿así inhumano
en desamparo y en dolor me dejas?
¡Ay, vuelve, vuelve! En mi infeliz cabaña,
sin consuelo y sin vida,
ve cuál me dejas, como débil caña
de huracán violento combatida.
¡Vuelve, entrañas de fiera,
que por mi mal viniste!
Llévame, vil, y en servidumbre muera
con mis prendas amadas; mas ¡ay triste!
que no espero ablandar tu pecho duro
con lamentos prolijos.
¡Tú no sientes amor, no tienes hijos!

(FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA)

* * *

¡Sindicalista católico! escenas no menos desgarradoras podrás presenciar, cuando quieras, en medio de la aparatosa civilización de que se enorgullecen las modernas sociedades educadas en liberalismo económico. Tranquilas y alegres vivían en medio de su medianía las familias de los obreros y de los pequeños industriales. De pronto cayó, como ave de rapiña, sobre

el ameno campo de la industria *el Capitalismo sin entrañas*, y la pequeña industria quedó absorbida por la grande, y la familia del obrero se disolvió casi por completo. Los patronos buscaron fuerzas productoras más baratas y las encontraron en el niño y en la mujer, y el niño antes de aprender bien las primeras letras, cuando todavía podía imitar lo mismo lo bueno que lo malo; cuando un trabajo prematuro era capaz de agotar fácilmente sus energías aún no consolidadas...., tuvo que abandonar la compañía de sus padres. Y la mujer, que en sus primeros años debía permanecer en el retiro de su casa, hubo de frecuentar los talleres y las fábricas y mezclarse con hombres a las veces soeces, que no respetarían su pudor y debilidad. Y la que era reina del hogar, y en calidad de esposa cuidaba de aparejar la comida y el vestido de su esposo, y por su nobilísimo título de madre había de formar para la Religión y la Patria el corazón de sus hijos, descendió de tan alta dignidad y se convirtió en máquina productora. Y, por si esto no bastaba, el mismo obrero que antes desarrollaba sus facultades intelectuales y sus habilidades técnicas y ganaba el sustento para su familia mediante el trabajo a que habitualmente se dedicaba; introducida la más estricta división del trabajo en las grandes industrias, vino a reducirse a un instrumento mecánico que un día y otro día ejecuta la misma operación, cobrando por ello no pocas veces un tan mísero jornal, que con razón se ha llamado «salario de hambre».

El resultado del nefasto reinado del Capitalismo, «en el que, según la definición del P. Antoine, el capital móvil y las clases que lo poseen, ejercen una in-

fluencia no tan sólo preponderante, sino también abusiva y con frecuencia ilegítima», no ha podido ser más deplorable. «No sólo trajo consigo, escribe el P. Biederlack, una explotación desvergonzada del obrero, sino causó también la ruina de muchos artesanos independientes, así como la dominación completa de la propiedad rústica por el capital monetario, y por fin, la absorción total del pequeño comercio por el grande.» «El salario, prosigue el insigne sociólogo P. Gerard, quedó sometido a la ley de la oferta y del pedido; el obrero, convertido en una bestia productora.» «La sociedad, termina el gran Pontífice León XIII, quedó dividida en dos clases de hombres, entre los cuales media un inmenso abismo. De una parte los ricos, que como tienen en su mano toda la industria y el comercio, atraen hacia sí y para su propia utilidad y provecho todos los manantiales de riqueza y ejercen no pequeña influencia en la administración pública. De la otra, la muchedumbre pobre y débil, con el ánimo llagado, y siempre dispuesta el motín... Unos pocos, opulentos y riquísimos, han puesto sobre los hombros de la multitud inmensa de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos—*prope servile iugum*—» (*Rerum novarum*).

En vano ¡sindicalista católico! henchirás los aires con tus lamentos. En vano llamarás al Capitalismo «entrañas de fiera»... No conseguirás con tus quejas ablandar su corazón, porque «no tiene entrañas ¡no tiene hijos!» Lo práctico es que estreches más y más tu unión con tus compañeros, y desde el castillo fuerte del Sindicato libre te defiendas con todas las armas

lícitas, que la justicia y la ciencia social pongan en tus manos.

Porque «como la justicia natural no se puede borrar de la naturaleza humana, sin destruirla (a ésta), el mismo *instinto de conservación* agrupa a los atropellados, proclamando el *derecho a la vida* por encima de todas las leyes humanas». (P. Gerard, *sexta Semana Social*, pág. 355).

V

Soberbia y vanidad

Era un abismo negro y sin fondo... Las vistosas flores que brotaron en sus bordes, lo ocultaban a los que cerca de él pasaban... Atraído por su aroma y fascinado por sus variados matices, se acercó incauto niño... Quiso formar un ramillete... Se acercó más..., pero de pronto, resbalaron sus pies y se hundió para siempre... Un silencio sepulcral reina desde entonces en aquellas cercanías.

La sociedad actual es también un abismo negro y sin fondo, cuyos bordes aparecen esmaltados de flores... Lujosos automóviles..., vestidos caprichosísimos..., teatros y cines..., banquetes y comilonas..., soberbia y vanidad... ¡he aquí lo que en todas partes divisan asombrados nuestros ojos!

Diríase que el mundo se ha trocado de valle de lágrimas en paraíso de delicias..., que ya se ha desterrado para siempre la miseria y el llanto... Pero la fría muerte, mostrándonos los restos mortales de los que a cada instante bajan al sepulcro y tal vez ruedan al abismo de una eternidad desgraciada..., se ríe con irónica carcajada de tanta vanidad y locura...

—«Para mí da la tierra tantos frutos;
Nace el pez, pace el bruto, el ave anida;
Dos mundos ciñe el mar; luce la luna.
Alumbra el sol, y las estrellas brillan...» —
Así en la humilde grama reclinado.
Vuelta al cielo la frente envanecida,
Soñaba el hombre, y de natura toda
Señor, árbitro y dueño se imagina.

—
En la copa de un álamo cercano
Un águila caudal posaba altiva:
Tal como, ardiendo el rayo entre sus garras,
Al pie de Jove se ostentara un día.
—«¿Quién como yo? (con su ademán clamaba)
Las aves por su reina me apellidan;
Si me place abatirme hasta la tierra.
Cruzo de un vuelo la región vacía:
Y el rumor de mis alas al ganado
Y al mísero pastor atemoriza;
Si me place, remóntome hasta el cielo;
Clavo en el sol la penetrante vista,
Y la nube que aterra al débil hombre
Miro bajo mi planta suspendida.»—

—
Al pie del árbol mismo, entre la yerba.
La luciérnaga apenas relucía;
Mas no menos sus títulos de gloria
recordaba a la par desvanecida:
—«Los prados me dió el cielo por recreo,
Las flores por morada y por delicia;
Para mí sola el céfiro las abre,
Las tiñe el sol y el alba las rocía;

Me apaciento en la tierra como el bruto;
Las alas bato como el ave altiva;
Doy luz al hombre, que camina a ciegas;
Y alguna estrella mi esplendor envidia.» —

Entre tanto los astros lentamente
Por el cielo su curso proseguían;
La tierra reposaba silenciosa;
El mar en la ribera se dormía...
Mas con un soplo el viento meció el árbol,
Y al águila ahuyentó despavorida;
Desgajóse una rama y turbó el sueño
Del que señor del orbe se creía;
Y al miserable insecto hundió en el polvo
Una hojita del árbol desprendida.

(FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA)

¡Sindicalista católico! como ese soplo del viento bastó para alejar despavorida al águila; y, desgajando una rama del árbol, turbar el sueño del que se creía señor del orbe; y con una pequeña hoja, hundir en el polvo a la arrogante luciérnaga...; así el más ligero soplo de la adversidad, un cambio de fortuna, una enfermedad traidora... bastan para derribar en tierra esos castillos de naipes en los que muchos viven llenos de soberbia, creyéndose raza superior a los demás, y sin obligaciones de justicia, equidad social y caridad para con su servidumbre, de cualquier clase que sea... Ya lo dijo el poeta latino: «con igual pie pisa la muerte las chozas de los pobres y los palacios de los reyes.»
Y aun sin llegar al sepulcro donde todos somos

igualmente reducidos a polvo ¡qué de miserias no se ocultan bajo los techos dorados y los vestidos lujosos de los ricos más soberbios! «No creáis que son felices —clamaba el virtuoso P. Gerard a los obreros de Pamplona. —Los veréis en las calles, plazas y paseos, luciendo elegantes vestidos, con un semblante satisfecho y con la sonrisa en los labios; pero todo eso no es más que una *felicidad aparente*. Si pudieseis penetrar en su interior, veríais cuán distinto es lo que pasa por dentro, de lo que contempláis por fuera.»

«Entrad en sus casas, en sus palacios, mirando, no a sus tapices, alfombras y fastuoso mueblaje, para no desorientaros, sino únicamente *al corazón* de sus moradores, y veréis allí la *infelicidad*, la desventura, el tormento continuo del hambre y la sed de más bienes, lo mismo, o en dosis mayores que en los habitantes de rústicas cabañas. No les faltarán acaso bienes materiales, pero suelen estar mucho más necesitados que vosotros en los bienes del espíritu...»

«La historia cuenta de Abderramán, el gran Califa de Córdoba, hombre el más rico y poderoso de su tiempo y a quien el vulgo creía el más feliz de los mortales, que después de haber reinado *cuarenta* y pico de años, solamente en *catorce días*, según lo dejó escrito él mismo, había disfrutado de relativa felicidad. No quiero citaros otro ejemplo aún más elocuente y en el cual no reflexionamos seriamente, sin duda porque lo aprendimos desde nuestros más tiernos años en la escuela. Salomón, el rey sabio, poderoso y feliz de la Sagrada Escritura, legó a la posteridad este sencillo y elocuente testamento: *Vanidad de vanidades y todo es vanidad.*» (6.^a Semana Social, pág. 387.)

No envidies, pues la felicidad aparente de los ricos mundanos, ni imites jamás su soberbia y vanidad. En la virtud hallarás escondida la perla de la verdadera dicha, y el pedestal de tu encumbramiento y gloria.

VI

La prensa liberal

Dice un aforismo filosófico que «lo que es causa de otra causa, lo es también de su efecto», si no inmediatamente, al menos remotamente. Y así, quien a sabiendas arrojó una bomba, es causa de las muertes que produjo su explosión; y quien de intento propinó un activo veneno, lo es de la intoxicación que trajo consigo; y quién sembró cizaña en medio del trigo, lo es de que el campo no haya llenado los trojes de doradas mieses...

Según esto, entre las causas del malestar social y de la espantosa situación obrera, no podemos menos de enumerar la prensa liberal. De aquí el grito que entre festivo y severo, lanza un vate de nuestros días:

¡PEREAT!

*En letrilla de barato
con estrofas de a real
voy a haceros el retrato
de la prensa liberal.*

La que vive en la indecencia,
sin pudor y sin decoro,
y por un poco de oro
arrebata la inocencia;
hace gala de impudencia
y a la vergüenza es hostil,

*Esa prensa es mala prensa,
Y hay que hacerla sucumbir.*

La que en lucha contra el clero,
rabioso trágala entona,
y su canción no abandona
mientras le saca dinero,
que es el norte verdadero
de esa chusma asaz servil,

*Esa prensa es mala prensa,
Y hay que hacerla sucumbir.*

La que quiere la batuta,
por ser anticlerical,
y a título de imparcial,
juez se hace en toda disputa,
mientras, traidora y astuta,
acaricia antes de herir,

*Esa prensa es mala prensa,
Y hay que hacerla sucumbir.*

La que a fuer de liberal
toda herejía defiende,
sembrar el error pretende
más o menos radical,
siendo vasallo leal
de la escuadra y el mandil,

*Esa prensa es mala prensa,
Y hay que hacerla sucumbir.*

La que con arte infernal
sirve extrañas pepitorias
de jubileos, mortuorias,
triduos y santoral,

novela y cuento inmoral,
para mejor pervertir,

*Esa prensa es mala prensa,
Y hay que hacerla sucumbir.*

Y por fin, la que, adorando
a la humilde perra chica,
sólo a explotar se dedica,
a unos y otros contemplando,
porque es su lema nefando
con Dios y el diablo vivir,

*Esa prensa es mala prensa,
Y hay que hacerla sucumbir.*

(R. VALERA CONDE.)

* * *

¡Sindicalista católico! tú también debes gritar con todas las fuerzas de tus pulmones: *¡pereat!*. ¡Muera la prensa liberal! ¡Muera esa prensa que, mintiendo libertad, siempre ha tratado de esclavizar a la institución más grande y más popular que jamás vieron los siglos; a nuestra bendita madre la Iglesia de Cristo! ¡Muera esa prensa que alentó el infame latrocinio de los bienes de los conventos y de los municipios! ¡Muera esa prensa que en tantas inteligencias mata la idea de la otra vida, y a tantos corazones «arrebata la inocencia»! ¡Muera esa prensa aliada de la Masonería, que mezclando lo divino con lo diabólico, pone ¡a par de «triduos y santoral, novela y cuento inmoral»! ¡Muera esa prensa que por todas partes ha extendido el reinado del egoísmo más brutal, y ha contribuido a que muchísimos no consideren al obrero sino como máquina de producción o bestia de carga! ¡Muera esa prensa

que llena largas columnas con relatos de corridas de toros o crímenes pasionales, y no se cuida de las miserias que aquejan al proletariado!

¡Sí; ¡Muera una y mil veces! «Esa prensa es mala prensa, y hay que hacerla sucumbir». Pues a ella, principalmente se deben «ias espantosas revoluciones del pasado siglo; la implantación en todas las naciones de la economía política liberal, favoreciendo el individualismo exagerado, que *colocaba al obrero solo frente al poder aplastante del capital*; y los densos nubarrones que por esta y otras causas se fueron formando en el horizonte social». (P. Gerard)

VII

Los salarios de hambre

La antigua fábula de aquel tonto que, por economía se propuso enseñar a su caballo a vivir sin comer, se repite con mucha frecuencia—¡quién lo diría!—en nuestras modernas sociedades que tanto alardean de cultura y progreso. Sólo que allí, lloraba el tonto, de que se le hubiese muerto el caballo, precisamente cuando había apendido casi por completo tan difícil ciencia; y aquí, a la muerte que causan, añaden nuestras descreídas sociedades la burla y el sarcasmo. Buena prueba de ello son esos infames «salarios de hambre», que arrancaron de la pluma de un poeta aragonés la siguiente sátira tinta en sangre:

¡UN DURO AL AÑO!

Monte arriba, cara al viento,
buscando reposo y calma,

íbame yo tan contento,
dándole descanso al alma.

Y cuando a lo alto llegué
y dí la vuelta a la cima,
un rebaño me encontré,
que se me venía encima.

Caminaban las ovejas,
marchando al paso, tranquilas,
y pasaban las parejas,
al sonar de las esquilas.

Detrás de ellas, dulcemente
dando al aire una canción
y sacando indiferente
un mendrugo del zurrón,

Venía un zagal, un niño,
un imberbe zagalejo,
que me inspiró ese cariño
que es tan súbito en un viejo.

—¡Hola! ¿Tú eres el pastor?

—Sí, señor ¿qué se le ofrece?

—¿Tienes padre?

—No señor

—¿Cuántos años tienes?

—Trece.

—¿Y cuánto ganas amigo?

—Un duro.

—¿Al día?

—¡Anda, maño!

—¿Un duro al mes?

—¡Que nó, digo!

—¡un duro al año!

II

Le dejé que se marchara,
y en el monte me senté.
y avergonzado, la cara
en las manos oculté.

Pasaron por mi memoria
templos, palacios y reyes,
los aplausos y la gloria
los discursos y las leyes;

Fortunas mal heredadas,
en el tapete perdidas,
cortesanas celebradas
de ricas galas prendidas;

Los que del lujo se afanan,
tanta gloria, tanto daño,
y en tanto hay seres que ganan
¡un duro al año!

III

¡Un duro! ¡Oh Dios! ¡cuántas veces
lo habré derrochado yo,
en miles de pequeñeces
que mi gusto me pidió;

En comer, sin tener ganas,
en cosas de mil colores,
en vanidades humanas,
en guantes, coches y flores;

En un rato de placer,
en un libro sin valor,
en apostar, en beber,
en humo, en un buen olor!

Y ese duro que se olvida,
en cuanto correr se deja,
es un año de la vida
de aquel niño que se aleja.

(E. BLASCO)

* * *

¡Sindicalista católico! ¿asoman quizás a tus ojos ardientes lágrimas ante este tétrico relato? ¿Contemplas tal vez en ese pobre zagalejo tu imagen, la de tus hijos o la de tus compañeros?... Pues ármate de santa indignación, y por el nombre glorioso que llevas, resuelve no desistir en la pelea hasta sepultar en la fosa del olvido esa ignominia de nuestro siglo: «los salarios de hambre».

Brille siempre ante tus ojos, cual estrella polar, esta luminosa enseñanza emanada de las cumbres del Vaticano: «Que el patrono y el obrero hagan los contratos que tengan por conveniente...; sobre su voluntad hay una ley de justicia natural más elevada y más antigua, es a saber; que *el salario no debe ser insuficiente para el sustento de un obrero sobrio y de buenas costumbres*». «Precisamente, comenta el docto sociólogo señor Arboleya, en el no cumplimiento de esta ley de derecho natural...; está en parte fundada la miseria inmerecida en que tantos obreros viven, si eso es vivir y no *arrastrar por el mundo una muerte continuada...*» (Liberales, Socialistas y Católicos... pág. 128)

«Desafío a cualquiera—clamaba con acento de amargura y en medio de estruendosos aplausos, e gran padre de los obreros, P. Gerard—a que me diga si es lícito que un infeliz picapedrero vaya a su rudo

trabajo a las cuatro de la mañana, para retirarse a las *nueve de la noche*, después de haber sufrido los ardores del sol de Andalucía, y no lleve a su casa más que *seis reales* de jornal.

He visto también a muchos desgraciados fogoneros de las máquinas agrícolas, levantarse a las *dos de la mañana*, encender la máquina para tenerla en presión a las cuatro, hora en que llega el maquinista, pasarse junto a ella todo el día, soportando los fuegos del cielo y los de la hornilla, y acostarse a las *diez de la noche*, para ganar *ocho o nueve reales*...

En un mundo así, no puede haber paz social, porque hierven en él las injusticias, como esos insectos pican-tes y molestos en las viviendas de los pobres, que no dejan vivir en paz...» (Semana Social de Pamplona, pág. 356)

Y si alguien te dice que procura suplir con limosnas la insuficiencia del salario que da a sus obreros, respóndele sin vacilar con estas palabras del Cardenal Maffi: «*La primera caridad es la justicia*... La limosna es lo último. Yo no debo dar de lo mío, hasta que haya entregado al pobre todo, absolutamente todo lo que es suyo. Si le doy en calidad de limosna algo que le pertenezca, que realmente sea suyo, no ejerzo un acto de caridad; *cometo un robo*. A ese pobre yo le robo un derecho...» (citado en *El Obrero Sindicalista*, núm. 29)

VIII

En el pecado la penitencia

La Filosofía de la Historia — esa ciencia que va des-

cubriendo las leyes admirables conforme a las cuales se rige la Humanidad—ha expresado por boca de uno de sus más antiguos y dignos representantes—el Aguililla de los Doctores, S. Agustín—la siguiente compensación que Dios ha puesto a todo crimen:

«Mandástelo, Señor, y así se cumple, que el pecador sea molesto a sí mismo»: compensación que más sintéticamente ha confesado el género humano en este vulgarísimo refrán; *en el pecado la penitencia*. Como en el fondo de toda acción buena brota en medio de lirios y rosas la fuente inexhausta de la dicha, así de en medio del crimen se levanta la llama del remordimiento que abrasa y atormenta... Míralo, si no, en la siguiente fábula:

Allá en las ondas azules
de nuestro mar de Cantabria,
(esto hace ya muchos años)
vivía entre arena y algas,
un gran pez aristocrático
de noble alcurnia elevada,
señorón de gran aleta
y de reluciente escama.

Como en la tierra, en el mar
sucede, y es cosa rancia,
que *el pez grande traga al chico*
que el pobre siempre trabaja,
que el rico opulencia goza,
y que el desgraciado pasa,
entre tristeza y dolores
una existencia de lágrimas.

Una mañana, al abrir
su broche el alba galana,

salió a pasear nuestro pez,
con precaución acertada
por no picar el anzuelo
de algún pescador canalla;
y nadando y más nadando,
vió correr entre las aguas
un pececillo pequeño
vestido de hermosa plata.

No había almorzado el grande,
y reflexión nada humana
le incitó a clavar el diente
al pigmeo de su raza.

Alcanzóle en un segundo,
y a cumplir se preparaba
la exigencia de su estómago,
cuando así el pequeño le habla:
—«Déjame vivir más tiempo,
siquiera cuatro semanas,
que soy pequeño, y mi carne
es insustancial y mala».—

Miróle altivo el magnate
de la cristalina estancia
y quizá más por soberbia
que por alguna otra causa,
abrió la boca y asió
al que favor le imploraba;
*pero halló la penitencia
en el pecado adunada,*
que además de poca carne,
tenía el pequeño tanta
y tan diminuta espina,
que al tragárselo, se clava

una de ellas el pez grande
en medio de la garganta.

En vano a cada momento
sendos sorbos bebe de agua;
enconándose la herida,
al fin la herida le mata.

(LEÓN Y OLALLA)

* * *

¡Sindicalista católico! Esto mismo ha sucedido en el mundo social. Se presentó el *Liberalismo* económico, destruyendo los antiguos gremios de los obreros, diciendo que eran una traba para la libertad del trabajo. Aisló por completo a los trabajadores, como el viento dispersa las arenas del desierto o las hojas de los árboles en otoño. Predicó que la Religión había pasado ya de moda para las clases directoras: ¡les bastaba su civilización para ser hombres perfectos! y que tan sólo debía conservarse como un freno para contener los desmanes del pueblo. Y como única solución a los grandes problemas sociales, de los que él había sido la causa principal, hizo que en todas partes ondeara la bandera de la *libertad*. Los males de la libertad, dijo, con la libertad se curan. Y entendía por libertad el más brutal *egoísmo*. Dejemos, concluyó, que cada uno obre siguiendo su propio interés, impulsado por su egoísmo, sin trabas de ninguna clase... y las industrias se multiplicarán, y el trabajo aumentará considerablemente, y el árbol de la sociedad verá florecer todas sus ramas, y la Humanidad volverá nuevamente a aquella *edad de oro* tan alabada de los poetas.

Dijo, y el egoísmo produjo sus naturales efectos, y

el pez grande trató de devorar al pequeño, y el rico vió aumentarse cada día más sus capitales, y el pobre trabajó con más sudor y menos provecho, y la riqueza pasó pronto a manos de unos pocos, y un inmenso abismo quedó abierto entre los que todo lo poseían y los que apenas tenían otra cosa que sus brazos para trabajar. Pero... vino la compensación. Un grito espantoso, semejante al bramido de un toro mal herido, resonó por todas partes: *¡trabajadores de todo el mundo, uníos!*

Era el *Socialismo* hijo de las doctrinas liberales, que se presentaba como un verdugo de su padre. Si los ricos, argüía, no tienen necesidad de Religión, tampoco la tenemos nosotros, pues somos tan hombres como ellos y no hay obligación natural que pese sobre unos y no sobre otros. ¿Por qué no hemos de tomar parte en el festín de la vida? Si no hay otro mundo ¿por qué no hemos de buscar en éste toda nuestra felicidad? ¡Aplastemos al patrono, que se engorda de nuestra sangre! ¡Guerra al capital, que está todo él amasado de nuestra sangre!...

De esta suerte encontró el Liberalismo en sus propios hijos, el Socialismo y el Anarquismo, *en el pecado la penitencia*.

Nosotros, por el contrario, los católicos todos, pensemos que, como atinadamente dijo el sabio dominico P. Gerard, «Dios ha cogido aquella *vara* de la visión de Jeremías: *nos ha sacudido de nuestro letargo, por medio de los socialistas y anarquistas; ha despertado nuestras energías; y nos lanza a ocupar el puesto de honor que por derecho nos corresponde,*

depositando en nuestras manos *el estandarte de la verdadera justicia*». (6.^a Semana Social, pág. 358.)

IX

El bolchevikismo

Al contemplar aterrado cómo un furioso vendabal— producto de impías propagandas e irritantes injusticias —soplando desde las estepas de Rusia, va derribando por doquier tronos que parecían incommovibles, y en todas partes hace pensar en días de llanto y desolación, vienen a mi mente, cual si hubiesen sido escritas para estos tétricos momentos, aquellas inspiradas «Estrofas» en que Núñez de Arce exclamaba:

¡Ah! si hoy pudiera resonar la lira,
que con Quevedo descendió a la tumba,
en medio de esta universal mentira,
de este viento de escándalo que zumba,
de este fétido hedor que se respira,
de esta España moral que se derrumba;

De la viva y creciente incertidumbre
que en lucha estéril nuestra fuerza agota;
del huracán de sangre que alborota
el mar de la revuelta muchedumbre;
de la insaciable y honda podredumbre
que el rostro y la conciencia nos azota;

De este horror, de este ciego desvarío
que cubre nuestras almas con un velo,
como el sepulcro, impenetrable y frío;
de este insensato pensamiento impío
que destruye a Dios, despuebla el cielo
y precipita al mundo en el vacío;

Si en medio de esta borrascosa orgía
que infunde repugnancia al par que aterra
esa lira estallara ¡qué sería...?

Grito de indignación, canto de guerra,
que en las entrañas mismas de la tierra
la muerta humanidad conmovería

.
Al menos en el siglo desdichado
que aquel ilustre y vigoroso vate
con el rayo marcó de su censura,
podía el corazón atribulado
salir ileso del mortal combate
en alas de la fe radiante y pura;

Y apartando la vista de aquel cieno
social, de aquellos fétidos despojos,
de aquel lúbrico y torpe desenfreno,
fijar, llorando, los ardientes ojos
en ese cielo azul, limpio y sereno
de santa paz y de esperanza lleno.

Pero hoy ¿dónde mirar? Un golpe mismo
hiere al César y a Dios. Sorda carcoma
prepara el misterioso cataclismo,
y como en tiempo de la antigua Roma,
todo cruje, vacila y se desploma
en el cielo, en la tierra, en el abismo.

.
¡Ah! No es extraño que sin luz ni guía,
los humanos instintos se desborden
con el rugido del volcán que estalla,
y en medio del tumulto y la anarquía,
como corcel indómito el desorden

no respete ni látigo ni valla.

¿Quién podrá detenerle en su carrera?
¿Quién templar los impulsos de la fiera
y loca multitud enardecida,
que principia a dudar y ya no espera
hallar en otra luminosa esfera
bálsamo a los dolores de esta vida?

Como Cristo en la cúspide del monte,
rotas ya sus mortales ligaduras,
mira doquier con ojos espantados,
por toda la extensión del horizonte
dilatarse a sus pies vastas llanuras,
ricas ciudades, fértiles collados;

Y excitando su afán calenturiento
tanta grandeza y tanto poderío,
de la codicia el persuasivo acento
gritale audaz: — ¡El cielo está vacío!
¿A quién temer? — Y ronca y sin aliento
la muchedumbre grita: — ¡Todo es mío!

Y en el tumulto su puñal afila,
y la enconada cólera que encierra
enturbia y enardece su pupila,
y ensordeciendo el aire en son de guerra
hace temblar bajo sus piés la tierra,
como las hordas bárbaras de Atila.

No esperéis que esa turba alborotada
infunda nueva sangre vigorosa
en las venas de Europa desmayada;
ni que termine su fatal jornada,
sobre el ara desierta y polvorosa
otro Dios levantando con su espada.

No esperéis, no, que la confusa plebe,

como santo depósito en su pecho
nobles instintos y virtudes lleve.
Hallará el mundo a su codicia estrecho;
que es la fuerza, es el número, es el hecho
brutal ¡es la materia que se mueve!

Y buscará la libertad en vano;
que no arraiga en los crímenes la idea,
ni entre las olas fructifica el grano.
Su castigo en sus iras centellea
pronto a estallar; que el rayo y el tirano
hermanos son. ¡La tempestad los crea!

* * *

¡Sindicalista Católico! medita atentamente estas vibrantes palabras. No prestes oídos a esos infames propagandistas que gritan en tu derredor: ¡muera el ejército! ¡abajo el clero! No te asocies a los que, ébrios de furor tratan de destruir los cimientos de la sociedad humana. No sigas a los que escriben descaradamente: «¡Somos revolucionarios y no queremos más que la revolución!... En los pueblos en volcán tenemos puesta nuestra esperanza... ¡Bienaventurados los que hemos padecido hambre y sed secular de todas las cosas! porque *correrán ríos de sangre, y beberemos*». No olvides las bases sólidas de tu asociación: *Religión, Propiedad, Familia, Intereses de clase*.

Por tus ancianos padres, por tu amada esposa, por tus idolatrados hijos... ¡no quieras ser carne de cañón! ¡Sálvate a tí mismo! ¡Salva a tu Patria!...

«No os prestéis nunca—exhortaba a los obreros en ocasión solemne su entusiasta defensor P. Gerard, y una delirante ovación subrayaba su paternal exhorta-

ción—no os prestéis nunca a hacer el juego a estos hombres que os inculcan el odio feroz a todo lo existente, y la lucha brutal y suicida de clases. No luchéis nunca, cuando ellos os manden; no salgáis a exponer vuestras vidas; ¡no, no salgáis!; *no os dejéis llevar al matadero, mientras ellos cotizan en la Bolsa las cabezas que vais entregando...* ¡Cuántos de estos se han lamentado en sus comienzos de lo caros que estaban los garbanzos, y a vuelta de pocos años los hemos visto convertidos en propietarios de fincas rústicas y urbanas, y hasta levantando por esos caminos nubes de polvo, *muellemente recostados en sus magníficos automóviles*»...!! (Semana Social de Pamplona, pág. 385).

X

Injusticias de ciertos obreros

«La tierra sedienta y abrasada bendice las primeras gotas de agua que le arrojan las tempestades, quedando después muda de terror cuando al agua suceden los rayos, y a éstos la desolación y la muerte. De igual modo la humanidad de hoy recibe alborozada las primeras gotas de bienestar que le muestran las revoluciones, y no escarmienta con sus tremendos desastres. ¿Sabéis por qué? Porque la humanidad de hoy, y este es su carácter distintivo, padece más que la de ninguna otra época, verdadera hambre y sed de justicia». (P. Gerard: *Semana S. de Pamplona*; pág. 377).

Sin embargo, si existen patronos y empresarios que conculcan la justicia, tampoco faltan obreros que a estas conculcaciones responden con otras injusticias. Sobre todo desde que, gracias a la propaganda socia-

lista y anarquista, se han imaginado algunos que la cumbre de sus aspiraciones es vivir sin trabajar; *il dolce far niente*, que dicen los italianos, o la holgazanería, que decimos los españoles. A estos obreros —verdaderos zánganos de colmena— alude un poeta contemporáneo, que oculta su nombre bajo el pseudónimo *Vera.r*, en la siguiente sátira jocosa:

“Il dolce far niente,,

o

la ley del embudo

El socialista Vicente,
tan bien aprendió el Marxismo,
que llegó hasta el heroísmo
que encierra *il dolce far niente*.

Italiano de nación
jamás olvida el cigarro
y alegre muestra en su jarro
a Baco gran devoción.

Llega muy tarde al taller,
y antes que pase una hora,
aunque el amo lo deplora,
su cigarro ha de encender.

Varias veces se le apaga
y al punto pide cerillas;
que no tiene dos perrillas
con que su ardor satisfaga.

Va a renovar su trabajo,
mas da la casualidad
de que una «necesidad»
le hace ir al piso de abajo.

Sube y al punto:— «Vacío,

dice, un saco no se tiene;
menester es que se llene;
mi estómago siente frío». —

Y entre que sube y que baja
y se está tragando humo,
no hace nada, o a lo sumo...
hace como que trabaja.

Mas siempre despotricando,
donde quiera que se halle,
en la taberna, en la calle
o en el mitin perorando,

Habla con acento fiero
y, dice, pegue o no pegue:
«¿Consentiréis que se juegue
con el sudor del obrero?»

¿Qué son los patronos? ¡hienas!
Nosotros, siempre bregando,
y ellos en cambio... ¡chupando
la sangre de nuestras venas!»

.....
¡Bravo, Vicente! ¡qué agudo!
Quiere vivir como un rey,
sin someterse a otra ley
más que a «la ley del embudo».

* * *

¡Sindicalista católico! con la misma energía con
que condenas las injusticias patronales, abomina tam-
bién de la falta de justicia de ciertos obreros; que la
justicia es para todos igual, y manda dar a cada uno
lo suyo.

Y para que no caigas en esas injusticias que tanta

simpatía roban a la clase obrera, y tanta fuerza quitan a sus justas reivindicaciones, medita una y mil veces estas viriles palabras que uno de tus más entusiastas defensores—el R. P. Gerard—dirigía a obreros como tú en su elocuente discurso de Pamplona (5 Julio-1912):

«Os escandalizáis cuando los patronos os escatiman un real, diez céntimos, cinco, en el salario; pero ya sabéis resarciros con creces, y convertir en verdaderas pérdidas para el patrono las ridículas e imprudentes economías que pretendía; ya por la *cantidad* del trabajo, perdiendo cinco, diez, quince minutos en cada hora con cualquier pretexto; ya por la *calidad* del mismo, levantando paredes, componiendo prendas de vestir o muebles o maquinarias, como los castillos de naipes que levantan los muchachos, que se mantienen en pie el tiempo necesario para que cobréis vuestros jornales.

¡Cuán cierto es que el corazón humano es tan miserable bajo los dorados techos de los alcázares reales, como bajo las pajas y tierra de las chozas de los pobres!» (*Semana S. de Pamplona*, pág. 389).

XI

Hipocresía de algunos patronos

Uno de los enemigos más terribles que encuentran los obreros en la prosecución de sus nobles aspiraciones, es sin duda alguna, *la hipocresía de algunos patronos*, que llenándoles sus oídos de bellas promesas (que nunca han de cumplir), apagan sus entusiasmos y desbaratan sus planes de campaña. Estos tales patronos, indignos del nombre que llevan, nos recuerdan, aun sin querer, aquel infame avaro que con fina

sátira dejó descrito Vital Aza en estos sencillos versos:

El cura en la confesión,
al avaro don Senén
le dijo: «Para obrar bien,
basta, a veces, la intención».

Y el hombre, que no es un zote,
sino un tuno sin conciencia,
sigue con tal obediencia
lo que dijo el sacerdote,
que exclama con alegría,
y de mansedumbre lleno:
—«Yo hago intención de ser bueno
todas las horas del día.

No soy un malvado, ¡no!
y pues la intención me basta,
nadie en limosnas se gasta
lo que estoy gastando yo». —

Y es verdad. Como le pida
limosna algún pobrecillo,
se echa la mano al bolsillo
y saca un duro en seguida.

Y luego, sin vacilar,
y casi sin enseñárselo,
hace la intención de dárselo...
¡y se lo vuelve a guardar!

* * *

¡Sindicalista católico! ¿no has encontrado alguna vez patronos avaros que siguen en la práctica la misma norma de conducta que el avaro de esta sátira?

Por una parte quisieran aparecer como buenos pa-

tronos y hasta se dicen a sí mismos más de una vez, como el fariseo del Evangelio: «*Yo no soy como los demás hombres*». «¡No soy un malvado, ¡no!...» Y aun forman, o se fingen formar, intención de ser buenos todos los días de su vida. ¡Es tan consolador ser bueno! ¡Arranca tantos aplausos la virtud!... «Sobre todo, añaden, nosotros somos católicos y como tales, conocemos nuestras obligaciones de justicia, de caridad o de equidad social para con nuestros obreros y a todo trance queremos cumplirlas. ¿Qué se diría si no de nosotros?...»

Mas por otra parte son avaros, y por lo mismo, su único anhelo es enriquecerse, aunque sea con el sudor de otros hombres... Por eso, como les pida limosna algún pobrecillo, sacan un duro enseguida, y con la intención de dárselo... pero, ¡basta la buena intención! exclaman, y se lo vuelven a guardar... Que se organicen, en efecto, los obreros, que les pidan aumento de salario, *porque así lo reclama la justicia* en tales o cuales casos; «¡Está bien! les responden; reconocemos las razones que apoyan vuestra petición, ya veremos si *en adelante* podemos hacer lo que pedís y nosotros también lo deseamos ardientemente; por ahora, desgraciadamente la marcha de nuestros negocios, no nos permite—bien contra nuestra voluntad—satisfacer vuestras justas aspiraciones; más tarde, quizás...»

¡Oh y cómo esta fementidas promesas de algunos patronos—hay otros en cuyos labios son verdaderas—no se distinguen lo más mínimo de aquello que estampó en su cartel un avariento tendero: HOY NO SE FÍA, MAÑANA, SÍ: ni de lo que con suma frecuencia

escribía en la puerta de su casa cierto hipócrita: JUAN AYUNARÁ MAÑANA!

Gráficamente describió a estos taimados hipócritas, coreado con prolongados aplausos, el que a sí mismo se llamaba «humilde colaborador de la Verdad», nuestro P. Gerard, de grata memoria. «Veréis, decía, muchos poderosos del mundo, ricos y patronos, muy afectos a la Iglesia y sus ministros, *mientras éstos prediquen al pueblo resignación y humildad* y la esperanza de la otra vida; mientras la Iglesia, y la Religión, y los frailes sirvan para contener las aspiraciones del pueblo. En este caso ¡oh! los veréis afanados y contentos honrándose con la amistad de los Prelados; besarles en público el anillo pastoral a vueltas de mil reverencias; y cogidos del brazo con nosotros, mostrar por las calles y plazas su adhesión inquebrantable a la Iglesia.

Pero que un fraile se atreva a decir al pueblo algo, muy poco, de lo que *la justicia divina y humana piden para la sociedad*; que les hable no sólo de lo que han de hacer para salvarse en la otra vida, sino también en la presente; y entonces... ¡horror! rásganse las vestiduras; acumúlense las calumnias; búscanse influencias poderosas; se extravía dolorosamente la opinión, y no se perdona medio alguno de los poderosísimos que estas gentes tienen a su disposición, con tal de *aplastar, pulverizar* al osado innovador, al perturbador de su tranquilidad y sosiego». (VI Semana Social, pág. 379).

¿Queréis no engañaros, sindicalistas católicos, con las vanas promesas que a veces os hacen semejantes hipócritas? Pues aplicad siempre a los modernos fari-

seos, la regla que para conocer a los antiguos nos dió el Divino Maestro: «Por sus frutos los conoceréis».

XII

Ricos y pobres

Gran mérito es de un hombre, según nuestros Libros sagrados, «poder hacer el mal y no hacerlo». Pero poca alabanza merece, quien si no hace el mal, es tan sólo por que no puede. Ahora bien, si es verdad que los ricos sin fe cometen muchos atropellos, es no menos cierto que también los cometerían los pobres, en quienes se ha extinguido la luz del cielo, si tuvieran medios para ello. Lee a este propósito el siguiente fragmento de una bellísima composición debida a la bien cortada pluma del docto jesuita P. Gonzalo Coloma.

I

¿Qué gañán socialista
que, de trabajos y miserias harto,
espera de los bienes el reparto,
no conoce a Rivero el periodista?
—«¡No marcha el mundo bien!—Rivero brama—
pues que visten los ricos gabán nuevo
y ¡oh, negra sinrazón que al cielo clama!
yo un gabán sucio y remendado llevo.—
Y, apóstol del humilde proletario,
dedica sus afanes,
las fuerzas de su pluma y de su pico
a la ansiada igualdad... de los gabanés,
y en *El mundo al revés*, que es su diario,

grita a los pobres: — «¡al ladrón del rico!

.
¡Seréis como los ricos
que son dioses felices de la tierra,
los peces grandes que a los peces chicos
hacen perenne y sanguinaria guerra!» —

.
Y en sus pechos los cándidos labriegos
sienten rugir y airarse las pasiones
como fieras que muerden la cadena;
tras Rivero se van como borregos,
y al dejar en sus garras los vellones,
les apuntan las cerdas de la hiena.

.
De la discordia estalla la tormenta,
más que la furia de la mar terrible;
el combate las calles ensangrienta,
resuenan tiros y algazara horrible;
y sobre el sorprendido vecindario
tiende el terror las amarillas alas ..
¡Es el pueblo! ese lógico temible
que de *El mundo al revés*, aquel diario,
las impiedades las traduce en balas.

.
II

Esta fábrica inmensa de cristales,
de obreros haraposos hormiguero,
ese *chalet* de formas ojivales
donde el placer y el fastuoso brillo
a torrentes derraman el dinero,
son dominios feudales

donde como señor de horca y cuchillo
reina el Excelentísimo Rivero;
porque allá, en Ultramar, a la opulencia
arribó con más trampas que trabajo,
de vuelta a España se mercó un cintajo,
y cátrate a Rivero hecho Excelencia.

.
Y sin descanso mueve
a religión y socialismo guerra.
¡Desdichado el obrero que se atreve
a derramar anárquicas semillas!
En una cuadra del *chalet* le encierra,
y le cantan la solfa en las costillas,
hasta que sangre brote,
cuatro de sus fornidos capataces,
sus perpetuos lictores, que por haces
empuñan un revólver y un garrote;
y luego de la fábrica le arroja,
aun del jornal debido le despoja,
y justicia... ¡que a Dios se la demande!
pues de tejas abajo
si hallarla piensa el infeliz, se engaña,
porque es Rivero moscardón muy grande
y rompe sin trabajo
de las leyes la débil telaraña.

.
Como el mar se alborota
si repentino vendabal lo azota,
hierve en furor la muchedumbre atenta
y un solo grito lanza
como rayo en que estalla la tormenta,
un grito pavoroso de venganza

— ¡Muera! — no más. Con el furor salvaje
con que a la playa corre el oleaje,
hacia el *chalet* en confusión avanza;
sorprende a su señor de espanto mudo
y erizado el cabello,
y de una cuerda el apretado nudo
asegura a su cuello.

— ¡Al crisol! ¡al crisol! — resonó un grito.

.

Y allí de golpe lanzan a Rivero...
Instantáneo, estridente, dolorido
retumbó por la bóveda un bramido
como de res que mata el carnicero...

— Y ¿quiénes son aquí los malhechores?

— ¿Eso preguntas?... La respuesta es llana:
ricos y pobres sin la fe cristiana,
los unos y los otros son peores.

* * *

¡Sindicalista católico! cuida mucho de no cometer
en tu corazón aquellos crímenes que los ricos sin fe
cristiana suelen cometer de obra, por no carecer de
medios pecunarios para ello como los pobres. Que ja-
más se pueda decir de tí, lo que con libertad evangé-
lica decía en cierta ocasión el P. Gerard a los
obreros:

«Ellos (los ricos) suelen comer bien y con exceso,
y suelen darse a los placeres de la mesa más caros y
refinados; mientras millares de hombres mueren de
hambre, añadís con indignación. Pero penetrando en
vuestros corazones, me parece observar que, si vos-
otros no os regaláis opíparamente, no es por amor a

los hambrientos, ni mucho menos porque os falten deseos de hacerlo, sino sencillamente porque no podéis. Veis pasar un automóvil por la carretera: os envuelve en una nube de polvo; y al momento exclamáis que eso es intolerable, que ya ni los caminos os dejan libres, que os atruenan con sus sirenas, que os ponen en peligro de muerte, y que será menester andar a tiros con ellos para que el pobre pueda ir tranquilo a ganarse el pan de cada día. Mas si investigamos con serenidad la verdadera causa de esas exclamaciones, hallaremos que no habláis así por odio al automóvil, sino porque vosotros no podéis tener otro.» (*Semana S. de Pamplona*, pág. 388).

Defiende, pues, con valor tus derechos, pero no abrigues sentimientos de odio y de venganza.

XIII

Concausas de la cuestión social

Efectos verdaderamente inconmensurables se deben a veces, al parecer, a causas muy insignificantes. Un voraz incendio que ha reducido a ceniza un bosque secular, tiene su origen en una pequeña chispa eléctrica... Un torrente devastador que arrastra en pos de sí tierras, árboles y ganados, parece formado por una lluvia no muy abundante... Una roca que había permanecido durante siglos y siglos en lo alto del monte, la vemos rodar por la pendiente a causa de unas «gotas de agua»...

La primera gota de agua
que cayó sobre la roca,
se deslizó, y fué a perderse
silenciosa.

Siguiendo el mismo camino,
cayó la segunda gota,
y se perdió la segunda
como la otra.

Y vino otra y otra... y, lentas,
tejieron siglos las horas,
y las gotas resbalaron
en la roca.

Y una más otra... incesantes,
y temerarias las gotas,
ya abren surco, ya su paso
marcar osan.

El surco es ya una caverna,
que la árdua roca devora;
pronto habrá desaparecido
tal vez toda.

¿Cuál ha sido la más fuerte
y potente de las gotas,
la que a nada redujo
la árdua roca?

No ha sido, no, la primera,
ni la segunda, ni la otra,
ni ésta. ni aquella... ¡ninguna!
Fueron todas.

(JOSÉ TRAJANO).

* * *

¡Sindicalista católico! como ese incendio voraz no se debe tan sólo a esa chispa, ni ese torrente devastador a esa lluvia, ni el desgarrarse y rodar de esa roca a esas últimas gotas, sino a otras varias circunstancias que prepararon dichos fenómenos; así las terribles conmociones que a la hora presente está sin-

tiendo el mundo, no se deben a una sola causa, sino a muchas y muy diversas. «Fueron todas» las que han traído este insostenible estado de cosas.

La conducta escandalosa de los unos, el ateísmo práctico de los otros, la vida sibarita de los ricos, la ignorancia y vicios de los pobres, las maquinaciones de las sectas masónicas, las propagandas impías de la prensa liberal, socialista y anarquista, las injusticias de los de arriba, los odios de los de abajo... «¡No! no ha sido ni la primera, ni la segunda, ni ésta ni aquella... ¡ni ninguna de estas concausas en particular!... la que ha desgajado la dura roca donde se asentaba la paz social... Fueron todas».

¿Y qué remedio será ya posible? «¡Pan y catecismo!» ¡Pan e instrucción! ¡Pan y asociación!... Pan para los hambrientos. Instrucción para los ignorantes. Catecismo para todos. Justicia para los poderosos... Asociación robusta y cristiana para los débiles.

¡Sí! «Cuando los hombres no pasen hambre, dice un escritor moderno, y vean que a cada cual se recompensa según sus merecimientos, la fiera, que hoy dá zarpazos a diestro y siniestro, esconderá sus garras ensangrentadas y reposará»... «¿Queréis conservar, preguntaba el P. Gerard en la 6.^a Semana Social, el orden, el progreso, la civilización? Pues no conozco más que un solo medio para conseguirlo: haced justicia y tendréis paz». Y en la misma Semana Social de Pamplona, decía el actual Sr. Obispo de Salamanca, ilustrísimo Sr. Alcolea:

«Sin organización que establezca de un modo permanente vínculos morales y económicos, los socios de los Círculos serán arena movediza, que al impulso de

las olas y de los vientos cambia sin cesar.. Los Sindicatos responden a una necesidad universalmente sentida... Las agremiaciones profesionales son el baluarte de cuya posesión depende el éxito de la gran batalla social que se avecina... Si no es posible prolongar mucho tiempo el estado actual de la lucha, ni retroceder a tiempos y situaciones que ya pasaron, si la victoria del capital sobre el trabajo o del trabajo sobre el capital traería como consecuencia la ruina de la producción, ¿qué otro recurso queda que acudir a las *agremiaciones profesionales de resistencia*, no para la lucha de clases, sino para la pacífica convivencia de las mismas?»

XIV

Religión y Progreso

¡Contraste verdaderamente espantoso el que vemos en nuestros días! De una parte el más deslumbrador progreso; de otra, el más vergonzoso pauperismo...

«El inmenso planeta que habitamos, ha quedado convertido en peana de la apoteosis del hombre. Sus enormes distancias... se han transformado en paseos recreativos para nuestros ferrocarriles y trasatlánticos. El pensamiento del hombre se trasmite de un hemisferio al otro por vibraciones misteriosas con la rapidez del rayo. Oímos tranquilamente sentados en nuestros gabinetes, las palabras que seres queridos nos dirigen de lejanas tierras. Vemos y fotografiamos, a través de las paredes, los objetos existentes detrás de ellas. Y con un conato de sublime audacia, se remonta el hombre por los aires en frágiles aparatos,

para ondear allí, en el mundo hasta ahora inaccesible de las aves, el pabellón de su soberanía.

El firmamento le entrega sus maravillosos secretos. Los brillantes luceros de noches serenas se agigantan hasta presentarse como orbes colosales. El hombre los estudia, los mide, los pesa, calcula sus velocidades, predice sus posiciones futuras..., analiza los elementos químicos que arden en lejanos soles cuya luz tarda años en llegar a nosotros...

La naturaleza con sus potentes energías se rinde también al hombre. El calor del sol, almacenado durante siglos en las minas; la gravitación en los saltos de agua y en las corrientes de aire; la afinidad química con sus prodigiosos resultados...; todo se pone al servicio del hombre...

Sin embargo, la visión de lo futuro nos hace estremecer de terror. Esta civilización tan esplendorosa está herida de muerte.» (P. Gerard, Semana Social de Pamplona, pág. 12). Bajo este tan rozagante manto cubre hediondas llagas, cuyo pus inficciona la atmósfera. Frente al lujo desenfrenado y refinado sibaritismo de unos cuantos, muestran sus viles harapos rebaños de famélicos pobres... ¿A qué se debe este tan espantoso contraste de luz y tinieblas, felicidad y miseria? A que el Progreso ha querido prescindir de la Religión, creyendo que se bastaba a sí solo, para traer la felicidad a los hombres. Oye cómo describe esto un inspirado poeta navarro.

—¿Quién eres?

—La Religión

que a verte vengo, ¡oh Progreso!

—¿Y qué quieres?

—Avisarte.

—¿De qué:

—De lo venidero.

—¿Y por qué de actualidades
no hablar en este momento?

—Tú eres la voz del presente;
yo soy la voz de lo eterno.

—Pero no me negarás
que me llamo y soy Progreso.

—Progresar hacia lo malo
es retroceder.

—¡Silencio!

Ya verás en nuestro siglo,
y más en los venideros,
los triunfos y las conquistas
que conseguirá el Progreso.
La trayectoria científica
habránla cruzado al vuelo
en las carrozas del arte,
de la ciencia y del talento,
recogiendo lauros magnos
de la ilustración, los genios.
La fuerza de las mareas,
el vario empujar del viento,
el golpe de las cascadas,
del sol el calor inmenso,
el gravitar de los astros
y todo el girar sidéreo,
¿no será en poder del hombre
luz, vida, placer, contento?
¡Oh, porvenir de los mundos!
¡Oh, qué c ímulos de inventos!

¡Qué sorpresas nos aguardan!

¡Qué dichas!

— Basta, Progreso;
pasarán dos o tres siglos,
¿y entonces no habrá famélicos?
¿No habrá anarquistas ni parias,
ni dolor, ni descontento?
¿Y el alma se detendrá,
cuando aprisa marcha el cuerpo?
¿Dejará de existir Dios,
con su gloria y con su infierno?
¿No habrá guerras? ¿No habrá muerte?
¿Quién será imperecedero?
¡Oh Progreso de Europa,
viene tu destronamiento!
El león de Africa ruge...,
el sol asiático es fuego....;
la Religión nada teme:
de la omnipotencia el cetro
brilla en mi mano que soy
eterna, como el Eterno.

(FR. PEDRO FABO)

* * *

¡Sindicalista católico! no lo dudes: «nuestra civilización está herida de muerte, ya que emplea sus admirables y poderosas facultades en apostatar de Dios, en desterrar a Dios, en vivir sin Dios... Desde la Revolución francesa todos los Estados, todos los pueblos, van unos en pos de otros eliminando a Dios de sus leyes, de sus sanciones, de sus Academias o Universidades, de las escuelas de la inocente infancia, de

los actos todos de su vida pública y oficial. La autoridad, la potestad de mandar no tiene ya otro origen que la fuerza, disimulada hipócritamente bajo la voluntad de la mayoría..., no la mayoría de la ilustración, de la honradez, de la justicia, sino la mayoría brutal del número, elaborada artificiosamente...

Y el mal que, como dice el insigne Balmes, tiene también una lógica inflexible, ha sacado las consecuencias de tan funestos principios. Y el individuo pobre, el obrero, que no tiene más tierras ni más capital con que vivir que un par de robustos brazos, al verse solo ante el mundo de los negocios, de los poderosos, de los patronos, que son los únicos que disfrutan de los bienes de esta vida con algún desembarazo..., se ha agrupado, se ha contado, se ha organizado, y ha visto que ellos, los pobres, los desheredados, son la mayoría. Y puesto que se le ha enseñado que no hay Dios, que no se gobierna en nombre de Dios, que para la felicidad del hombre en esta vida estorba Dios..., en virtud de los mismos principios ha lanzado un rugido de combate, y en nombre de la mayoría, que es la ley suprema de nuestra civilización, quiere participar de los bienes de la tierra como el que más. ¿Quién se atreverá a negar la rigurosa lógica de estas pretensiones...?

Se nos ha quitado en esta civilización el centro de la gravitación universal de los espíritus (Dios), y los espíritus, fuera de sus órbitas, se lanzan unos contra otros a destrozarse en choques formidables y espantosos.» (P. Gerard, *Semana Social de Pamplona*, pág. 14) Si no queremos, pues, que choquen entre sí, hagamos que vuelvan a sus órbitas y giren en torno de Dios.

Que la Religión y el Progreso vayan siempre hermanados, y nunca el egoísmo y la avaricia abusarán de los inventos modernos, antes por el contrario los patronos y accionistas, además de examinar la situación de sus obreros antes de introducir nuevas máquinas que puedan dejarles parados, de la disminución de los gastos de producción, sacarán recursos para aumentarles su salario; y adonde no llegue tal vez la justicia, llegará por lo menos su caridad.

XV

El catecismo

Bien dijo un escritor antiguo que «muchas veces cosas muy grandes se encuentran en cosas al parecer pequeñas, como el alma inmortal se halla en un cuerpo sujeto a la muerte» ¿Quién no ha admirado más de una vez, la fuerza vital que se encierra en una bellota de la que, andando el tiempo, saldrá una robusta encina que desafíe impávida los furiosos del vendaval?... Y ¿qué cosa, a primera vista, más insignificante que ese librito que se pone en manos de los niños y que llamamos *catecismo*?... Sin embargo es lo cierto que en sus páginas está escrita la solución de las cuestiones más importantes para la humanidad, y que si patronos y obreros inspirasen su conducta en sus luminosas enseñanzas, apenas ofrecería dificultad seria la tan difícil cuestión social. Con razón, pues, clama un poeta de nuestros días:—¡Leed el catecismo!

Leed, que es libro de oro
y fulgura con luces celestiales,
y encierra el gran tesoro,

que ansían los mortales,
de esperanzas y amores edeniales...
Leed, que es libro de oro...
Leed, que en él se explican
las verdades que sacian los anhelos,
y en él también se indican
ocultos entre velos
los misterios más altos de los cielos.
La eterna e inefable
procesión del que es uno siendo trino...
Aquel inenarrable
amor, por que convino
que encarnase Quien era Hijo Divino...
El tétrico borrón,
que, al nacer, todo pecho humano sella...
La pura concepción
de la única Doncella,
que entre el lodo ha salido toda bella ..
La suerte prefijada
a que el hombre camina libremente...
La célica morada...
El fuego ardiente,
que atormenta en el cuerpo y en la mente...
Sus páginas semejan
un tejido de rayos luminosos,
pues ver entre ellas dejan
fulgores tan hermosos,
que al mirarlos se encantan nuestros ojos.
Y es astro que ilumina
cada letra que el libro este contiene,
y aquel que lo examina
por grande dicha tiene

ver tan sólo a la luz que de él proviene.

Sus hojas de arreboles
y sus letras de fuego se han formado,
porque únense dos soles
en libro tan sagrado,
pues la Ciencia y la Fe lo han engendrado.

Leed, que exhala aromas
más suaves que las pomas
que al Amado divino confortaran,
y en él los corazones
aprenden oraciones.

que a perfumes celestes se equiparan.

Por él a Dios hablamos
y «Padre» le llamamos,
aunque Dios sea todo y nada el hombre;
por él con alegría
corremos a María

y la damos de «Madre» el dulce nombre.

Hojead ese Código de Leyes,
que obligan a los reyes,
y a vasallos de modo igual obligan;
no temáis que os conminen con las penas
de férreas cadenas,

que son leyes de amor, que amando ligan.

Y feliz al amante le proclama,
pues dice que quien ama
gozará de la paz en esta vida;
y aunque vaya entre espinas por el suelo
podrá llegar al cielo

a gozar de la dicha prometida.

Los amores en él se han concentrado
y el libro han perfumado

con esencia de rosas purpurinas,
que trascienden a mística ternura
y son fragancia pura
de ternezas humanas y divinas.
No dejéis este libro de las manos,
porque en él encontramos los humanos
la fuente del amor,
y nos sacia la sed con los carismas
de que son manantial las llagas mismas
de nuestro Salvador.
Su licor singular está formado
con el agua que limpia del pecado,
con óleo que conforta
y con sangre de Cristo que da vida,
porque al hombre que prueba tal bebida
al Cielo le transporta...
Leed, que es libro de oro,
y al leerse sus hojas en el suelo,
repítenlas a coro
los ángeles del cielo,
acallando los sonos de su vuelo...
Leed, que es libro de oro.

(J. M. FERAÚD GARCÍA)

* * *

¡Sindicalista católico! lee con frecuencia el catecismo, y sus letras que «fulguran con luces celestiales, te darán a conocer ocultos entre velos los misterios más altos de la Divinidad»; su perfecta unidad de esencia armonizada con su adorable Trinidad de personas; su omnipotente virtud creadora que llenó de luz los espacios, y pobló el mundo de seres vivientes,

y adornó al ángel y al hombre de dones sobrenaturales; su amor inexhausto que hizo al Verbo ser nuestro hermano y Redentor...

Lee con devoción el catecismo y en sus líneas que «semejan un tejido de rayos luminosos», aprenderás lo mucho que, obrando bien, puedes esperar en «la célica morada, de amores edeniales», de visión clara de Dios, de delicias inefables y eternas.. ; y los tormentos que siempre has de temer; «aquel fuego ardiente que por eternidad de eternidades atormenta en el cuerpo y en el alma» quien fué gravemente infiel a su conciencia...

Lee con fijeza el catecismo y en páginas, «verdaderos astros que iluminan el sendero de la vida», encontrarás un «código de leyes que obligan igualmente a los reyes y a los vasallos», a los patronos y a los obreros, a los sabios y a los ignorantes... y con cuyo exacto cumplimiento «gozarás de paz en esta vida, y, aunque camines entre espinas, podrás llegar al cielo a gozar de la dicha prometida»...

Lee con fervor el catecismo y en «sus hojas de arreboles» hallarás sublimes plegarias para implorar de Dios, de nuestra bendita Madre, y de los santos, las fuerzas que necesitas para vencer las tentaciones y cumplir tus deberes en casa, en la calle, en el taller, en todas partes... y ser de este modo un hombre perfecto y ejemplar...

Lee con atención el catecismo y en ese «libro perfumado con esencia de rosas purpurinas—de ternezas humanas y divinas»—adquirirás vivos deseos de cooperar al mayor bienestar social, que te harán repetir estas palabras de nuestro carísimo P. Gerard:

«Soy un humilde colaborador de la Verdad, y trabajo porque aparezca radiante en medio de las contiendas sociales, alboreando el advenimiento de un nuevo progreso, de una *realización más completa del Evangelio de Cristo en todas las manifestaciones de la sociedad humana*, disminuyendo las injusticias sociales, y preparando la era de una humanidad más feliz». (6.^a Semana Social, pág. 358).

XVI

Nuestro último fin

Semejantes a los locos que de pronto emprenden una carrera precipitada y andan de una parte para otra y se afanan y sudan, mas no saben qué es lo que pretenden con tanto moverse; más de una vez también nosotros en la continua agitación de la vida, ignoramos prácticamente qué es lo que en último término nos proponemos conseguir. ¡En cuantos sepulcros podría esculpirse con toda verdad este epitafio, que mandó poner en el suyo un cortesano del duque de Borgoña!

Aquí yace un necio
Que salió de este mundo, sin saber
Para qué había venido a él.

Bueno será, por tanto, si no queremos seguir adelante, adelante... sin saber cuál es el término final de nuestro viaje, que de cuando en cuando, especialmente en tiempo de Cuaresma o en días de Ejercicios espirituales nos hagamos esta pregunta: yo ¿para qué he nacido? ¿para qué estoy en el mundo?... Y no hay duda que, acalladas las voces tumultuosas de las pasio-

nes, exclamará, en el interior de nuestras almas, nuestra propia conciencia iluminada con los fulgores de la Fé cristiana:

Es el mundo visible un poema
de bellezas divínicas lleno;
un poema sublime grandioso...
donde brilla el fulgor de lo bello;
un poema de rítmicas notas,
donde bebe su númen el genio;
un poema que mi alma levanta
hasta verte, mi Dios sempiterno,
hasta verte, ¡oh mi Dios!... que has creado
ese espacio... ese azul firmamento...
y has ornado de galas el campo...
y esculpido las frondas del cedro...
y bordado el clavel y la rosa
con hermosos y varios destellos,
y vestido de plumas el ave
que a las nubes remonta su vuelo...
y formado mi estatua de arcilla,
animada de espíritu eterno
que no halla en la tierra descanso,
ni paz ni sosiego...
¡Señor, me has formado
para Tí, donde tengo mi centro!
Es el mundo la hermosa portada
por do voy subiendo
hasta Dios, que me espera en su gloria...
y mi senda prosigo sediento
del bien infinito...
En la tierra llenar mis deseos...

no puedo, no puedo, por más que me aforo,
por más que lo intento...

¡El mundo es finito, y oh Dios, Tú pusiste
de mi espíritu el fin en tu seno!...

Este ornato grandioso del mundo
me eleva a los cielos,

allá donde brillas

con tu luz de esplendores eternos,

¡oh Dios soberano!...

imán de mis vivos y ardientes anhelos.

.

Por eso, en Tí encuentro la causa infinita
de todo lo hermoso... de todo lo bello...

(JOSÉ VÁZQUEZ ESTÉVEZ)

* * *

¡Sindicalista católico! no desoigas esas voces de tu propia conciencia. Jamás olvides que dentro de tu cuerpo—estatua formada de arcilla—habita un espíritu inmortal, que volará a la eternidad, cuando la muerte haya reducido a polvo la parte visible de tu ser. Como el ave no canta alegre, cuando, perdida su libertad, queda encerrada en estrecha jaula, aunque ésta sea de oro...; coma el pez, fuera del agua, se agita inquieto, por más que lo pongan sobre el verde césped y tenga abundante comida...; así esa alma que anima tu cuerpo, nacida para las cosas eternas—como el ave para surcar en raudo vuelo la atmósfera espaciosa y el pez para recorrer la dilatada extensión del mar—no halla, no puede hallar en la tierra ni en cuanto ésta encierra en su seno, descanso, ni paz ni sosiego.

¡No! por más que te afares, por más que lo inten-

tes, ora te dediques de lleno a los negocios más lucrativos, ora te entregues — ébrio de locura — a las más variadas y prolongadas diversiones..., jamás lograrás llenar tus deseos en la tierra. ¡El mundo es finito, limitado, y tus deseos son infinitos, no reconocen límite alguno! Como el hidrópico, cuanta más agua bebe, más sed tiene; así tu corazón cuanto más se aficiona a las cosas de la tierra, más necesidad sentirá de ellas: ¡que jamás ha dicho «basta» el avaro, al ver llenas sus arcas, ni el sensual ha encontrado satisfacción cumplida en sus inmundos placeres y el célebre conquistador Alejandro Magno, al llegar de conquista en conquista hasta las playas del Océano Indico, lloraba porque el mundo era tan pequeño y no le quedaba más que conquistar!

En Dios, por el contrario, encontrarás siempre la causa suprema y la fuente inexhausta de todo lo hermoso, de todo lo bello, de todo lo bueno, de todo lo grande y lo noble. Para El has sido formado, en sólo El está el centro de tu alma «sedienta del bien infinito», El es el «imán de tus vivos y ardientes anhelos», el fin último a que debes enderezar todas tus aspiraciones y esfuerzos. Unido con Dios, verás brillar de continuo el iris de paz en medio de las tormentas, que tan frecuentes son en el tenebroso valle de la vida presente, y cuando hayas traspasado los umbrales de la eternidad, formarás parte de aquel Reino glorioso, del que están desterrados el llanto y el dolor... Apartado de Dios, tendrás aquí ante tus ojos un cielo ennegrecido, rasgado de vez en cuando por siniestros relámpagos, y será más tarde tu perpetua morada la

oscura región llamada por antonomasia «lugar de tormentos»...

Trabaja, pues, ¡Sindicalista católico! trabaja cuanto buenamente puedas, por hacer que sean respetados tus derechos, trabaja en estrecha unión con tus compañeros por aumentar el bienestar económico de la clase a que perteneces; ¡tienes derecho a ello y esto puede contribuir a tu felicidad en la tierra!... Pero, al mismo tiempo, nunca pierdas de vista esta profunda sentencia del divino Maestro, que hizo de Francisco Javier uno de los más grandes santos de la Iglesia Católica: *¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?*

De esta manera unirás esas dos cosas que muchos las creen incompatibles, según aquello que afortunadamente recordaba a ciertos católicos el docto teólogo dominicano P. Gerard: «Bien está que en nuestras exhortaciones al pueblo recordemos el origen de nuestras almas y *su fin sobrenatural*, y a eso debemos mirar como el *término de nuestros esfuerzos*; bien está que demos más importancia a *las riquezas de la eternidad* que a las del tiempo, porque en realidad la tienen; pero conviene no olvidar que antes que en el cielo, tenemos que *vivir en la tierra*, pues que esta vida es como el noviciado de la futura; y que *en este mundo no se vive, si no se come; y no se come, si no hay de qué.*» (6.^a Semana Social, pág. 351)

XVII

Sed de lo infinito

Junto al manso arroyuelo que serpentea plácido por

la floresta, y en cuyas límpidas aguas se ven con toda claridad las piedrezuelas del cauce, hallamos en la Naturaleza caudalosos ríos cuyas impetuosas corrientes con gran estruendo vienen a perderse en lo profundo de los mares. Al par de esos pozos de escasa profundidad, que por la frescura de sus aguas tanto servicio prestan a los mortales, encontramos a veces smas—verdaderos abismos sin fondo—a cuyos bordes no es posible asomarse, sin sentir al punto el vértigo de las alturas... También en el corazón humano, lago tranquilo unas veces, mar alborotado otras, y abismo sin fondo siempre, observamos a la vez que aspiraciones y cosas pequeñas, sed insaciable de lo infinito... He aquí cómo la describe el delicado poeta navarro Norberto Torcal:

Es la alta noche. En mi profundo sueño
una voz he sentido... ¿Quién me llama?
¿Quién a estas horas con tenaz empeño,
mi reposo a turbar viniendo, clama?

.....
¿Qué voz me despertó? ¿Fué la del viento
que los vidrios golpea en mi ventana?
¿O el ritmo acaso acompasado y lento
de la oscilante péndola cercana?...

.....
Volví a escuchar la voz... Mas ¡cosa extraña!
no es una voz de fuera...; la oigo dentro,
dentro de mí; ¡no hay duda!...; no me engaña
una ilusión...; en soledad me encuentro.

¡Ah eres tú, corazón, que tantas veces,
en medio de mi sueño, de improviso

con vagos sobresaltos me estremeces,
dejándome turbado e indeciso.

¡Tú que el misterio de la noche aguardas
y sus horas fatídicas espías,
para avivar volcanes en los que ardas
sobre fuego de locas fantasías!...

Háblame, corazón; dime, ¿qué quieres?
¿Por qué ese palpar?... Dí... ¿qué ambicionas?
¿las riquezas? ¿las glorias? ¿los placeres?
¿los honores del mundo? ¿sus coronas?

Estamos solos, corazón; tus voces
nadie escucharlas ni entenderlas puede.
Habla, pues, sin temor...

—Sí, quiero goces;
quiero la dicha que en mi fondo quede.

—Y esa dicha ¿dónde está? ¿con qué se alcanza?

—Eso ¡infeliz de mí! es lo que ignoro.

—Mas de alcanzarla al fin ¿no hay esperanza?

—¡Por la esperanza vivo!

—¿Será el oro?

—¡Oh! sí, dame oro...

—¿Y nada más? ¿Te basta
con el oro?

—No a fé, que neceso
algo más que el dinero que se gasta,
sin apagar mi *sed de lo infinito*.

—Luego, además del oro, necesitas
la gloria; ¿no es verdad?

—¡Oh!, sí, la gloria.
¡Quién pudiera alcanzar sus inmarchitas
palmas, símbolo fiel de la victoria!

Ser rayo de la guerra; ser monarca;

arrebatarse al arte sus laureles;
ser émulo de Homero y de Petrarca
rivalizar con Fidias, con Apeles;

sentir como Colón beso fecundo,
aura bendita de entusiasmo inmenso...
¡Eso es lo que ambiciono yo en el mundo,
lo que me hará feliz, a lo que pienso!

— ¡Ay pobre corazón!... ¡cómo deliras!
¡cuán vanamente, sin cesar, batallas!
Esa gloria, ese bien por que suspiras,
no te hará más feliz de lo que te hallas.

Pues ¿qué? ¿no sabes ya por experiencia
que en todas partes, implacable y frío
en pós de la abundancia, en la conciencia
se levanta el espectro del hastío?

Quieres felicidad... Mas, torpe y loco,
vas a buscarla en donde no se encuentra
¡Búscala sólo en Dios, eterno foco
que la belleza y el amor concentra!



¡Sindicalista Católico! bien está que te afanes y sudas por hacer que en todas partes sea respetada tu dignidad de hombre, con los mismos derechos esenciales que los demás, y de cristiano destinado a la misma felicidad eterna que aquellos que te consideran como una bestia de carga o una máquina automática... Bien está que trabajes, aunando tus esfuerzos con los de tus compañeros, por aumentar tu salario, siquiera hasta que llegue a la medida de lo justo y equitativo... Bien está que estudies día y noche el modo de hacer *real* el salario *nominal*, es decir, el modo de obtener

el mayor provecho posible del mísero jornal que percibes... Bien está que examines bajo todos sus aspectos la complicada red de seguros, para prevenir en parte los desastrosos efectos del paro forzoso, de los accidentes del trabajo, de la vejez, etc... Bien está, en una palabra, que te preocupes grandemente de la cuestión social en su lado *económico*. Tienes perfectísimo derecho a ello; más aun; tienes obligación de obrar así, para mantener tu vida y la de tu familia.

Pero, si no quieres que sea tu corazón «volcán que arda con fuego de locas fantasías»; si no quieres «delirar y batallar vanamente»; si no quieres que «en tu conciencia se levante el espectro del hastío»; si no quieres caer en la desesperación, como tantos desgraciados socialistas, materialistas y ateos, que renunciando a la felicidad del cielo, «van a buscarla donde no se encuentra»; jamás olvides esa *sed de lo infinito* que siente tu corazón, mira los bienes de la tierra como «ayuda para apetecer con más ardor los eternos» (según aquello que dice la Iglesia en la oración para pedir la lluvia, *ut praesentibus subsidiis sufficienter adjuti fiducialius appetamus aeterna*) y busca tu felicidad completa «sólo en Dios, eterno foco, que la belleza y el amor concentra».

Medita al efecto, de día y de noche, estas profundas sentencias, que bajo las arcadas de la catedral de Pamplona, pronunció el grandilocuente orador P. Gerard: «La verdad y el bien absolutos, presentidos misteriosamente por el espíritu en lejanos horizontes, ejercen por su enorme masa (permitidme la expresión) una atracción soberana e irresistible sobre los espíritus; es la *gravitación del universo espiritual hacia*

su centro, hacia la verdad, la bondad, la belleza infinitas; hacia Dios.

Dios: ahí tenéis *el lugar* de los espíritus, según la bella expresión de Malebranche; *sacar a los espíritus de ese lugar*, será *descentrarlos, desorientarlos, destruirlos*. Aún con más energía dijo San Agustín: «Dios es la vida del espíritu, como el espíritu es la vida del hombre». (Sermón inaugural de la 6.^a Semana Social, pág. 15).

XVIII

El poema de la Cruz

Aquella gloriosa enseña que, antes de dar la batalla decisiva contra Majencio, viera dibujada en el azul del firmamento, el insigne emperador Constantino el Grande; la han tomado para sí, al menos en España, todos los Sindicatos católicos libres; es a saber, la Cruz orlada con esta promesa de victoria: *in hoc signo vinces*, con esta señal vencerás.

Y no sin razón, que si la Cruz es arma victoriosa contra los enemigos del espíritu, no es menos instrumento de triunfo en las luchas sociales contra toda opresión y tiranía. Por eso exclama entusiasmado en las últimas estrofas de *El poema de la Cruz*, un fecundo poeta navarro, que ocultaba su nombre con el seudónimo de Rafael Angel, el malogrado Sr. Barrera:

¡Oh Cruz! Ara divina de dulces resplandores!
¡Altar, trono radiante de la Divinidad!
por tí desaparecen los negros opresores,
por tí bebemos todos la luz, la Libertad.

. ,

Cuando al madero santo el alma se aproxima,
tendiendo la mirada sublime de la fé,
la Cruz veréis entonces sobre la santa cima
y al Dios de las piedades en esa Cruz se ve.

.

Que el Dios de la tormenta, que el Dios de las ven-
[ganzas
cuando se acerca un alma rimando una oración,
esconde sus relámpagos, esconde sus pujanzas,
y al alma, como a un ave, toma en su corazón.

¡Cantemos, pues, cantemos! Si el mundo todo fuera
bajo la Cruz postrándose, humilde ante el Señor,
jamás la horrible lucha sus armas descubriera,
jamás hubiera un siervo, jamás un opresor;

no habría tantas almas quemadas por la pena,
no habría pueblo hambriento clamando destrucción,
no habría un pordiosero caído por la arena,
ni gemiría un huérfano en la desolación.

* * *

¡Sindicalista católico! jamás olvides que la Cruz del
Salvador marca la línea divisoria entre la civilización
pagana y la cristiana, entre la más repugnante tiranía
y la más sublime caridad... De ella brota «el torrente
de la vida divina que riega y fecunda el campo de la
Iglesia, torrente donde toma el mártir su fortaleza pa-
ra derramar su sangre por la fé; la virgen, su pureza
que perfuma los claustros solitarios; el anacoreta, las
brisas de virtud que refrigeran los desiertos; el confe-
sor, su constancia para triunfar en la lucha y alcanzar
la meta de sus aspiraciones; el misionero, valor para
surcar las olas y predicar el Evangelio allá en países

lejanos; y la Hermana de la Caridad, su heroísmo para besar las llagas y curar las heridas en los hospitales y campos de batalla». (P. Eugenio Cantera.) Y cuando rueden por el suelo los cetros de los que gobiernan, y caigan a tierra, hechos astillas, los tronos en que se asientan, y se reduzcan a polvo las brillantes coronas que circundan sus sienes...; quedará la Cruz y se alzarán magestuosa como señal de protesta contra la tiranía de los de arriba y las impías revoluciones de los de abajo. ¡Felices los pueblos que a su bendita sombra se cobijen! en ellos reinará el amor, brillará la justicia, no se verá un siervo, no habrá opresores...

«Levantemos, pues, siempre muy alto *el estandarte de la Cruz*; no para utilizarlo como una ofensiva material dejándolo caer sobre las cabezas de nuestros adversarios, sino para que sea *el faro luminoso* de nuestra conducta, de nuestro amor, de nuestros sacrificios en favor de las almas a imitación de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia. La Cruz transformada en maza o martillo servirá para modelar *santos de piedra*; para formar *hombres santos*, la Cruz no puede ser otra cosa que el ejemplar de la abnegación y de los amores divinos». (P. Gerard Semana Social de Pamplona, pág. 361)

XIX

La caridad

Al modo como la tierra gira de continuo sobre sus dos polos, así la sociedad humana debe girar sobre la justicia y la caridad, si quiere gozar de la verdadera paz social. La justicia, que da a cada uno lo que es suyo, constituye como la base sólida sobre que se

asienta este edificio moral. La caridad, abrazando a todos los hombres como a hermanos, forma algo así como la dorada techumbre del mismo. Allí a donde no llega la justicia más estricta, extiende su regio manto la caridad cristiana. Por eso nos la describe con tan bellos colores la inspirada musa de F. de Iturribarria. He aquí sus palabras:

Dulce Virgen desterrada
de los cielos que aún recuerda,
los tristes misterios sabe
de la muerte y de las penas.

Con sus bálsamos divinos
unge las llagas abiertas,
y donde pone sus manos
perfumes sagrados deja.

Da a los cuerpos pan y abrigo
que los nutren y calientan,
cabezal para las noches
que al dolor robaron treguas.

Para los tedios sombríos
enciende auroras serenas;
y el dolor sube a los cielos
con alas que ella le presta.

Seca lágrimas que vierten
ojos que las dudas ciegan,
y en el fondo de las noches
borda pálidas estrellas.

¡Oh, cuán dulce es a las almas
que a su seno amante llegan,
para el sueño de la vida,
la canción de sus promesas!

* * *

¡Sindicalista católico! jamás te dejes engañar por aquellos que, predicando una falsa «justicia social» que no es más que una imposible igualdad absoluta de todos los hombres en el orden económico, quieren desterrar de sobre la haz de la tierra hasta el nombre de la caridad cristiana. ¡Pretensión absurda! ¡Campaña inicua!

¡No! la caridad no puede desaparecer del mundo, no conviene que desaparezca... Mientras haya entre nosotros quienes lloren, al ver frustradas sus esperanzas y desvanecidas sus más caras ilusiones; será la caridad quien enjague sus lágrimas con su blanco cendal... Mientras recorran nuestras calles, cual espectros de muerte, mendigos hambrientos y cubiertos de harapos; será la caridad quien les preste un bocado de pan y un sencillo vestido... Mientras giman, tendidos en su lecho del dolor, quienes llevan su cuerpo cubierto de llagas recibidas en el campo de batalla, entre las ligeras máquinas de una fábrica, o en otra parte cualquiera; será la caridad quien derrame sobre esas llagas raudales de bálsamo divino... Mientras se presenten a nuestra vista míseros mortales que yacen sumidos en la más crasa ignorancia, y vanidosos sabios que llevan su inteligencia oscurecida por la duda religiosa, y ricos del mundo que sienten en su corazón el hastío de la vida; será la caridad quien enseñe a los ignorantes y confirme a los escépticos y recree a los hastiados...

¡Ay de la sociedad el día en que dejase de brillar y se extinguiese por completo el sol de la caridad cristiana! Aquel día se llegarían a las manos esos dos ejércitos de ricos y pobres, estallarían las materias combustibles acumuladas en el corazón de unos y otros,

se oiría de uno a otro hemisferio un horrible estampido y los pocos mortales que quedaran con vida, tendrían que recoger los mutilados miembros humanos, esparcidos por todas partes, y después de sepultarlos en inmensa hoya, habrían de llorar sobre su tumba la más espantosa desolación, invocando de nuevo la aurora de la caridad que con sus divinos fulgores iluminase y vivificase tanto páramo y campo de soledad.

Mas no olvides, sindicalista católico, que la verdadera caridad no es ese frío altruísmo, ni esa altanera filantropía. Es, como dice el poeta citado, «dulce Virgen desterrada de los cielos que aún recuerda»; es virtud divina que nos hace ver en el prójimo una imagen de Dios; es eco misterioso de aquellas palabras de Cristo: *amáos los unos a los otros*; es, finalmente, copia, aunque inexacta, de aquel amor con que Dios hecho hombre murió por todos en la cima del Calvario.

Sí, esa y no otra es la verdadera caridad, y con ella puedes ser feliz. «Sin dinero—decía a los obreros su leal amigo el P. Gerard—pero con una abnegación grande, y sobre todo con la conciencia cristiana de la *fraternidad* universal, con el *amor* de Cristo en el corazón, y la voluntad siempre dispuesta al *sacrificio*, seréis más felices, inmensamente más felices que los archimillonarios del mundo. envidia y admiración de la bestia civilizada... La magnitud sobrehumana de ese sacrificio (de Cristo al morir en la cruz), de ese amor, de esa justicia, abrieron los cielos, dejando caer sobre la tierra las radiaciones de la justicia infinita. Desde entonces quedó asegurada en la tierra la

paz a los hombres de buena voluntad». (6^a Semana Social, pág. 591).

XX

Esperanza y resignación

Para poder caminar sin desmayos por el áspero sendero de la vida, menester es que brille de continuo ante nuestros ojos la estrella de la *esperanza*. Y cuando esta estrella se haya eclipsado en parte o por completo, no nos queda otro recurso que la cristiana *resignación*. Así nos lo enseña el siguiente apólogo debido al docto fabulista Sala:

Un hombre rico en un día,
perdió cuanto poseía,
y, maldiciendo su suerte,
llamó mil veces la muerte,
y la muerte no venía.

Pero acudió la esperanza,
y en dulce acento de miel,
dijole: — «Ten confianza;
con la fe mucho se alcanza;
yo siempre te seré fiel.

¿No te gusta trabajar?
¿No te sobra juventud?
¿Por qué te has de amilanar?
¡Animo, y a recobrar
oro, crédito y salud!» —

— «Déjame: vete de aquí:
¡si es engañosa ilusión!
¡si es todo mentira en tí!» —
— «Pues me acusas sin razón.

¿tomaste consejo en mí?

Si a desaciertos frecuentes,
si a empresas harto imprudentes
tu genio audaz te lanzó,
¿de las pérdidas que sientes
puedo tener culpa yo?» —

— «No importa; déjame ya » —

— «Si la muerte no vendrá.» —

— «Iré a buscarla. Me mato;
No más sufrir.» —

— «¡Insensato!

¡Un crimen! No; no será;
¿sumieras en la orfandad
a esos retoños tan bellos,
y en horrenda soledad
a la tierna madre de ellos,
que es un angel de bondad?

¡Pobres hijos! ¡pobre esposa!
¿Sollozas?» —

— ¡«Suerte inhumana»!

— «Basta; yo tengo una hermana
que con virtud milagrosa
las llagas del alma sana.

Dulce, tranquila, serena,
a todos consuelos da.
Ella tu égida será;
¿quiéresla ver? ¡Es tan buena!»
— «Sí, por Dios» —

— «Mira; ahí está.» —

.....
La Esperanza se alejó.
y ante el hombre apareció

bella, célica visión,
que sus lágrimas secó...
Era la Resignación.

* * *

¡Sindicalista católico! ¡ensancha tu corazón! ¡aspira la suave brisa de la *esperanza*... Te has agrupado con tus compañeros bajo la blanca bandera del reinado de la justicia social. Ardua es la empresa, pero es nobilísima, y tanto más noble cuanto más difícil de ser llevada a feliz término. «¿Por qué te has de amilannar? ¡Ten confianza, con la fe mucho se alcanza! ¡Animo!» ¡No desmayes! ¡Jamás retrocedas en el glorioso camino comenzado!... Protestar virilmente de toda injusticia — cualquiera que sea el que la cometa — y hacer cuanto buenamente se pueda, por que en todas las esferas sociales, pero de un modo especial en el campo del trabajo, se cumplan los dictados de la más estricta justicia...; tal es tu ideal. ¿Por qué ocultarlo? ¿por qué abandonarlo? ¿por qué no consagrar a su mejor logro todas tus fuerzas, todas tus energías, todos tus afanes?...

Pero, si al caminar en pos de tu bello ideal, observas a las veces que cada vez se aleja más de tí; si cuanto más deseas ver por todas partes el reinado de la justicia, más la lloras ausente de todas las esferas de la vida humana; si no pocos te motejan y te consideran un nuevo D. Quijote...; no te desesperes; invoca al punto la *resignación* cristiana, «que con virtud milagrosa las llagas del alma sana, y pues, dulce, tranquila y serena, a todos consuelo da, ella tu égida será». Mira al divino Mártir del Gólgota, «pues la Cruz de

Jesús ha sido, es y será perpetuamente la mejor garantía de libertad y redención del pobre... y debe producir en vuestras almas convicciones más hondas que todas las halagadoras promesas que os puedan hacer los que, a costa vuestra, han logrado ocupar los primeros puestos de casi todas las naciones» (P. Gerard, 6.^a Semana Social, pág. 391).

No olvides que eres sindicalista *católico* y no *materialista*. Si los obreros educados en el materialismo han suprimido el cielo, tú como católico que eres, sabes muy bien que las miserias inevitables en este mundo, tienen su justa compensación en el otro. Levanta, pues, tu mirada hacia esa patria venturosa y no te entregues a una criminal desesperación.

XXI

La instrucción

No se engañó el filósofo español Séneca, cuando dijo que «todo hombre naturalmente desea saber.» Porque ¿cuál es el hombre que no aspire más o menos a poseer un cúmulo mayor de conocimientos? Como el águila, siguiendo su nativo impulso, bate sus potentes alas y se remonta hacia los espacios bañados de más vívida luz solar; así el entendimiento humano, por su propio impulso, procura elevarse a las más luminosas regiones de la ciencia. De aquí la importancia suma que para todos tiene *la instrucción*. De aquí también lo deplorable que es, hablando en general, la falta de instrucción que en muchos se nota.

Ambas ideas las expresó gráficamente Miguel A. Príncipe en esta tan sencilla como ingeniosa fábula:

Es pues el caso, que un día
viéndose la mano diestra,
en todo lista y maestra,
a la izquierda reprendía.

—«Veo, exclamó con ahinco,
que nunca vales dos bledos,
pues teniendo cinco dedos,
siempre eres torpe en los cinco.

Nunca puedo conseguir
verte coser ni bordar;
¡tú una aguja manejar!
lo mismito que escribir.

Eres lerda y no me gruñas,
pues no puedes, aunque quieras,
ni manejar las tijeras,
para cortarme las uñas.

Yo en tanto las corto a tí,
y tú en ello te complaces,
pues todo lo que no haces,
carga siempre sobre mí.

¿Dirásme, por Belcebú,
en qué demonios consista,
el que, siendo yo tan lista,
seas torpe siempre tú?»

—«Mi aptitud, dijo la izquierda,
siempre a la tuya ha igualado;
pero a tí te han educado
y a mí me han criado lerda.

¿De qué me sirve el tener
aptitud para mi oficio,
si no tengo el ejercicio
que la hace desenvolver?»

La izquierda tuvo razón,
porque, lectores, no es cuento:
*¿de qué os servirá el talento,
si os falta la educación?*

* * *

¡Sindicalista católico! lo que es en el hombre la mano derecha, hábil para todo a causa del continuo ejercicio, eso es en la sociedad el hombre, que mediante una conveniente instrucción, ha sabido desarrollar sus aptitudes naturales. Mas así como la izquierda por estar menos ejercitada que la derecha ordinariamente nos es menos útil que ésta; así los que, por falta de suficiente instrucción, están poco versados en su oficio o empleo, apenas pueden ser útiles a los demás.

¡Cuántos, es verdad, podrán decir encarándose con los sabios y artistas: mi aptitud natural para esa ciencia, arte u oficio, era tan grande como la vuestra; pero a vosotros os han instruído y a mí nada me han enseñado! Si mis padres me hubiesen podido costear como a vosotros una carrera, si mi posición económica me hubiese permitido frecuentar las escuelas de un colegio o las aulas de un Instituto o Universidad, si mis recursos pecuniarios hubiesen sido bastantes para viajar por el extranjero, si a lo menos las circunstancias azarosas de mi vida no me hubiesen impedido — ¡bien contra mi voluntad! — visitar de cuando en cuando los museos de arte, hojear los libros de ciencia — y lo que es más doloroso todavía — hasta aprender bien las primeras letras...; entonces quizás no os miraría como a genios superiores y a la vez que tendría más armas para mi defensa, dispondría de más medios para servir a la Humanidad!

Por el contrario; ¡a cuántos, obreros y no obreros, se les podrá echar en cará que, si carecen de ciertos conocimientos necesarios o útiles para desempeñar bien su papel en el teatro del mundo, es tan sólo por culpa suya! Quien ve correr a sus pies una fuente de cristalinas aguas, cúlpese a sí mismo, si por no inclinarse, se ahoga de sed. Quien tiene cerca de sí una mesa bien provista de manjares, no se queje contra nadie, si por no extender su brazo, se muere de hambre. Y ¿qué otra cosa son para la inteligencia sedienta de conocimientos y hambrienta de verdad, sino fuentes abundosas de refrigerantes aguas y mesas recargadas de exquisitos manjares, tantas Conferencias científicas, como pueden oirse gratuitamente, tantas Escuelas nocturnas o dominicales, a las que se puede asistir de balde, y tantos libros, folletos y hojas de propaganda, que se pueden leer sin gastar un céntimo?

¡Sindicalista católico! jamás olvides que de poco o nada sirve el talento natural, si no se le cultiva con una prudente instrucción; como las mejores tierras poco o nada producen, si les falta el conveniente cultivo y el oportuno riego. Y, pues según el Espíritu Santo *«más vale la verdadera sabiduría que el oro y la plata»*, procura aprovecharte de cuantas ocasiones tengas para adquirirla.

De lo contrario corres grave riesgo de admitir como verdades los mayores absurdos del Socialismo. «No todos los hechos en que el Socialismo pretende fundar sus doctrinas son falsos—observa nuestro insigne maestro P. Gerard—pero *se necesita una ilustración superior* para distinguir con claridad, lo útil y lo justo, de lo perjudicial e injusto... En el mundo se produce

trigo de sobra para todos, os dirán con el anarquista Kropotkine; las fábricas de tejidos producen para vestir a todos; las canteras y los bosques tienen piedras, cal y madera para edificar casas a todos los hombres: ¿de dónde proviene, pues, que no todos los hombres tengan pan, y que no todos puedan cubrir sus carnes, y que no todos tengan un hogar sano donde descansar y guarecerse de la intemperie? ¿Quién tiene la culpa de estas aberraciones? La *propiedad privada* sancionada y hecha inviolable por la *religión*. ¿Qué váis a contestar vosotros a estos razonamientos? No podéis, no sabéis contestar; *no por falta de luces naturales, sino por falta de tiempo para adiestraros en las lides de la inteligencia.*» (Semana Social de Pamplona, pág. 582)

XXII

El trabajo

¡Error inconcedible! Cuando dirigimos nuestra mirada por la inmensidad del Universo, vemos que todas las cosas trabajan sin tregua ni descanso. El sol derrama sobre la tierra cataratas de luz y calor con que fecunda las plantas y reanima los animales; los astros recorren de continuo la órbita que les marcara el dedo del Omnipotente; las plantas crecen, florecen y dan su fruto; los animales buscan su alimento y se multiplican; todo en la Naturaleza entona un himno armonioso al trabajo. Y no obstante, innumerables hombres encuentran humillante la ley que les obliga a trabajar, y prefieren vegetar en la más ignominiosa ociosidad. No seamos nosotros víctimas de tan pernicioso error, an-

tes bien meditemos atentamente lo que nos dice el afamado poeta venezolano, Elías Calixto Pompa.

¡Trabaja, joven, sin cesar trabaja!;
la frente honrada que en sudor se moja,
jamás ante otra frente se sonroja,
ni se rinde servil a quien la ultraja.

Tarde la nieve de los años cuaja,
sobre quien lejos la indolencia arroja;
su cuerpo, al roble, por lo fuerte, enoja;
su alma, del mundo al lodazal no baja.

El pan del trabajo es más sabroso,
que la escondida miel que con empeño
liba la abeja en el rosal frondoso.

Si comes ese pan, seras tú dueño;
más si del ocio ruedas al abismo,
¡todo serlo podrás, menos tú mismo!

* * *

¡Sindicalista católico! aunque otras razones más poderosas no hubiera para ello, por las que te indica el susodicho poeta americano, sé amante del trabajo y enemigo de la ociosidad.

¡Trabaja!. pues, porque el trabajo, cuando no es excesivo, se convierte en medicina para la salud, desarrolla nuevas energías, robustece el organismo, y comunica a nuestro cuerpo una gran longevidad, haciendo que tarde su cuaje sobre él la nieve de los años, precursora del sepulcro. Mientras que la ociosidad es fuente inagotable de enfermedades, destruye toda energía, y debilita notablemente nuestro cuerpo. No de otra suerte el agua, cuando corre por su cauce y choca contra los guijarros, se mantiene pura y cria

sabrosos peces; mas cuando se estanca, se corrompe y alberga venenosos reptiles.

¡Trabaja!, así mismo, porque el trabajo es el mejor condimento para la comida. El pan que da el trabajo, aunque sea un mendrugo seco y negro, es mucho más sabroso que el panal del miel. Una mesa abundante y bien provista no satisface tanto al ocioso, como un plato de legumbre al cansado trabajador. El descanso y la comida son agradables después de haberse cansado y sentir hambre por el trabajo, cuando se han merecido, cuando se tiene derecho a ellos; pero nada cansa más, cuando se toma con exceso y como única ocupación. Y así dice un Salmo: «Porque comerás del trabajo de tus manos serás dichoso»; y San Pablo exclama: «El que no trabaja, que no coma.»

¡Trabaja! otro sí, porque el trabajo circundará tus sienes con guirnalda de rosas, y podrás levantar en todas partes tu frente honrada y esmaltada con las gotas de sudor vertido en bien de la sociedad a que directa o indirectamente beneficia tu esfuerzo, en bien de tu familia, que a tu benéfica sombra vive tranquila, y en bien de tí mismo, que en el trabajo tienes el modo honesto de ganarte la vida. ¡La frente del trabajador jamás ante otra frente se sonroja! En cambio la frente del haragán lleva el estigma de «zángano», que debe ser arrojado de la colmena; va marcada con el sello de «parásito social», que vive de chupar el sudor ajeno, y está estampada con la ignominiosa inscripción «mónstruo de la Naturaleza, y carga pesada para la sociedad.»

¡Trabaja!, finalmente, porque el trabajo impedirá en gran parte que tu alma baje al lodazal del vicio, al pa-

so que la ociosidad te arrastrará a los más vergonzosos crímenes.

¡Si! por esto, entre otras razones, «es el dinero, para los cristianos un grave peligro de condenación eterna; y para los que no lo son, el medio más rápido y eficaz de embrutecimiento y degeneración» (P. Gerard. Semana social de Pamplona, pág 390.)

El caballo no domado o que lleva mucho tiempo de descanso, fácilmente echa por tierra al jinete; la carne no domada por el trabajo, con suma facilidad se rebela contra el espíritu y rechaza el freno de la ley. La vasija llena de un líquido cualquiera, no admite más: el hombre ocupado apenas siente la tentación. Hombres que dieron muestras de grande talento, brillaron un instante nada más, y luego se perdieron en la obscuridad, semejantes al relámpago que rasga el tenebroso velo de la noche; la ociosidad los empujó al abismo de la más completa inacción. Quien sabe someter su voluntad a la ley del trabajo, es dueño de sí mismo, dueño de sus actos. Mas el que se deja dominar de la pereza, no tiene energía ninguna, es inquieta mariposa, veleta tornadiza, esclavo vil de suscaprichos.

¿Que importa que este tal se llame Rey o Emperador? «Si del ocio rueda al abismo, todo podrá ser menos él mismo.

XXIII

La propiedad privada

El grano de arena que apenas tiene cohesión con otros, al más ligero soplo del viento se revuelve y es lanzado de una a otra parte. La palmera, por el con-

trario, que está adherida a la tierra por medio de sus raíces, permanece inmóvil en medio de los huracanes...

No de otra suerte, quien nada posee como propio, fácilmente se suma a cualquier movimiento revolucionario, y grita contra la propiedad, y sueña con un reparto equitativo y universal. ¡Es que no tiene nada que perder, y algo puede sacar de ese reparto!... Mas el que posee algo como propio, por poco que sea—algún campo, alguna casita, algún rebaño, algún capitulito...—es por naturaleza conservador y huye instintivamente de la revolución, aunque tal vez anhela cierta evolución que traiga mayor bienestar social...

Medio, por lo tanto, connatural y eficaz para contener los movimientos revolucionarios, será siempre hacer que todos, o la mayor parte de los hombres, tengan alguna propiedad, a la cual se aficionen moderadamente, y con la cual vivan pacíficamente. Entonces se verificará lo que dice un poeta contemporáneo:

Es la propiedad privada
el dote de nuestros padres,
al unirse a nuestras madres
con santa y dulce lazada;

Es el campo que heredaron
nuestros queridos abuelos,
quienes, volando a los cielos,
a nosotros lo dejaron;

Es el huerto que regamos
con el sudor de la frente,
a la vez que de la fuente
frescas aguas derivamos;

Es tal vez bello jardín
donde entre auras vaporosas,

cual estrellas olorosas
son las flores del jazmín;

Es una linda casita
que, del regato en la orilla,
es el emporio y la silla
de la dicha más bendita.

Es un rebaño de ovejas
que vagan por el otero,
entre tomillo y romero,
balando con dulces quejas;

Es un trozo de marfil,
o de mármol duro bloque,
que con un sabio retoque
adquiere forma gentil...

.
¡Impío! detén el grito
de ¡muera la propiedad!
que tiene la autoridad
y sanción del Infinito.

¡No sabes que el Comunismo
destruye todo aliciente
y hace que la honrada gente
se entregue al más vil quietismo?...

Pues que al pálido fulgor
de una estrella amortecida,
vas recorriendo la vida
por la senda del dolor,

Dejando sangrientas huellas
en tus ásperos caminos,
llenos de zarzas y espinas
y desgranando querellas.
Y en tu pobre corazón

con lucha terrible y muda
combaten la fe y la duda;
no olvides esta lección:

Ese soñado reparto
de todos los capitales
no destruirá tus males:
¡jamás te quedarás harto!

¡Camina hacia lo inmortal
cual errante peregrino!
¡No abandones el camino
de tu Patria celestial!

(*Verax*).

* * *

¡Sindicalista católico! condena con todas tus fuerzas el *abuso* que muchos hacen de la propiedad, pues como dice León XIII, «una cosa es la justa *posesión* de la riqueza, y otra el *uso* justo de la misma». (*Rerum Novarum*). La propiedad privada tiene sus límites impuestos por el mismo Dios, en los medios de adquirirla, en el fin a que se ordena, en el derecho que todos tenemos a la vida...

«¿Quién puede negar a Dios el derecho de poner límites a la propiedad? Dios, que entregó la tierra a los hombres, para que todos vivieran de sus productos... ¿ha de permitir que esa tierra y esos frutos estén *monopolizados por unos pocos*, que puedan hacer de ellos lo que les plazca, incluso *destruirlos*, mientras tantos pobres *perecen de hambre?*» (Sr. Arboleya, *Liberales, Socialistas y Católicos*, pág. 101).

Procura así mismo, aunando tus esfuerzos con los de tus compañeros, recabar un salario que te permita el ahorro, siquiera en la más mínima expresión; reali-

zando en tí este vivo deseo del inmortal Papa de los obreros: «Si el obrero recibe un jornal suficiente para sustentarse a sí mismo, a su mujer y a sus hijos, será fácil, si es prudente, que *procure ahorrar*, y hacer, como la misma naturaleza parece que lo aconseja, que, después de gastar lo necesario, sobre algo con que poco a poco pueda ir *formando un pequeño capital.*» (*Rerum Novarum.*)

Pero nunca sueñes con destruir por completo la propiedad individual; que además de tener su fundamento en la ley natural, y estar sancionada por las leyes humanas de todos los siglos y edades, es el único aliciente connatural que a la mayor parte de los hombres puede impulsar al trabajo. «La finca que el obrero compró (con su salario) debe ser tan suya propia, como lo era el salario que con su trabajo ganó... ¿Permitirá la justicia que venga alguien a' apoderarse y disfrutar del pedazo de tierra en que otro depositó su propio sudor?... Quitado al ingenio y diligencia de cada uno (por el comunismo) todo estímulo, secaríanse necesariamente las fuentes mismas de la riqueza». (*Rerum Novarum.*)

«El Sindicalismo Católico—lo dijo ya nuestro inolvidable P. Gerard—tiene que ser un instrumento poderoso de mejora social, y de rechazo, arma formidable contra el Socialismo. Por eso contra la trilogía socialista—«sin Dios, sin hogar, y sin propiedad»—el obrero, al solicitar su admisión en (nuestros) Sindicatos, se compromete formalmente por el mismo hecho... a respetar la *Religión católica*, la *familia* y la *propiedad privada*?» (Semana social de Pamplona, página 369).

XXIV

La agricultura

No sin razón se ha dicho que «es la tierra nuestra común madre». Porque ella con la frescura de sus aguas apaga nuestra sed, y con la variedad de sus frutos repara nuestras fuerzas perdidas.

De aquí que siempre se haya considerado la agricultura, como la base de la prosperidad económica de una nación; ya que ella por un cultivo racional, centuplica la producción nativa de la tierra, y ahuyenta, por lo mismo, de innumerables hogares el terrible fantasma del hambre.

Muy bien, pues, ha podido entonar un inspirado vate la siguiente «canción del arado» que mereció la flor en las Juegos florales de Buenos Aires (1917):

Vierte el sol en Oriente sus raudales de oro y grana;
Tras la yunta que jadea laborando la besana,
empuñando la mancera, marcha alegre el labrador.
El arado, en los momentos de su dicha más suprema
con la reja va escribiendo el magnífico poema
del trabajo, mientras canta su canción de paz y amor:

«Soy el rey del universo; he sembrado mis hazañas
en la tierra que me ofrece sus ubérrimas entrañas,
donde pongo mis caricias, que son ósculos de luz.

Sé clavar yo mis cuchillas en la gleba, de tal suerte
que la herida que ellas abren sangra vida en vez de
[muerte

y se cubren de laureles las estelas de mi cruz.

Son mis luchas más gloriosas que la lucha de la es-
[pala;

ella lleva en sus victorias una luz ensangrentada,
luz que oprime, luz que aplasta. luz que quema el co-
[razón,

luz que llena de tinieblas el edén de los hogares,
luz que cubre con sus rosas el puñal de mil pesares,
luz que oculta en sus sonrisas un abismo de aflicción.

Yo no engaño con mis triunfos; mi misión jamás se
[muda.

El labriego que me siga, tras la brega larga y ruda
en el lecho de mis glorias hallará dulce solaz.

Yo no anuncio mis conquistas con acentos de clarines;
soy humilde como el astro que ilumina estos confines,
y cual astro doy al mundo los raudales de mi paz.

Yo preparo con mis dedos la sencilla y blanda cama
donde el rústico labriego la semilla desparrama,
la semilla donde duerme de la patria el porvenir:
que los trigos cuando agitan sus racimos de cabezas
son las hondas del progreso, son venero de riquezas
que derraman a cascadas la alegría del vivir.

Todo es paz en torno mío; todo luz; todo colores:
soy el fuego que alimenta el calor de los amores;
soy el paño de las lágrimas y el cimiento del hogar.
Las comarcas que se amparan bajo el sol de mis domi-
[nios.

no conocen los dogales de sangrientos exterminios,
y jamás se atreve el hambre sus umbrales a pisar.

Las canorasavecillas, jubilosas y parleras,
cuando son mar de esmeraldas mis nacientes semente-
[ras.

cantan himnos a mis triunfos y me dan el parabién;
y al triscar por mis cercados los blanquísimos corde-

van diciendo con balidos penetrantes y sinceros
los prodigios de mi mano, que les diera aquel edén.

Vienen sanas a mis campos, como rubias amapolas;
a beber el aire fresco de los pliegues de sus olas,
cual bandada de palomas, las mozuellas del lugar;
y repican a lo lejos con más gozo las campanas,
y hay más luz en los cendales de las plácidas mañanas,
y el amor doquier se siente revivir y palpitar.

El sudor que como lluvia de fecundo manso riego
va cayendo gota a gota de la frente del labriego,
yo lo amaso con la tierra y una mezcla hago con él:
y la tierra que antes era yerma, dura y hasta ingrata,
se transforma alborozada, se estremece, se dilata,
y en la tumba de sus cardos brotan ramos de laurel.

Cada surco que dibujo al hundirme en la raigambre,
de la gleba endurecida es un féretro del hambre,
el sepulcro de una pena y el dogal de una aflicción.
¡Cuántas lágrimas y hieles, que la angustia siempre
[deja,

se quedaron sepultados a los golpes de mi reja
en las simas que yo abriera, tras la fosa de un terrón!

¡Ah! Que vierta yo mis dichas por el orbe de la tie-
[rra;
que no vuelquen sus horrores los aceros de la guerra
sobre el manto de esmeraldas de mi reino tan feráz!...
Labrador que a mí te abrazas: mientras aras, canta y
[ríe

al compás de los jadeos de la yunta que se engríe,
escribiendo en los barbechos el poema de la paz».

Nada más dijo el arado. Una banda de zorzales,
columpiándose en las ramas de Parísimos rosales,
como rosas, sus gorjeos por los aires derramó.

Humeaban a lo lejos los fogones de la aldea,
y entonando alegremente su argentina melopea
un arroyo cristalino por el valle se perdió.

(P. Teodoro Palacios.)

* * *

¡Sindicalista católico! si eres labrador y vas «tras la yunta que jadea laborando la besana», derramando «la semilla donde duerme de la patria el porvenir» económico, ama hasta con delirio tu profesión. Que tus luchas por abrir la corteza de la tierra son «más gloriosas que las luchas de la espada». Entra en cuerpo y alma en tu Sindicato agrícola, y por medio de la cooperación multiplica el crédito, levanta bodegas o lecherías, etc., cooperativas, formula contratos colectivos o corporativos de arriendos, y contribuye poderosamente a la gran transformación que en breve ha de sufrir la propiedad rústica especialmente en cuanto a los grandes latifundios, terrenos incultos, cotos de caza y dehesas para la cría de reses de lidia.

Por lo menos que de tí pueda decirse, lo que de los sindicalistas católicos de Jerez contaba en la Semana social de Pamplona su ilustre fundador y Consiliario P. Gerard: «Salieron nuestros hombres al campo perfectamente instruídos y aleccionados de que de ellos dependía el porvenir del Sindicato; de que éste respondía de la *calidad de su trabajo* y que se confiaba en su *honoradez y buenos sentimientos*; pues que iban ganando, justo era que trabajaran mejor... A los dos días me vino a felicitar el patrón y me dijo: ¿qué me importa pagar dos reales más, si los hombres de su Sindicato trabajan mucho más que los otros en menos

tiempo y *me dejan la viña como una alfombra?*» (Memoria, pág. 366).

Y si no eres obrero del campo, sino industrial, mira siempre con cariño a los que pasan la vida cultivando la tierra, imita la sencillez de sus costumbres, respeta «el sudor que como lluvia de fecundo manso riego, va cayendo gota a gota de su arrugada frente», piensa que «cada surco que dibuja, es un féretro del hambre, el sepulcro de una pena y el dogal de una aflicción», y resuelve colaborar de continuo en la defensa de sus derechos.

XXV

La Patria

Pocos nombres suenan tan gratos a nuestros oídos, pocos despiertan tan sublimes ideas en nuestra inteligencia, pocos inflaman tan ardientemente nuestro corazón, como el nombre bendito de Patria. El inspiró en todo tiempo a los vates, delicados poemas; a los soldados, heroísmo de sangre; a los sabios, prolongados estudios; a los sacerdotes, celo de apóstoles: y a a todos los buenos ciudadanos, afectos tiernos y delicados. Con razón, pues, ha podido cantar un poeta chileno:

Dulce nombre que vibra y centellea,
es el nombre de la Patria bendecido:
él mueve el corazón, late en la idea,
y arrulla con su mágico sonido.

La Patria es el hogar donde nacemos,
la Patria es el rincón donde morimos,
la plegaria primera que aprendemos,

la caricia postrer que recibimos.

Patria es el suelo venerable y santo,
que el hombre siempre embellecer procura,
el habla maternal y el primer canto,
el aire bienhechor, la luz más pura.

La Patria es fe, la Patria es heroísmo,
fe del mártir, emblema del soldado,
lazo del porvenir que une al pasado
como puente de luz sobre un abismo.

(Leopoldo Díaz.)

* * *

¡Sindicalista Católico! Si amas, como por instinto, el hogar donde naciste, las caricias que te prodigaron tus padres, la primera luz que vieron tus ojos, y sobre todo, la primera plegaria que aprendiste de labios de tu madre...; ¡ama también a la Patria! porque todo esto abarca en su vasto significado este nombre dulcísimo.

Si te son sumamente gratos ¡el suelo que por vez primera recorrieron tus pies, el río cuyas aguas viste deslizarse en los años de tu infancia, los árboles a cuya sombra te cobijaste después de tus diversiones infantiles, el habla maternal en que escuchaste y expresaste las más sinceras frases de amor..., ¡séate así mismo grata la Patria! porque todo esto entra en su verdadero concepto.

Si te entusiasma grandemente la fe del mártir, que no se doblega ante el tirano y prefiere morir antes que hacer traición a su conciencia; y el heroísmo del soldado, que por no ver profanada por el injusto invasor la tierra que le viera nacer, empuña las armas y

presenta su pecho a las balas enemigas; y el pasado glorioso de nuestra historia con sus santos, con sus héroes, con sus sabios, con sus artistas..., ¡entusiásmete de igual manera la Patria! porque todo esto ondea en los sagrados pliegues de su bandera.

¡Ama mucho a la Patria, Sindicalista Católico! y jamás tomarás parte en esas inicuas huelgas que no buscan el mejoramiento racional de la clase obrera, sino el enriquecimiento de unos pocos vividores, con perjuicio manifiesto de la industria, del comercio y hasta de la paz de casi todos los ciudadanos.

Que si «los hijos del trabajo (los que dan la cara, los que arriesgan la vida en los momentos del peligro...) guiados por una inteligencia sana, justa, honrada, son héroes que constituyen el orgullo de la historia; guiados por una inteligencia pérfida, malvada y egoísta, son... asesinos al servicio de un criminal». (P. Gerard, 6.^a Semana Social, pág. 384).

Y pues el Socialismo dice por boca de Julio Nostag: «La Patria es un sofisma, un error. Inventada por los curas, sólo ha servido para apacentar los *hombres-bestias* en favor de sus patronos. La nacionalidad a que uno pertenece es un mal. Destruyámosla. La Francia ha muerto, ¡viva la humanidad!»—y los socialistas con frase que equivale a estas: ¡Muera España! ¡viva la humanidad! ¡Muera Alemania! ¡Muera Italia! etc. ¡viva la humanidad! vociferan, sin saber lo que se dicen: ¡viva la Internacional!—justo es que tú, a fuer de verdadero Sindicalista católico, grites de continuo, de palabra y por obra: ¡VIVA LA PATRIA!

Y como «hace siete siglos la flor de los caballeros y soldados navarros - dice nuestro llorado P. Gerard—

con su gran rey a la cabeza, Sancho el Fuerte, atravesó la península, y allá, en otras montañas muy distintas de las suyas, y en otras llanuras, abrasadas, muy diferentes de sus frescos y hermosos valles, realizaron con los castellanos y aragoneses la epopeya de las Navas de Tolosa; y Sancho el Fuerte con su maza rompió la cadena que sujetaba a los defensores del déspota mahometano, símbolo de otra más pesada y funesta con que amenazó a la Cristiandad; y su Patria agradecida cogió aquellos pedazos de hierro, y para que los vieran todos los pueblos de la tierra que aman su vida y su libertad, los puso muy altos, más altos que sus elevadas cumbres, las puso en su propio escudo; así es preciso ahora romper, aplastar esas ignominiosas cadenas, las cadenas más monstruosas que han de esclavizar a la humanidad con el triunfo del Socialismo.» (Semana Social de Pamplona, pág. 5.) De esta manera la Patria, la humanidad entera conservará su libertad, y agradecida levantará un monumento de amor al Sindicalismo Católico Libre.

XXVI

Los padres y los hijos

Doloroso en extremo es el contraste que más de una vez se nota en el seno de una familia y que el célebre poeta Campoamor describió en estos dos sonetos:

Un enjambre de pájaros metidos
en jaula de metal guardó un cabrero,
y al cuidarlos voló desde el otero
la pareja de padres afligidos.

Si aquí, dijo el pastor, vienen unidos
sus hijos a cuidar con grande esmero,

ver cómo cuidan a los padres quiero
los hijos por amor agradecidos.

Deja entre redes la pareja envuelta,
la puerta abre el pastor del duro alambre,
cierra a los padres y a los hijos suelta.

Huyó de los hijuelos el enjambre,
y como en vano se esperó su vuelta,
mató a los padres el dolor y el hambre.

—

Ni arrastrada un pastor llevar podía
a una cabra infeliz que oía amante
balar detrás al hijo que, inconstante,
marchar junto a la madre no quería.

¡Necio! al pastor un sabio le decía,
al que llevas detrás, ponle delante;
échate el hijo al hombro, y al instante
la madre verás ir tras de la cría.

Tal consejo el pastor creyó sencillo,
cogió la cría y se marchó corriendo
llevando al animal sobre el hatillo.

La cabra, sin ramal les fué siguiendo,
mas siguiendo tan cerca al cabritillo,
que los pies por detrás le iba lamiendo

* * *

¡Sindicalista católico! No echés, como vulgarmente se dice, en saco roto esta lección moral del famoso autor de las *Doloras*. Si eres padre, deja que prenda en tu corazón la llama del amor a tus hijos. ¿No ves a los pájaros llevar comida al nido de sus hijuelos y a la cabra balar en pos de su cabritillo? Es que ni aun entre los animales se concibe el padre o la madre sin un intenso amor a los hijos... Y si de veras amas a tus

hijos, procura sin desmayos su educación moral, no malgastes en juegos y bebidas lo que ellos han menester, y trabaja por medio del Sindicato para que nunca te falte trabajo y sea tu salario suficiente para levantar las cargas de tu familia.

Y si eres hijo y tienes a quienes alimentar, no imites. ¡oh sindicalista católico!, a ese enjambre de pajarillos que, huyendo de la jaula no volvieron más a ver a sus padres, «y como en vano se esperó su vuelta, mató a los padres el dolor y el hambre». Ten entendido que «paralelamente a nuestro desarrollo natural y fisiológico, se desarrollan progresivamente en nosotros los intintos de la bestia, que ahogan u obscurecen en muchos hombres los detellos de la razón y de la justicia natural» (P. Gerard, Semana Social de Pamplona, pág. 389), por lo cual necesitas siempre los consejos y advertencias de quienes te dieron el ser. Mira que si eres ingrato para con tus padres, es fácil que Dios te castigue el día de mañana con el desvío de tus hijos y graba para siempre esta dolorosa historia:

Vivía un padre de familia con bastante desahogo en compañía de un hijo pequeño y de su propio padre, anciano y achacoso. Cayó éste enfermo cierto día, y en vez de cuidarlo aquél en su propia casa, como podía y debía, lo envió impasiblemente al hospital.

Días después, sabiendo el padre que el anciano por falta de abrigo suficiente padecía muchísimo frío, dijo al niño: toma estas dos mantas y llévaselas para tu abuelito al hospital. El chico tan sólo llevó una, guardándose la otra. Enfadado su padre al saberlo, le dijo: ¿por qué has hecho esto? *Es que la guardo para us-*

ted, para cuando le envíe yo al hospital, contestó el hijo con mucha sencillez.

XXVII

La esposa del obrero

La nave que se vió fuertemente azotada por las olas en alta mar, encuentra paz y sosiego al entrar en el puerto. También el obrero, en medio de las continuas agitaciones de una vida azarosa, hallará tranquilidad y contento en el seno de su familia, si allí se asienta cual reina del hogar, una mujer fuerte, laboriosa y cristiana... He aquí cómo describe esto el cantor de los campos castellanos, Gabriel y Galán, en la sublimación que intituló «El ama»

I

Yo aprendí en el hogar en qué se funda
la dicha más perfecta;
y para hacerla mía,
quise yo ser como mi padre era,
y busqué una mujer como mi madre
entre las hijas de mi hidalga tierra.

Y fuí como mi padre, y fué mi esposa
viviente imagen de la madre muerta.
¡Un milagro de Dios, que ver me hizo
otra mujer como la santa aquella!

Compartían mis únicos amores
la amante compañera,
la patria idolatrada,
la casa solariega,
con la heredada historia,
con la heredada hacienda.

¡Qué buena era la esposa,

y qué feraz mi tierra!
¡qué alegre era mi casa
y qué sana mi hacienda,
y con qué solidez estaba unida
la tradición de la honradez a ella!

Una sencilla labradora humilde,
hija de oscura castellana aldea;
una mujer trabajadora, honrada,
cristiana, amable, cariñosa y seria,
trocó mi casa en adorable idilio
que no pudo soñar ningún poeta

¡Oh, cómo se suaviza
el penoso trajín de las faenas,
cuando hay amor en casa
y con él mucho pan se amasa en ella
para los pobres que a su sombra viven
para los pobres que por ella bregan!
¡Y cuánto lo agradecen, sin decirlo,
y cuánto por la casa se interesan,
y cómo ellos la cuidan,
y cómo Dios la aumenta!

Todo lo pudo la mujer cristiana,
logrólo todo la mujer discreta.
La vida en la alquería,
giraba en torno de ella
pacífica y amable,
monótona y serena...
¡Y cómo la alegría y el trabajo,
donde está la virtud, se compenetran!

Lavando en el regato cristalino
cantaban las mozuelas,
y cantaba en los valles el vaquero,

y cantaban los mozos en las tierras
y el aguador camino de la fuente,
y el cabrerillo en la pelada cuesta...
y ¡yo también cantaba,
que ella y el campo hicieronme poeta!

Cantaba el equilibrio
de aquella alma serena
como los anchos cielos,
como los campos de mi amada tierra;
y cantaba también aquellos campos,
los de las pardas onduladas cuestas,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas serias,
los de las castas soledades hondas,
los de las grises lontananzas muertas...

El alma se empapaba
en la solenne clásica grandeza
que llenaba los ámbitos abiertos
del cielo y de la tierra.
¡Qué plácido el ambiente,
qué tranquilo el paisaje, qué serena
la atmósfera azulada se extendía
por sobre la haz de la llanura inmensa!

La brisa de la tarde
meneaba amorosa la alameda,
los zarzales floridos del cercado,
los guindos de la vega,
las mieses de la hoja,
la copa verde de la encina vieja...
¡Monoritmica música del llano,
qué grato tu sonar, qué dulce era!

La gaita del pastor en la colina

lloraba las tonadas de la tierra;
cargadas de dulzuras,
cargadas de monótonas tristezas,
y dentro del sentido,
caían las cadencias
como doradas gotas,
de dulce miel que del panal fluyeran.

La vida era solemne,
puro y sereno el pensamiento era,
sosegado el sentir, como las brisas,
mudo y fuerte el amor, mansas las penas,
austeros los placeres,
raigadas las creencias,
sabroso el pan, reparador el sueño,
fácil el bien y pura la conciencia.
¡Qué deseos el alma tenía de ser buena,
y cómo se llenaba de ternura.
cuando Dios le decía que lo era!

II

Pero bien se conoce
que ya no vive ella,
el corazón, la vida de la casa,
que alegraba el trajín de las tareas,
la mano bienhechora
que con las sales de enseñanzas buenas
amasó tanto pan para los pobres
que regaban, sudando, nuestra hacienda.

¡La vida en la alquería
se tiñó para siempre de tristeza!
Ya no alegran los mozos la besana
con las dulces tonadas de la tierra,

que al paso perezoso de las yuntas
ajustaban sus lánguidas cadencias.
Mudos de casa salen,
mudos pasan el día en sus faenas,
tristes y mudos vuelven,
y sin decirse una palabra cenan;
que está el aire de casa
cargado de tristeza,
y palabras y ruidos importunan
la rumia sosegada de las penas.

Y rezamos, reunidos, el rosario,
sin decirnos por quién..., pero es por ella,
que aunque ya no su voz a orar nos llama,
su recuerdo querido nos congrega,
y nos pone el rosario entre los dedos,
y las santas plegarias en la lengua.
¡Qué días y qué noches!
¡Con cuánta lentitud las horas ruedan
por encima del alma que está sola
llorando en las tinieblas!

Las sales de mis lágrimas amargan
el pan que me alimenta;
me cansa el movimiento,
me pesan las faenas,
la casa me entristece,
y he perdido el cariño de la hacienda.
¿Qué me importan los bienes,
si he perdido mi dulce compañera?

¡Qué compasión me tienen mis criados,
que ayer me vieron con el alma llena
de alegrías sin fin que rebosaban
y suyas también eran!

Hasta el hosco pastor de mis ganados,
que ha medido la hondura de mi pena,
si llego a su majada,
baja los ojos y ni hablar quisiera;
y dice al despedirme:—¡Animo, amo;
haiga mucho valor y *haiga* pacencia!—
y le tiembla la voz cuando lo dice,
y se enjuga una lágrima sincera,
que en la manga de la áspera zamarra
temblando se le queda!...

¡Me ahogan estas escenas!

Que me anime pretende y él no sabe
que de su choza en la techumbre negra
le he visto yo escondida

la dulce gaita aquella
que cargaba el sentido de dulzuras
y llenaba los aires de cadencias!...

¿Por qué ya no la toca?...

¿Por qué los campos su tañer no alegra?

Y el atrevido baquerillo sano
que amaba a una mozuela
de aquellas que trajinan en la casa,
¿por qué no ha vuelto a verla?
¿por qué no canta en los tranquilos valles?
¿por qué no silba con la misma fuerza?
¿por qué no quiere restallar la honda?
¿por qué está muda la habladora lengua
que al amo le contaba sus sentires,
cuando el amo le daba su licencia?

—¡Ei ama era una santa!...—

Me dicen todos cuando me hablan de ella:

—Santa, santa—me ha dicho

el viejo señor cura de la aldea,
aquel que le pedía
las limosnas secretas
que de tantos hogares ahuyentaban
las hambres y los fríos y las penas.
¡Por eso los mendigos
que llegan a mi puerta,
llorando se descubren
y un Padrenuestro por el *ama* rezan!

El velo del dolor me ha oscurecido
la luz de la belleza.

Ya no saben hundirse mis pupilas
en la visión serena,
de los espacios hondos,
puros y azules, de extensión inmensa.
Ya no sé traducir la poesía
ni del alma en la médula me entra
la intensa melodía del silencio,
que en la llanura quieta
parece que descansa,
parece que se acuesta...

Será puro el ambiente, como antes,
y la atmósfera azul será serena,
y la brisa amorosa
moverá con sus alas la alameda,
los zarzales floridos,
los guindos de la vega,
las mieses de la hoja,
la copa verde de la encina vieja...;
y mugirán los tiernos becerrillos
lamentando el destete en la pradera;
y la de alegres recentales dulces

tropa gentil escalará la cuesta
balando plañideros
al pie de las dulcísimas ovejas;
y cantará en el monte la abubilla,
y en los aires la alondra mañanera
seguirá derritiéndose en gorjeos,
musical filigrana de su lengua...

Y la vida solemne de los mandos
seguirá su carrera,
monótona, inmutable,
magnífica, serena...;
mas ¿qué me importa todo,
si el vivir de los mundos no me alegra,
ni el ambiente me baña en bienestares,
ni las brisas a música me suenan,
ni el cantar de los pájaros del monte
estimula mi lengua,
ni me mueve a ambición la perspectiva
de la abundante próxima cosecha,
ni el vigor de mis bueyes me envanece,
ni el paso del caballo me recrea,
ni me embriaga el olor de las majadas,
ni con vértigos dulces me deleitan
el perfume del heno que madura
y el perfume del trigo que se encera?

Resbala sobre mí sin agitarne
la dulce poesía en que se impregnan
la llanura sin fin, toda quietudes,
y el magnífico cielo, todo estrellas.
Y ya mover no pueden
mi alma de poeta
ni las de Mayo auroras nacarinas

con húmedos vapores en las vegas,
con cánticos de alondra y con efluvios
de rociadas frescas,
ni estos de otoño atardeceres dulces
de manso resbalar, pura tristeza
de la luz que se muere
y el paisaje borroso que se queja...;
ni las noches románticas de Julio,
magníficas, espléndidas,
cargadas de silencios rumorosos,
y de sanos perfumes de las eras,
noches para el amor, para la rumia
de las grandes ideas
que a la cumbre al llegar de las alturas
se hermanan y se besan...

¡Cómo tendré yo el alma,
que resbala sobre ella
la dulce poesía de mis campos
como el agua resbala por la piedra!
Vuestra paz era imagen de mi vida,
¡oh campos de mi tierra!
pero la vida se me puso triste,
y su imagen de ahora ya no es esa:
en mi casa es el frío de mi alcoba,
es el llanto vertido en sus tinieblas;
en el campo es el árido camino
del barbecho sin fin que amarillea...

.....
Pero yo sé hablar como mi madre,
y digo como ella
cuando la vida se le puso triste:
¡Dios lo ha querido así! ¡Bendito sea!

¡Sindicalista católico! Si acaso tratas de formar familia, busca como el poeta «una mujer sencilla, humilde, trabajadora, honrada, amable y cristiana... y verás cómo se suaviza el penoso trajín de las faenas cuando hay amor en casa», y cómo sabe ella multiplicar en sus manos el jornal que tú ganas, por una sabia economía doméstica.

Y si ya, ante los altares, te has unido con santo e indisoluble vínculo a tu esposa, mírala siempre como a compañera y no como a esclava; ámala con puro e intenso amor; y socórrela en sus miserias. Y cuando el cielo te diere hijos, sea ella, como dice un escritor, «envuelta en su regio manto de la maternidad, el sol radiante que brille en el alcázar de tu hogar; la que sin cetro, dicte leyes a tus hijos; y la que sin la aureola del sabio les abra la estela que muestra los derroteros del bienestar y del progreso.»

Sólo así será «solemne la vida en tu casa, puro y sereno el pensamiento, fuerte el amor, austeros los placeres, arraigadas las creencias, sabroso el pan, reparador el sueño, fácil la práctica del bien y pura la conciencia». Sólo así te verás libre ordinariamente de aquellos «disgustos, desesperantes y odiosos por lo nimios y repetidos, que les ocasiona (a ciertos ricos) su cara costilla, educada al parecer con todos los refinamientos histéricos para imposibilitar por completo la paz conyugal». (P. Gerard, 6.^a Semana Social, pág. 387.)

XXVIII

Almas nobles

¡Cuántas y qué importantes lecciones de moral po-

dríamos aprender de continuo en el gran libro de la Naturaleza, siempre abierto a nuestros ojos!

Sin necesidad de frecuentar las escuelas de los filósofos, ni de estudiar las obras de los sociólogos, ni de revolver las páginas que nos dejaron escritas nuestros antepasados: con sólo fijar nuestra mirada en las plantas que crecen en torno nuestro, con sólo observar el instinto admirable de los animales..., veríamos leyes y ejemplos de la más pura moral. Tal es, por ejemplo, la conducta de las almas nobles, que en los tres reinos de la Naturaleza—mineral, vegetal y animal—descubre el ojo avizor del poeta murciano Ricardo Gil. He aquí sus palabras:

No por que arranque mano despiadada
la rosa perfumada
dejará de dar flores el rosal;
no porque robe a laboriosa abeja
su dulce fruto la codicia, deja
de labrar el insecto su panal.

Aunque su linfa enturbien, no reposa
la fuente generosa
dando vida y encantos al vergel;
no niega sus tesoros de armonía
el ruiseñor, al despertar un día
entre los hierros de prisión cruel.

De igual modo los seres superiores,
del dolor vencedores,
realizan en la tierra la virtud,
sin contar las heridas de su seno
ni las amargas gotas del veneno
que en su cáliz vertió la ingratitud.



¡Sindicalista católico! como fuera vergüenza incalificable que te dejaras vencer en laboriosidad por la hormiga, que con grandes afanes hace durante el verano sus provisiones para el resto del año; y en fidelidad por el perro, que jamás se aparta de su amo, antes por el contrario le sigue a donde quiera que él vaya; y en gratitud por el asnillo que reconoce el pesebre de su solícito amo...; así sería no pequeño desdoro de tu dignidad, ceder la palma, en cuanto a nobleza de sentimientos, al parlero ruiseñor, a la abeja laboriosa, a la rosa perfumada, a la fuente generosa...

¡Ah! indudablemente manos despiadadas te arrancarán más de una vez parte de tu trabajo, que es algo tuyo, que es una prolongación de tu propia persona, que es pedazo de tu vida.. ; sentirás por ello dolorosa impresión...; pero ¡no ceses por eso de trabajar en bien de la Humanidad! No olvides que «no porque arranque mano despiadada la rosa perfumada, dejará de dar flores el rosal».

Hombres sin conciencia, atentos tan sólo a su ganancia y arrastrados de su insaciable codicia, te robarán quizás el fruto de tus afanes y sudores—dándote a cambio de tus muchos esfuerzos un salario irrisorio—y observarás que decaen tus fuerzas físicas y apenas tendrás pan para tus hijos y esposa, y el espectro de la muerte se mostrará ante tus ojos con todos sus horrores... ¡Qué amargura! ¡Sigue no obstante tu camino! teniendo presente que «no porque robe a la laboriosa abeja su dulce fruto la codicia, deja de labrar el insecto su panal».

Sucedará también, que los mil y mil cambios que a diario se producen en las industrias, turbarán la paz

de tu alma y la de tu familia...; mas ¡no desmayes
¡Haz como la fuente! «Aunque su linfa enturbien, no
reposa la fuente generosa dando vida y encantos a
vergel».

Y aunque por suma desgracia te veas esclavo de
aquellos que, olvidando que son esencialmente iguales
a tí, y que han sido formados del mismo barro, y que
en el mismo polvo se han de convertir, te tratan sin
respeto a la condición de hombre, y sin miramiento
a la dignidad de cristiano redimido con la sangre de
Dios Hombre...; no te entregues sin embargo a la de-
sesperación, que «no niega sus tesoros de armonía e
ruiseñor, al despertar un día entre los hierros de pri-
sión cruel».

Con la mirada fija en el cielo, donde Dios ha de
premiar abundantísimamente todos tus trabajos, y con
el corazón lleno de amor a todos los hombres, vencer
el dolor, no des oídos a propagandas anárquicas, «
practica en la tierra la virtud, sin contar las heridas
de tu seno, ni las amargas gotas del veneno, que en
tu cáliz vertió la ingratitud».

Porque «los que os impulsan a medidas de violencia
son maquinistas que desprecian por cálculo o ignoran-
cia los aceites, las grasas, los lubricantes de su má-
quina, consiguiendo que estalle ésta en mil pedazos,
sin perjuicio de hacer negocio vendiendo en el mercado
todos los restos de la catástrofe... Pretender mejorar
lo presente sin luchas, sin rozamientos, es preten-
der lo imposible. Por eso son necesarios la abnegación
y el sacrificio». (P. Gerard, Semana Social de Pam-
plona, pág. 383)

XXIX

Sindicalistas católico-libres

Como en el reino vegetal cada planta tiene su nombre que la distingue de las demás, y en la sociedad humana cada individuo lleva el apellido que indica su origen, así en el campo social cada asociación ostenta su título que expresa su naturaleza y modo de ser. Y el título, el nombre y apellido de esa venturosa asociación obrera, de la que tanto bien esperan la Religión y la Patria, es el de Sindicato *católico-libre*. Su profundo significado, las graves obligaciones que entraña para quienes de él se glorían, y los benéficos resultados que para la humanidad ha de producir el llevarlo rectamente a la práctica, se echan de ver en estas briosas palabras del poeta chileno Isaias Gamboa:

¡Noble niñez! La firme confianza
en el propio valer, el triunfo da:
el hombre es el factor de su esperanza,
que trueca la esperanza en realidad.

¡Ayúdate! No entregues tu destino
al arbitrio de ajeno protector:
tu propia voluntad es el camino,
y la fuerza tu propio corazón.

Lo que sublima a quien se encuentra abajo,
la recta escala que conduce al bien,
es la santa virtud, es el trabajo,
es la norma constante del deber.

¡El trabajo es la vida! En lontananza
se ve fulgir un mágico fanal:

y alienta al luchador en la esperanza
una voz que le dice: ¡más allá!

Nunca desmaye tu anhelar profundo,
que el alcanzar el triunfo está en querer.
¡Quedan tantas empresas en el mundo
y tantos lauros para ornar la sien!

¡Arriba, juventud! Innoble idea
no manche el timbre de tu fuerza audaz.
¡Que tu culto la patria siempre sea,
tu más noble pasión la humanidad.

¡Sindicalista católico! justo es que, no sólo como persona privada, sino también como miembro de un Sindicato, te gloríes de ser en todo, ante todo y sobre todo, *católico*. . como lo fueron los esclarecidos ingenios Agustín de Tagaste, Tomás de Aquino y Bossuet: como lo son esa pléyade de sabios al estilo de Copérnico, Sachi y Pasteur; como lo han sido en todas épocas los valerosos mártires y los admirables santos .. Tomando en tu mano la antorcha luminosa de la fe, caminarás sin miedo a tropezar, y haciendo de las doctrinas de la Iglesia la norma de tu conducta, te elevarás y ennoblecerás. Porque «lo que sublima o levanta al que está abajo» no es una vida desordenada; no es la embriaguez ni la impureza; no es una vida haragana; no es la tendencia a perturbar la paz social..., «es—¡no lo olvides jamás!—es la santa virtud, es el trabajo, es la norma constante del deber.»

Así mismo está muy bien que te declares *libre*..., esto es, libre de toda ingerencia extraña, y partidario de administrar por tí mismo tus cosas, sin necesidad de confiar esta administración a personas que pueden tener intereses contrarios a los tuyos. ¿Quién podrá

levantar su voz contra esto? ¿No es verdad que «la firme confianza en el propio valer es la que da el triunfo, y que cada hombre es el factor de su esperanza, que ayudado—pero no baja ignominiosa tutela—de los demás, convierte la esperanza en realidad?»

«¡Ayúdate!», pues. Busca el concurso de tus iguales, no deseches la protección que te presten personas de buena voluntad, pero «no entregues tu destino al arbitrio de ajeno protector; que al fin y al cabo tu propia voluntad es el camino para tu engrandecimiento, y la fuerza para alcanzarlo, de tu propio corazón ha de salir». ¿Quién hará por tí lo que tú no hagas por tí mismo?... «Estrecháos unos con otros—decía el P. Gerard a los obreros de Pamplona—formad sociedades afines según vuestros oficios e intereses, acogeos al amparo y dirección de vuestro legítimo pastor, para no errar en lo que más os interesa, y esos ricos egoístas que os aplastan como a viles insectos cuando os cogen aislados, nada pueden a despecho de sus ambiciones y soberbias, cuando os ven perfectamente organizados y unidos. Procurad siempre que un sacerdote virtuoso y prudente vele vuestros pasos y os aconseje en vuestras empresas.» (6.^a Semana Social, pág. 191),

Y con ese glorioso título de sindicalista *católico-libre* ¡marcha adelante! ¡no te detengas! «¡El trabajo es la vida; ¡la ociosidad es la muerte! En lontananza se ve fulgir un mágico fanal —el fanal de la victoria—y alienta al luchador en la esperanza de obtener el triunfo de sus derechos, una voz que le dice: ¡más allá! ¡marcha adelante! ¡no te detengas!... Por más derrotas aparentes que sufras en tu gigantesca lucha por reconquistar el honor que se te debe, ¡nunca desmaye

tu anhelar profundo! que el alcanzar el triunfo está en querer, y quedan muchos laureles para ceñir tus sienes... ¡Arriba, pues, juventud esforzada! Nunca innoble y rastrera idea manche el timbre de tu fuerza audaz. Antes bien—conforme a tu ilustre nombre—tu culto, después de la Religión, la Patria siempre sea, y tu más noble pasión hacer bien en todo tiempo a la humanidad».

XXX

Mecánica social

Como el caballo tasca el freno que lo rige, y el león muerde los barrotes de la jaula que lo aprisiona, y el perro se esfuerza por romper la cadena que lo tiene amarrado, y el ave picotea el lazo en que ha quedado enredada; así no pocos se resuelven airados contra la Ley y quisieran hacer pedazos su yugo, creyendo que ella es un obstáculo para la libertad—ambiente necesario para la vida verdaderamente humana—y persuadidos de que, no reconociendo en la práctica ley alguna, es como únicamente podrán avanzar a pasos de gigante en el risueño y brillante camino del progreso. Cuán equivocados anden estos tales, nos lo demuestra la siguiente fábula intitulada *El vapor*;

Entre alaridos rugía,
jadeante y silbador,
el refrenado vapor:
—¡Paso, que soy la energía!
¿Por qué en lucha traicionera
me guarda, reo sin crimen,
férrea cárcel, y me oprimen

como a esclavo en la caldera?

Si aun aherrojado soy tal,
y es tan grande mi poder,
que se estremece el taller
a mi empuje colosal;

Si en esta vida de perros
en que mis fuerzas decrecen,
cien máquinas me obedecen,
¿qué haré libre de hierros? —

Al fin, doblando su brío
¡reventó! ¡sembró el estrago!
y en breve, en el aire vago
¡lloró su culpa en en rocío!

.

Pueblo que crees sinrazón
ley que tu antojo refrene,
¡fuerza es la Ley, que mantiene
tu potente cohesión!

¿No semeja tu alma ardiente
cálido vapor, que fuera,
si energía en la caldera,
humo vano en el ambiente?

(Juan Arzadun)

* * *

¡Sindicalista católico! no hay libertad más grande que la de aquél que sabe someterse de buen grado a la ley, cuando es justa. Porque no es otra cosa la ley, al decir del Angélico Doctor, que «el dictamen de la razón promulgado en bien de toda una comunidad o sociedad por el que está al frente de ella»; hasta el punto de que, si las leyes no tienden al bien común,

más que leyes deben llamarse *tiranías*, como el mismo Santo dice: *magis sunt violentiae quam leges*. (1.^a 2.^{ae} q. 96 a. 4). La ley, pues, nos marca el camino que hemos de recorrer para contribuir al bien común, es como la batuta del director de orquesta que unifica en admirable concierto las distintas voces y los diferentes sonidos, es como la orden del Estado mayor de guerra que asigna su puesto a cada ejército para mejor obtener la victoria, es la fuerza que mantiene en perfecta cohesión las múltiples partes componentes de la sociedad... Obedeciendo todos a la ley, vamos por distintos caminos a un mismo punto: «el bien común», armonizamos nuestras voces en la acompasada música de «el orden social», defendemos nuestro puesto en «la lucha de la vida» y somos, como debemos, «partes de un todo moral». De aquí que dijera Ciceron: «*para ésto precisamente somos esclavos de la ley, para ser libres.*»

Mas si quebrantases la ley ¡Sindicalista católico! no porque ella es injusta —pues en este caso no sería ley —sino porque refrena tu voluntad, mejor dicho, tu capricho y antojo...; si tu dijeses: ¡«abajo toda ley»! ¡paso que soy la Energía! ¿por qué, reo sin crimen, me tiene cautivo férrea cárcel? si aun aherrojado soy taj y es tan grande mi poder, ¿qué haría libre de trabas...; si instigado del espíritu de rebelión, arrojases de tus hombros el suave yugo de la ley, para vivir «a tus anchas»; entonces toda tu energía se disiparía como el vapor, al romper la caldera que lo contenía, o semejaría al torrente devastador que en vez de fertilizar los campos, los deja convertidos en tristes páramos.

Y lo que de la ley se dice, debe también afirmarse

proporcionalmente del Reglamento de un Sindicato. ¿Se cumple bien por todos? Ese Sindicato semeja «cálido vapor que fuera —energía en la caldera», y avanza majestuosamente por su camino de justas reivindicaciones: ¡la unión de los que observan el mismo reglamento, es su fuerza irresistible! ¿No se cumple el Reglamento? Pues entonces ese Sindicato, con todo su aparato exterior, no será más que «humo vano en el ambiente.»

«Observa, te diré copiando dos bellísimos párrafos de nuestro inolvidable maestro P. Gerard, el mundo material; la armonía delicada y vigorosa que guardan todas sus partes; la unidad e inflexibilidad de sus leyes; y con la variedad inconmensurable de sus fenómenos, la espléndida belleza natural que de ellos resulta... La hermosura de las campiñas, con la variedad inmensa de su vegetación y el dibujo y colorido delicado de sus flores en diversidad infinita, los picachos de elevadas montañas cortando el azul del cielo con sus turbantes de nieve, de donde nacen los arroyuelos, que buscándose para formar los ríos, descienden a los valles para fecundarlos y embellecerlos; las blandas auras que se deslizan susurrando por los bosques, y el formidable huracán que, agitando el océano, levanta sus olas enfurecidas contra las rocas de la playa; las formas inagotables de la vida, desde el monstro nacido en los abismos eternamente oscuros del mar, hasta el águila que se mece en las alturas; desde el molusco incrustado en el agujero de una peña, hasta el hombre síntesis de todas las maravillas naturales; en una palabra, el átomo que se lleva el viento, y los mundos gigantes que ruedan por el espacio, ¿qué son sino re-

veladores de una ley grande, poderosa, inexorable, sobre la cual descansa el universo con sus prodigios? En efecto, el universo debe su actual conservación a la ley de *la gravitación universal*.

Suprime por un momento esa fuerza misteriosa, que atrae los cuerpos en proporción de las masas, y en razón inversa del cuadrado de las distancias, y habrás aniquilado el universo. Porque sin gravitación no descenderían los copos de nieve; no se formarían los arroyuelos, ni correrían hacia los valles; no habría blandas auras, ni terribles huracanes; sin gravitación sería imposible la vida, y más imposible aún la hermosura del mundo. Sin gravitación se rompería el equilibrio fundamental de la naturaleza, la cual hace de lo más denso el sostén de lo más ligero; los océanos saldrían de sus lechos, la atmósfera se perdería en el espacio y la misma tierra, y los planetas, y los soles del firmamento, saldrían disparados por direcciones tangenciales para *destrozarse mutuamente en choques formidables* que sumirían al universo en el caos primitivo.» (Semana Social de Pamplona, pág. 12)

La mecánica celeste te enseñe a estimar la mecánica social.

XXXI

Servidumbre con visos de libertad

Vivimos en un mundo donde la ficción y el engaño forman, por decirlo así, el ambiente que respiramos. Por eso, mientras el mundo sea mundo, circularán en él monedas falsas con todas las apariencias de verdaderas, resonarán en él frases de cariño totalmente falaces, por más que parezcan sinceras, y no faltarán

nunca quienes, creyendo gozar de plena libertad, gemirán en la más espantosa esclavitud. Para estos infelices—tanto más dignos de compasión, cuanto menos conocen su triste estado—escribió el festivo Hartzembusch la siguiente fabulita:

Un pajarillo
dieron a Blas,
niño que tiene
buen natural.

Atale un hilo
le echa a volar,
y el prisionero
quieto se está.

Blas le decía:
—«¡Pobre animal!
goza el permiso
que hoy se te da.

Largo de sobra
es el torzal:
vuelos muy altos
puedes echar.»
—«No, dice el ave,
que, en realidad,
ese bien, luego
tórñase mal.

Tú de la pata
me tirarás,
siempre que el vuelo
quiera yo alzar.»

*No hay servidumbre
que aflija más,*

*que una con visos
de libertad.*

¡Sindicalista Católico! cuando oigas a un obrero socialista alardear de libertad acuérdate de esta fabulita, y no le creas. Ese tal es un pajarillo que quisiera volar, pero está atado, y lo peor es, que no ve las ligaduras que por todas partes le aprisionan. Esa libertad de que se envanece, no es verdadera libertad. ¿cómo puede haber verdadera libertad donde falta la libertad de la conciencia, base de todas las demás libertades? ¿cómo puede ser libre de verdad, quien no lo es para cumplir, pese a quien pese, los dictados de su conciencia? ¿qué libertad tiene el que no tiene libertad para poner en práctica sus deberes religiosos, los primeros y los más sagrados de cuantos deberes reconoce el hombre?... Y ese desgraciado socialista no tiene valor para profesar la Religión que a gritos está reclamando su alma naturalmente cristiana, por no desagradar a sus corifeos, por no escuchar la rechifla de sus compañeros, por no vencer sus degradantes pasiones... Y no obstante se cree libre. ¡Ah! su libertad no es más que aparente, mejor dicho, no es más que una *servidumbre con visos de libertad*,

Si no en el mismo grado, y aunque en diverso orden de cosas, carece también de plena libertad, no pocas veces, el obrero que ha dado su nombre a un Sindicato mixto. Siendo éste, como suponemos, enteramente católico, no hallará en él dicho obrero las trabas para la Religión y la *opresión de la conciencia* que encuentra el socialista, pero en el orden profesional, en la justa defensa de sus derechos de clase, en las lici-

tas y moderadas aspiraciones a mejorar económicamente...; más de una vez oirá de labios de sus socios, los patronos: «no nos parece del todo mal eso que pretendes; goza el permiso que hoy se te da generosamente; largo de sobra es el tarzai; bien puedes moverte a tus anchas, vuelos muy altos puedes libremente dar: pide cuanto quieras...; con tal que eso que pidas no dañes lo más mínimo nuestros intereses económicos, ni disminuya en un punto esa como veneración que hasta el presente nos ha profesado; ¡eres libre, como nosotros! ¡no queremos impedirte de manera alguna ese vivo anhelo que sientes de ser útil a la gran familia del proletariado!»... Mas, si creyéndose libre, comienza a desplegar sus alas para volar, pronto nota que le tiran de la cuerda; si pide aumento de salario, por ser insuficiente el que le dan, luego le dicen que ese aumento perjudicará mucho a sus intereses; si reclama un trato más humano y menos despótico, le advierten al punto que ellos son los amos, y a él tan sólo le toca callar y obedecer...; en una palabra, si ese desgraciado se consideraba completamente libre en el orden profesional, por haberse acogido a un Sindicato mixto, y no pocas veces su libertad no es más que una *servitudo bre con visos de libertad*.

Y ¿qué diremos del obrero que todavía no se ha asociado con otros?

Quizás él recuerde aquel refrán que dice: «el buey suelto bien se lame», y crea que, pues no tiene las trabas ni del socialismo ni del Sindicato mixto, es el obrero más libre que hay en todo el mundo. Pero prescindiendo de que un obrero no asociado en nuestros días es un verdadero anacronismo, como lo sería un

ejército armado en pleno siglo veinte con las flechas y lanzas de otras edades. ¿dónde está la libertad de un obrero no asociado ante las injusticias reales o posibles de las grandes sociedades industriales o comerciales? ¿cómo podrá defenderse de los abusos que fácilmente trae consigo la competencia ilimitada? ¿quien escuchará su voz de protesta en medio del ensordecedor estruendo de las fábricas y talleres?... Su decantada libertad bien puede compararse a la de una paloma tímida en presencia del ave de rapiña, a la de un pecillo perseguido por un tiburón, a la de un granito de arena arrastrado por el furioso vendaval. . . Y ¡gracias a que hay otros obreros que, asociándose, defienden tenazmente los derechos de la clase y hacen más difíciles los abusos de los grandes capitalistas! Únicamente así goza de alguna libertad, pero aun ésta es tan poco firme, que más bien puede llamarse *servidumbre con visos de libertad*.

Solo tú ¡Sindicalista Católico! persuadido por una parte de la necesidad de asociarte, y convencido, por otra, de que «no hay servidumbre que aflija más, que una con visos de libertad», has sabido formar un Sindicato que hasta en el nombre indica ya claramente la libertad de que gozas o al menos quieres gozar. Porque en el Sindicato Católico Libre, como *católico* tienes la verdadera libertad de la conciencia para cumplir con toda exactitud todos tus deberes sin temor a nadie ni a nada—quien a Dios teme, no abandona sus deberes por amenazas ni tormentos —y como *sindicalista libre*, no admites extrañas ingerencias en la defensa de tus derechos profesionales, atento a aquello que dijo solemnemente el P. Gerard en la Semana Social de Pam-

plona: «Debemos formar sociedades de resistencia, para la defensa colectiva del obrero; sociedades de resistencia contra las posibles injusticias del capital». (Crónica, pág. 360). Por eso tu plena libertad ha sido bendecida con estas augustas palabras del eminentísimo Cardenal Primado de España:

«El obrero no quiere una protección que le oprima... Si el obrero quisiera renunciar a esta autonomía, no deberíamos consentirlo los demás... Cuanto a Nos, atentos a nuestra elevada misión de aconsejar y dirigir la acción social de los católicos españoles, deseamos que los obreros conscientes de su gran responsabilidad, procedan con santa libertad en la organización y defensa de sus intereses materiales... Esta libertad Nos es tan grata y la reputamos tan propia de los hijos de Dios, que aun previendo posibles rebeldías, no pretenderemos ahogarla en su cuna.»

XXXII

Con pié seguro

No siempre el éxito de una causa está en razón directa de la rapidez con que se abrió paso. El que viaja en automovil, corre, es verdad, más que el que va a pié; pero no siempre llega antes al término del viaje, pues muchas veces se estrella contra un árbol o se derrumba por un despeñadero, mientras que el otro camina con pié seguro. Esto mismo acontece de ordinario en todas las demás cosas.

Dicen, que apostó una bala
con un águila a volar,

y ésta dijo sin tardar:

— ¡Vete, plomo, noramala!
¿quién a estas plumas iguala,
con que hasta los vientos domo?
Mi cuerpo, de tomo y lomo,
verás donde tú no subes;
que esto de andar por las nubes,
no es para un ave de plomo.

Despreció la bobería,
siempre la bala en sus trece,
diciendo:— ¿A quién se le ofrece
negarme la primacía?
pues ¿no es más claro que el día
que nunca mi vuelo igualas?

En mal camino resbalas,
¡ave infeliz!, porque, en suma,
si son tus alas de pluma,
de pólvora son mis alas.

Ni el ave la lucha esquiva,
ni la bala se convence.

— ¿Probamos a ver quién vence?
— ¡Arriba! — ¡Vamos arriba! —

Subió la bala tan viva,
que dió a su rival antojós,
pues fué, para darla enojos
y centuplicar sus quejas,
un estruendo a sus orejas
y un relámpago a sus ojos.

Subió el águila con calma,
cuando la bala caía,

y la dijo: — Amiga mía,
¿quién se llevará la palma?

Si te hundes en cuerpo y alma,
¡paciencia!, yo no desmayo.
Harás de tu capa un sayo,
pero que sepas es bueno
*que el que sube como un trueno
suele bajar como un rayo.*

(Martínez Villergas)

* * *
¡Sindicalista católico! Ante el empuje verdaderamente colosal de tu asociación obrera, que va derribando cuantas barreras le ponen; ante la rapidez vertiginosa con que por todas partes se va extendiendo tu sublime ideal, agrupando en torno de una misma bandera a quienes siempre se mantuvieron dentro del catolicismo y a los que por una aberración lamentable pasaron al campo socialista en busca de una felicidad soñada; ante la marcha solemne y triunfal del Sindicalismo Católico Libre que va recorriendo el mundo del trabajo, despertando a los obreros dormidos en la defensa de sus derechos, rescatándolos de la esclavitud en que los sumiera el capitalismo, y animándolos a ser hombres conscientes de sus deberes, dignos de alternar con las demás clases de la sociedad, y entusiastas de toda noble empresa; ante esta prueba palmaria de la fuerza expansiva que encierra tu programa, no me extraña que te llenes de entusiasmo y que en un arranque de emoción exclames; «¡Arriba! ¡adelante! ¿quién a estas alas iguala con que hasta los vientos domo? Si otras instituciones obreras tienen sus alas de pluma.,., de pólvora son mis alas».

Está bien. Sobrada razón tienes para entusiasmarte. Pero si quieres cantar victoria definitiva, no te dejes

llevar demasiado del primer entusiasmo; no echés en olvido esa sabia lección que te da el águila: «El que sube como un trueno, suele bajar como un rayo». ¿No ves cómo la bala de la fábula, a pesar de que al principio devoraba las distancias, y sobrepujó en velocidad a su contrincante, no alcanzó sin embargo tanta altura como el águila, antes bien pronto comenzó a descender hasta lo profundo con no pequeña mengua de su honor? Tal te sucedería a tí, si embriagado de entusiasmo por tus primeros triunfos, te entregases a una vana alegría, y perdiendo la calma y serenidad, te metieses en atolladeros de donde difícilmente pudieses salir.

Imita por el contrario al águila. Ella, avanzando siempre con vuelo seguro, llegó a donde había llegado la bala, aunque no tenía su rapidez, y pasó de allí y se remontó hasta ocultarse en las nubes, y cantó victoria sobre su émula. No de otra suerte, caminando siempre *con pié seguro*, «subiendo siempre con calma», procediendo en todo con prudencia —al par que con fortaleza, porque «esa santa resistencia contra las posibles injusticias, es la que se necesita llevar a la práctica en todos los órdenes de la vida; esa resistencia *justa e invencible* es el distintivo de la vida sana y robusta, lo mismo en el individuo que en la sociedad» (P. Gerard, 6.^a Semana Social, pág. 353)— jamás desmayarás y algún día, cerniéndote entre las nubes, desgranarás el himno de tu completa victoria.

XXXIII

Menos palabras y más obras

Al modo como en la naturaleza física hay unos ár-

boles que se visten de abundante y verde follaje, pero apenas dan fruto alguno, y otros que sin tanto aparato de hoja producen ópimos frutos; así en el seno de todo Sindicato hay unos socios que hablan mucho y prometen más, pero apenas hacen nada, y otros que sin tantas promesas y palabras, no cesan de trabajar día tras día por la realización de sus nobles ideales. Cuál de estas dos clases de individuos deba preferirse, gráficamente se nos hace ver en esta bellísima poesía debida a la inspirada pluma del Sr. Arzadun y cuyo título es «*Las Máquinas Silenciosas.*»

— ¡Esto es trabajar! ¡qué empuje
de máquina! por quien soy
que cuando dice: «¡Allá voy!»
el taller retiembla y cruje.

Las demás como difuntas
y ella, venga traqueteo,
¡si arma sola más jaleo
que todas las otras juntas!

¿Qué hacen aquellas? ¡Pamplina!
Y esta gruñe y se sofoca,
y jadea, y se desboca,
y se enfurece y rechina.

Debe dar por precisión
ópimo fruto a la empresa:
¡si fueran todas como ésa,
qué gran negocio, patrón!—

Riyéndose:— ¡Qué infeliz!—
dijo el patrón.— ¡Vaya un tonto!
Ya se conoce bien pronto
que eres novicio, aprendiz.

Inconveniente palmario

es el ruido que te encanta:
máquina estruendosa, canta
la ruina del propietario.

Con sus golpes y gruñidos
rechinantes, ya verás,
ni trabaja ni hace más
que atronarnos los oídos;
mientras graves y calmosas,
sin soberbias ni desplantes,
¡rinden labor de gigantes
las máquinas silenciosas!

* * *

¡Sindicalista católico! más de una vez habrás encontrado, en el Sindicato a que perteneces, personas que conciben grandiosos proyectos, los exponen con elocuencia verdaderamente arrebatadora y prometen para no lejano plazo reformas de suma importancia. Al escuchar sus palabras, te habrás dicho quizás para tus adentros: ¡esto sí que es trabajar!...; cada una de estas personas hace más que todas las otras juntas...; si fueran todas como éstas, ¡qué éxito tan brillante tendría el sindicato!...

¡Cuidado con lo que dices! ¿Has observado si las obras corresponden a las palabras en esas personas que a tí tanto te encantan? Esos socios que con tanto entusiasmo hablan de su Sindicato, ¿pagan a su tiempo la cuota semanal? ¿acuden con puntualidad a las juntas generales ordinarias y extraordinarias que se celebran? ¿llevan a la práctica las resoluciones que en ellas se toman? ¿dejan la taberna o el café para asistir a las conferencias destinadas precisamente para su

instrucción?... ¿No? pues entonces, ríete de su vana palabrería; con tanto hablar y prometer, esas personas, como las máquinas ruidosas en cuanto tales, «ni trabajan, ni hacen más —que atronarnos los oídos.» ¡«Inconveniente palmario —es el ruido que te encanta!» ¡Menos palabras y más obras!

Por el contrario esos otros socios que no alardean de hacer ésto o aquello, que no publican a los cuatro vientos su labor social..., pero tienen sumo interés por la buena marcha del Sindicato y miran siempre por su buen nombre y pagan puntualmente su cuota y favorecen con su dinero al periódico de su asociación y se entusiasman con las conferencias que organiza su Junta directiva, o al menos se sacrifican escuchándolas, porque son cosa suya, y por los medios que les sugiere la prudencia, procuran atraer nuevos compañeros a su Sindicato...; esos son como los mansos arroyos, que sin grandes estruendos, fertilizan la campiña; esos son como las máquinas silenciosas que «sin soberbias ni desplantes — ¡rinden labor de gigantes!»

Sea, pues, tu lema, sindicalista católico, si deseas serlo de verdad: «¡Menos palabras y más obras!» Y cuando alguien te aconseje que no trabajes tanto por la prosperidad del Sindicato, respóndele al instante con Mons. de Segur: «Más quiero vivir treinta años trabajando, que cuarenta en la ociosidad. Hay que ser como las lámparas del santuario: es decir, que hemos de arder y arder siempre, mientras conservemos una gota de aceite, y arder con alegría.»

Y con el P. Gerard: «*Luchamos y lucharemos, cuando para obtener justicia sea necesario luchar; nunca por alarde insano y ostentación de fuerzas;*

nunca con manifiesto quebranto de los intereses del obrero; nunca empleando medios ilícitos, que conviertan a los obreros en verdaderos criminales.» (6.^a Semana Social, pág. 371.)

XXXIV

Cultura social

Nada más triste que un campo inculto... En él no se ve otra cosa que hierbas inútiles, espinas y abrojos.... Por el contrario; ¡qué bello y encantador es un campo cultivado por la mano hábil de experto labrador! Allí ondula a los suaves vientos la dorada mies, que ha de proveer de pan la mesa del rico y la del pobre, y ha de suministrar la blanca hostia, que en manos del sacerdote se convertirá en manjar celestial y divino. Allí crece el verde olivo, cuyo fruto convenientemente exprimido dará el aceite que condimentará las viandas y suavizará las máquinas. Allí la cepa produce la uva que compite en color con la púpura regia. Allí en una palabra se ^{hermana} por modo maravilloso «lo útil con lo bello»...

He aquí una imágen de lo que es un Sindicato sin cultura social y otro con cultura social. El primero podrá ser un campo muy dilatado, a causa de los muchos socios, pero al fin un campo inculto...; poco o nada útil, podrá esperarse de él. En cambio el segundo, el Sindicato cuyos miembros tienen instrucción social suficiente, a manera de un campo cultivado dará ópimos frutos a su debido tiempo. Porque dígase lo que se quiera, siempre será una verdad innegable lo que canta un poeta santanderino:

La luz del sol al criminal espanta,
que sombra busca do esconder su afrenta,
y el hombre honrado al recibirla alienta,
y a ella la frente sin rubor levanta.

No oprimiera del pueblo la garganta,
la argolla del esclavo, ayer sangrienta,
si la ignorancia, de valor exenta,
no hubiera sido en el esclavo tanta.

No en la reñida lid devastadora,
que sangre roba a los humanos pechos,
está del porvenir la ansiada aurora.

*¡Aún más que de las guerras los pertrechos,
la instrucción es el arma vencedora,
que conquista del pueblo los derechos!*

(JOSÉ ESTRAÑA)

* * *

¡Sindicalista Católico! ¿quieres ser un miembro útil dentro del Sindicato a que perteneces? Pues, procura alcanzar cultura social, procura instruirte acerca de tus deberes y derechos sociales, para hacer de aquellos la norma de tu conducta y recabar estos por todas las vías legales. No te espante dicha cultura, no temas conocer a fondo tus *deberes*... «La luz del sol al criminal espanta, que sombra busca do esconder su afrenta», mas tú no eres, no quieres ser criminal... ¿por qué, pues, has de temer a quien te indique con toda claridad tus deberes de carácter social...? «El hombre honrado, el que no tiene bajezas que ocultar, al recibir la luz del sol, alienta, y a ella la frente sin rubor levanta.» Haz tu lo mismo con la instrucción social; levanta hacia ella tu frente, para que te ilumine

por completo, y deja que tu corazón se encienda en amor de lo noble, lo recto y lo virtuoso.

¿Necesitas, obrero, católico, fuerza para «romper la argolla de esclavo» que más de una vez oprime tu garganta? Pues ten por cierto, que «la ignorancia está exenta de valor,» y que nada presta más energía a nuestra voluntad, que una firme convicción de que tenemos *derecho* a exigir lo que pedimos. Quien ignora sus derechos, mal puede defenderlos por sí mismo. Y quien confía la defensa de su propia persona al capricho de otro, es como aquel idiota que contempla impávido el incendio de su casa, esperando que otros se encargarán de apagar las llamas, mientras él se calienta en ellas...

¿Buscas, Sindicalista libre, un «arma vencedora» en la lucha titánica por los intereses económicos de la clase? «No en la reñida lid devastadora, que sangre roba a los humanos pechos...; no en los motines y revueltas, que cubren de cadáveres las calles y las plazas...; no en las violentas huelgas que llevan el hambre y la desolación a los humildes hogares...; no, en nada de esto está del porvenir la ansiada aurora»... En la cultura social; ahí es donde encontrarás el arma victoriosa. «Aún más que de las guerras los pertrechos, *la instrucción es el arma vencedora*, que conquista del pueblo los derechos».

¡Cultura social!, pues, ¡mucho cultura social! ¡Aprende tus deberes! ¡Estudia tus derechos! ¡Entérate de los medios legales que el Estado pone en tus manos para tu defensa! ¡Conoce a fondo la legislación obrera española, para denunciar oportunamente toda infracción de la misma! ¡No seas soldado que ignora el

manejo del arma que lleva al hombro! Lo que malgastas en la taberna, ¡inviértelo en comprar libros, revistas o periódicos de carácter social! ¡Menos taberna y más asistencia a conferencias sociales! ¡Menos charla tonta en los cafés o en los paseos y más lectura de cosas útiles!

«Fijáos—decía con tono festivo a los obreros de Pamplona el P. Gerard—fijáos en lo que sucede en nuestras corridas de toros. En cuanto abren la puerta del toril, sale el bruto furioso y valiente levantando nubes de polvo, y echando espuma, por la boca, y fuego por los ojos, como deseando encontrar algún obstáculo que se oponga a su osada carrera; ahí tenéis *la fuerza*. Pero le sale al paso *la inteligencia*, con un pedazo de trapo en una mano y un estoque en la otra, y con media vuelta por la derecha, y otra media por la izquierda, va perdiendo la fuerza poco a poco sus bríos. hasta que atravesada por un frágil y delgado estoque, se rinde, se desploma en el suelo *besando los pies de la inteligencia*.

De igual modo acontece en estas luchas entabladas por la cuestión social; el pueblo se presenta siempre noble, franco, valiente y generoso; pero la inteligencia valiéndose de los infinitos ardides del poder, acaba siempre con los bríos de ese bruto... Tenéis *la fuerza*...; para triunfar en cualquier lucha, más necesaria que la fuerza es *la inteligencia*.» (Sexta Semana Social, pág. 384)

XXXV

La propaganda

A los ardores del mediodía ha sucedido la frescura

de la tarde. El viento norte ha enjugado las sudorosas frentes de los gañanes. Resuenan por los aires alegres cantos. La dorada mies que un momento antes era triturada bajo el pesado trillo, va quedando poco a poco limpia de polvo y paja. A su vista recuerda el labrador los fríos de la sementera, la incertidumbre con que arrojó la semilla en los surcos abiertos de antemano, los afanes con que cultivó día tras día sus campos... y al fin resuelve sembrar también el año próximo,

Una voz misteriosa nos dice también a nosotros—mostrándonos en plazo más o menos largo una cosecha abundandísima—:

¡SEMBRAD!

¡Sembrad! Aunque la escarcha dura y fría
cubrir parece ya la sementera,
tierra hallaréis que guarde todavía
calor de primavera.

Sembrad la ciencia que los ojos abra
del ignorante, y el hogar en templo
transformaréis. Sembrad con la palabra;
Sembrad con el ejemplo.

Hablad de sacrificio al poderoso,
de esperanza a la víctima inocente.
La escarcha deshaced con el copioso
sudor de vuestra frente.

Arrojad en las almas sin recelo
la semilla que encierra su destino...,
mientras sembrando estrellas por el cielo
vemos pasar el sembrador divino.

(R. GIL.)

* * *

¡Sindicalista Católico! siembra constantemente y en todas partes, propaga de continuo entre tus compañeros—siempre dentro de la prudencia—tus sublimes ideales... ¡No pierdas ocasión propicia para ello! No te contentes con ser tú lo que eres! Procura que lo sean igualmente otros muchos, a ser posible todos... ¿Por qué no han de gozar los demás de los inmensos beneficios que a tí te proporciona el Sindicato Católico Libre? ¿Por qué han de permanecer ellos ciegos, si está en tu mano darles vista? ¿Por qué han de arrastrar las ignominiosas cadenas de la esclavitud económica, cuando tú cantas ya el himno de la libertad?...

¡Siembra, pues, en todas partes! y siembra «la ciencia que los ojos abra del ignorante y el hogar en templo transforme»; predica el amor a la Religión, que endulza nuestras penas con la perspectiva de una bienandanza eterna; enseña el respeto a la propiedad, fruto de nuestros sudores, prolongación de nuestra personalidad y aliciente para nuevos esfuerzos; canta el idilio de la familia, nido de castos amores, puerto de seguridad en las tormentas de la vida, y base de toda humana sociedad; «habla de justicia y caridad al poderoso, de esperanza y reivindicación a la víctima inocente», de valor al tímido y de prudencia al temerario; proclama la libertad del trabajo, el derecho a un salario justo, y la dignidad del que gana su sustento con el esfuerzo de sus manos; arroja en una palabra, «arroja en las almas sin recelo la semilla que encierra su destino...» en este y en el otro mundo.

¿Qué importa, Sindicalista Católico, que a veces parezca que no está la tierra bien dispuesta? ¿Qué im-

porta que algunos parezcan refractarios a nuestras ideas y hasta enemigos irreconciliables de nuestro programa? Tú sigue sembrando... «Aunque la escarcha dura y fría, cubrir parece la sementera, tierra hallará que guarde todavía calor de primavera... Des haz la escarcha con el copioso sudor de tu frente...»

Que algunos tal vez se ríen de ti... «No desmayes; —te diré con nuestro ardoroso sembrador social P. Gerard—también se rieron de Noé sus contemporáneos, cuando se dedicó a construir el arca durante tantos años. Pero llegó el diluvio, y los que se habían reído lloraron, y el que trabajó en el arca se salvó. Aporta, pues, con decisión y nobleza tus luces, tus consejos, tus materiales para construir el arca... (salvadora del proletariado) y Dios y la humanidad te bendecirán.» (6.^a Semana Social, pág. 15.)

Pero ¡no desmayes, que todo lo vence la constancia! ¿Quién sabe, si cuando tú caigas vencido por el cansancio, se levantarán lozanas abundantes espigas en el campo social, gracias, precisamente a tus afanes y sudores...? ¿Quién sabe, si tratando de atraer a uno que ofrece tenaz resistencia, tendrás el consuelo de ver que vienen otros muchos admirados de tu labor constante y entusiasta....?

¡Siembra! pues, ¡siembra en todas partes! ¡no te arredre el frío ni la escarcha! ¡mira cómo «sembrando estrellas por el cielo pasa el Sembrador divino!» y siembra por todos los modos que estén en tu mano! «¡Siembra con la palabra...!» hablada en el seno de la familia, en el trato con los amigos, en medio de tus diversiones, en los ratos libres... «¡Siembra con la palabra...!» escrita, escribiendo tú mismo, ora en las

cartas familiares al amigo ausente, ora, si para ello tienes recursos, en la prensa, y difundiendo hojas de propaganda, artículos o conferencias "sindicalistas" escritos por otro... Pero sobre todo «¡siembra con el ejemplo!» No olvides que no hay predicador tan elocuente como «Fray Ejemplo». Que todos te vean, en tu conducta privada y pública, un entusiasta y decidido sindicalista católico libre; anheloso del mayor bienestar económico del proletariado, cumplidor exacto de tus deberes, y defensor enérgico de los sacrosantos derechos de la justicia.

XXXVI

La pluma

Siempre se ha considerado como poderosa arma, defensiva y ofensiva, la pluma. y de ella se sirve, no sin felices resultados, el Sindicalismo Católico Libre. Mas por lo mismo que es tan grande su poder, exige mucha prudencia su manejo. Y así mientras haya quienes escriban, especialmente para el público, jamás deberán perder de vista esto que en delicadas estrofas han cantado dos insignes poetas:

No con espadas, con plumas,
que son más fuertes 'aceros,
se consiguen las victorias
en los combates modernos.

Mas hay plumas aguileñas,
y las hay de vajo vuelo,
que de la abeja o del áspid
toman la miel o el veneno;
arma de ocultos destinos

pronta a defensas o a retos,
la pluma, ogaño, es el arma
de los símbolos diversos.

Cuando el error, cuando el odio,
la empuñan, es un protervo
zapador de ojillos ruines,
larga cola y diente negro,
que de tronos y de altares
muerde los sacros cimientos,
y en cada gota de tinta
pone una lengua de fuego.

Pero en las manos hidalgas
del santo y del caballero,
es una espada de arcángel
forjada en yunques del cielo.

(C. Espina de Serna.)

—
Pluma: cuando considero
los agravios y mercedes,
el bien y el mal que tú puedes
causar en el mundo entero;
que un rasgo tuyo severo
puede matar un tirano,
y que otro torpe y liviano,
manchar puede un alma pura,
me extremezco de papura
al alargarte la mano.

(A. López de Ayala.)

* * *

¡Sindicalista católico! en esta nobilísima lucha, que
en favor de tus derechos brutalmente conculcados por

hombres egoístas y sin conciencia, tienes hace tiempo declarada; una de las armas que más debes esgrimir, es sin duda la pluma. Ella es más cortante que espada de acero; élla, la que defiende de todo ataque nuestros más caros ideales; élla, la que trasmite a las más apartadas regiones, lo que de viva voz en muy reducido espacio se escucharía; élla, la que eterniza en el papel o pergamino, las ideas que de otro modo apenas serían más que flores de un solo día; élla, la que con un rasgo severo puede destronar un tirano; élla, en fin, la que «consigue las victorias en los combates modernos.»

Como un pobre viajero que, caído en una sima, no tiene voz para pedir auxilio a los transeuntes; como un mísero encarcelado, que recluso en su celda, no puede comunicarse con los demás; como un soldado que, en el campo de batalla, se encuentra desprovisto de armas, con que defenderse de los enemigos que por todas partes le rodean...; así es, en gran parte, el sindicalista que, por sí mismo o por otros, no maneja la pluma.

Mas el que toma la pluma, y de cuando en cuando escribe algo en el órgano de su Sindicato, unas veces levanta su potente voz—semejante al rugido del león—contra las injusticias sociales; otras anima a sus compañeros a luchar sin desmayos por el bien de su clase,—como el sonido del clarín apresta a los soldados a la pelea;—ya propone a la consideración de los demás algún proyecto, que bien ejecutado, puede ser altamente provechoso; ya explana alguna idea que puede producir luz de verdad en la inteligencia del lector y calor de nobles sentimientos en su corazón.

¡No! lo escrito no se pierde jamás por completo. Sucede con ello, lo que con las hojas del árbol, que cuando en las tardes de otoño yacen por tierra secas y marchitas, más de una mirada y de una mano las buscan todavía...

Esgrime, pues, ¡Sindicalista católico! esgrime con valor el arma de la pluma; pero antes de tomarla en tu mano, medita sobrecogido de santo temor, «los agravios y mercedes, el bien y el mal que puede, causar en el mundo entero, y cómo si un rasgo suyo severo puede matar a un tirano, otro torpe y liviano, puede manchar un alma pura, y en cada gota de tinta poner una lengua de fuego» impuro o de odio satánico...

Sea, por lo tanto, tu norma al escribir, aquella que recuerda León XIII a los historiadores, tomada de Cicerón: «*ne quid falsi dicere audeat*, jamás digas mentira ni afirmes como cierto lo que no es más que dudoso o a lo sumo probable; *ne quid veri non audeat*, ten siempre valor para decir la verdad, pese a quien pese, a menos que la prudencia te imponga silencio; *ne qua suspicio gratiae sit in scribendo*, nunca se vea parcialidad y favoritismo en tus escritos, menos aún vil adulación; *ne qua simultatis*, tampoco se eche de ver que es el odio quien mueve tu pluma.» (*Saepe numero.*)

Porque si escribes a impulso del odio o para difundir el error, será tu pluma como la piedra que arrojada a un estanque, altera su tranquila superficie, produciendo un pequeño círculo, que a su vez va produciendo nuevos círculos concéntricos cada vez mayores...; será un peligroso roedor «que de tronos y altares muerda los sacros cimientos...»

Pero si es el amor a la verdad y a la justicia, quien guía tu mano sobre el papel, entonces será tu pluma, martillo que rompa las cadenas de la esclavitud y «espada de arcángel forjada en yunques del cielo;» que como nos dice en su Evangelio nuestro Divino Maestro: *La verdad nos hará libres.*

No faltarán, es verdad, «hombres con cierta aparente religiosidad, cubiertos de un exterior pseudo-místico, que llevan continuamente en los labios todas las fórmulas de la piedad; ellos, los intangibles, los immaculados, siempre puros, desinteresados (siempre, por supuesto, que no se toque a sus intereses); hombres que se escandalizan de que otro hombre,... después de tantos años de infamias e injusticias, pida indignado *justicia*... También los había en tiempo de Jesús y cuando le oyeron predicar, rasgaron indignados sus vestiduras; le excluyeron de sus asambleas; imploraron la protección del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; trataron en cónclave de oponerse a las doctrinas y propaganda de aquel innovador del pueblo y de las tradiciones... y votaron la muerte del Justo.» (P. Gerard, 6.^a Semana Social, pág. 379.— Imitando, pues, al Divino Maestro, no hagas caso de las acusaciones de estos modernos fariseos y prosigue animoso tu camino de regeneración social.

XXXVII

La huelga

«Cuando la voz augusta y paternal de León XIII dijo al mundo perturbado que «era preciso dar pronto y urgente remedio a los hombres de la ínfima clase, pues-

to caso que, *sin merecerlo*, se hallaban la mayor parte de ellos en una condición desgraciada y calamitosa», terribles vacilaciones—notaba el sincero Padre Gerard en la Semana Social de Pamplona—asaltaron a muchos hombres apostólicos. Si la justicia se inclinaba del lado de los proletarios, ¿deberíamos nosotros ponernos enfrente de los patronos? ¿nos contentaríamos con prudentes componendas, amonestando suave y respetuosamente a los patronos con generalidades, como su deber de dar limosna, de ser caritativos, compasivos, dadivosos; y a los obreros con frecuentes exhortaciones sobre la resignación, la humildad y la esperanza en la Justicia eterna?

Sin duda era menester adoptar una posición más franca, más resuelta; y así lo ha demostrado la experiencia, con el ruidoso fracaso de aquellos procedimientos; era preciso *ponerse en cada caso concreto de parte del atropellado*, con la suave energía de las obras divinas, y cuando los patronos faltaran, *defender generosamente a los obreros*,» (pág. 347) animándoles, si preciso fuese, a plantear la huelga, y dándoles dinero, como el arzobispo Ketteler y el Cardenal Manning, para sostenerla hasta alcanzar el triunfo de la justicia.

¡La huelga! He aquí el arma, peligrosa cuanto se quiera, pero desgraciadamente más de una vez necesaria para el proletariado. Con razón ha dicho un poeta de nuestros días:

En vano se la acusa de violencia,
llamándola volcán incandescente,
que arroja de su seno lava ardiente,
y pone en conmoción nuestra existencia.

En vano el periodista más fecundo,
transido de pavor, mudo de espanto,
da voces, clama, se deshace en llanto,
augurando catástrofes al mundo.

Si a veces muere la juscicia humana
en las manos de avara burguesia,
porque su capital doblar ansia,
cediendo a su ambición vil y malsana;

Y todo a su capricho se sujeta,
todo a sus duras leyes obedece
y el obrero, por fin, muere y perece,
porque nadie sus lágrimas respeta;

¿Quién osará negar que es de justicia
rehusar de momento su trabajo,
y no querer venderlo por tan bajo
precio, cual impone la codicia?

Si del hambre le cerca la amargura
y el clavo del dolor lo crucifica
y el obrero sus males multiplica
en la mayor miseria y desventura;

Y a suerte tan precaria y miserable
a sus hijos y esposa ve amarrados,
famélicos, llorosos, extenuados,
gimiendo bajo yugo insoportable;

El que no lo soltate y lo rompiere
con un arranque noble y decidido,
«ni el nombre de varón ha merecido»,
ni espere compasión, si es que se muere.

(Verax)

* * *

¡Sindicalista católico! jamás uses por mero capricho

o fútiles motivos el arma temible de la huelga. Ella es arma de dos filos, que si hiere al patrono, no menos puede matar al obrero. Ella es, no pocas veces, triste portadora de hambre y desnudez para la familia de quien vive del trabajo. Ella es, en muchos casos, tomando proporciones alarmantes por su generalidad y carácter revolucionario, «volcán en estado de ignición que arroja lava ardiente, y hace retemblar la tierra y pone en peligro nuestra existencia, y acarrea catástrofes sin cuento.»

Pero cuando la justicia lo reclama, porque de otro modo «muere en manos de avaro patrono o empresario que ansía doblar su capital», y hay una causa justa y proporcionada, y se persigue un fin bueno, y no se violan las cláusulas justas del contrato del trabajo, y no se acude a injustas coacciones, y se han agotado inútilmente todos los medios pacíficos, y se espera algún provecho...., entra animoso y sereno a la huelga, como entra el soldado en la guerra para defender a su patria. Los Moralistas católicos declaran unánimemente lícita la huelga en estas condiciones. Los Sociólogos la consideran como necesaria. Y los Sindicatos Católicos obreros, propiamente tales, no temen servir de la misma, haciendo suyas estas palabras, con que el valiente P. Gerard hacía historia de su Sindicato de Jerez:

«Hemos hecho también una modesta huelga de picapedreros, para *favorecer y dignificar* a esos infelices, que pasan todo el día derritiéndose los sesos a los ardores del sol. Se les mandó recoger las herramientas y venirse para casa. Fueron al trabajo otros *squirols*, más infelices aún que los nuestros; pero ¿qué importa?

Ahora sabe el obrero jerezano que la «Casa del trabajo» no consiente que *se explote* a sus hombres y que está siempre alerta para *pedir justicia para ellos*. (6.^a Semana Social, pág. 368)

Ten, sin embargo, siempre presentes estas luminosas observaciones del Emmo. C. Primado Dr. Guisasa: «Los sindicatos se proponen resistir por todos los medios legales a toda opresión injusta... Cuando ascendiendo la penosa cuesta, tropiecen con barreras levantadas por el egoísmo, si es posible, darán un rodeo, mas en ningún caso retrocederán. Su divisa es: marchar adelante con fe, perseverancia y amor, y únicamente así llegarán. En aquellos momentos críticos en que el conflicto estalla, llenos de incertidumbre, preñados de peligros, *la fortaleza será más fuerte con la prudencia*: una equivocación, un yerro cuesta siempre caro y difícilmente, tarde o mal se repara.... Frecuentemente perjudica más al capital y a la riqueza personal de un patrono una huelga, que la concesión de algunos beneficios que hubieran podido evitarla; y asimismo, *es mayor el daño al bienestar y a la fuerza moral de la clase obrera por una huelga injusta, que las ventajas obtenidas, aun suponiéndola victoriosa*». («Justicia y Caridad»)

XXXVIII

La Internacional Cristiana

Tanto como es grato vivir habitualmente en el suelo patrio y trabajar a la sombra del campanario de su parroquia, tanto es triste emigrar a países extranjeros y tener que ganarse la vida en regiones tal vez inhospitalarias...

¡Feliz el hombre cuya vida pasa
dulce y serena en el solar nativo!:
¡feliz aquel mortal que no traspasa
el límite extranjero siempre esquivo!;
¡feliz aquel que en la paterna casa
al frío invierno y al calor estivo,
respira el aura que meció su cuna,
hasta el fin de su vida y su fortuna!

—
Que no le asustan de contraria suerte
los fieros y rudísimos rigores,
cuando a su embate opone un alma fuerte
que defienden los célicos amores
de patria y de familia; y ni la muerte
con su tren de fatídicos terrores,
el corazón espanta enflaquecido
del que muere feliz donde ha nacido.

—
Si yace en la orfandad, ¡con qué ternura
le socorren sus deudos y allegados!;
si del dolor lo cerca la amargura,
¡cuán tiernos y solícitos cuidados!;
y en la mayor miseria y desventura,
¿qué dolores no fueran consolados
en pecho de hombre o corazón de niño
con el consejo sabio y el cariño?

.

¡Cuán diferente ¡ay Dios! del desterrado
es el duro, tristísimo destino!
De su dolor tan sólo acompañado
por el ingrato y áspero camino,
en el felice tiempo ya pasado

irá pensando el pobre peregrino,
¡sin mirar ni en remota lontananza
el astro animador de la esperanza!

—

¿Qué importa que en el monte y la llanura
brille del padre sol el puro rayo,
ni que del prado ameno la verdura
la gala ostente del florido mayo?
Y el murmurar del agua en la espesura,
y de las aves el concierto gayo,
y el rugir de la mar embravecida,
¿qué son al infeliz que va sin vida?

(García de Quevedo)

* * *

¡Sindicalista Católico! ¿te entristeces más de una vez, al pensar que acaso te veas precisado a emigrar a países extraños, donde hayas de devorar las hieles de la más completa soledad? Pues levanta los ojos a lo alto, y verás brillar, cual iris de bonanza, una institución social que trata de aminorar esa soledad, haciendo que los obreros católicos formen en todas partes una como gran familia, unidos en el amor a Cristo Jesús. Es la *Internacional Cristiana* que la Federación Nacional de nuestros Sindicatos C. Libres ha formado en el mes de Marzo (1919) con los Sindicatos de Bélgica, Francia, Holanda, Italia, Lituania, Polonia y Suiza, y que ha merecido de S. S. el Papa Benedicto XV, no sólo su bendición, sino también frases de aliento.

Esa Internacional ha proclamado, entre otras cosas, «que la colaboración entre el Capital y el Trabajo no

puede ser posible, cordial y fecunda, si no está basada sobre la justicia social y la *libre organización sindical*, tanto de los patronos como de los obreros»; —y «que sólo los principios cristianos pueden inspirar y garantizar la justicia social»...

Trabaja, así mismo, para que en la legislación internacional del trabajo se reconozca «*igualdad de trato*, en cada país, *entre inmigrados e indígenas*»—y «derecho, para los Estados de los emigrantes, de enviar a los países de inmigración, funcionarios encargados de inspeccionar la aplicación a sus nacionalidades de las medidas de reciprocidad.»

Su ideal, por fin, es encauzar el movimiento social hacia los grandes y eternos principios del Cristianismo, realizando así aquella sublime aspiración de nuestro amadísimo maestro P. Gerard, cuando decía: «*El movimiento social del mundo* es un hecho aplastante y brutal; de un lado van quedando los socialistas y anarquistas; del otro, los católicos; unos y otros tratando de reprimir y exterminar las injusticias. La cuestión se reduce a saber *si seremos nosotros o serán ellos los que dirijamos este movimiento*. ¿Por qué vamos a consentir, si la justicia y la razón son nuestras, que se arranquen tan sagrados ideales de nuestra preciosa bandera? ¿Qué preferís?

¿Que con el pretexto de que no podremos contener eso avasallador movimiento social, cedamos y dejemos que *se lleven a esas almas para pervertirlas* con su odio al capital, a la Religión, a la verdadera justicia, poniendo en peligro la existencia misma de la sociedad?» (6.^a Semana Social, pág. 361.)

¡Llor, pues, a la Internacional Cristiana que trata

de cobijar bajo la Cruz del Redentor a todos los trabajadores del mundo! ¡Loor también a la Federación Nacional de los Sindicatos C. Libres de España que tan gigantesca labor ha llevado a cabo! ¡Loor, finalmente, y descanso eterno al infatigable apóstol del Sindicalismo Obrero Católico Libre en nuestra patria, R. P. Gerard!

Lux aeterna luceat ei!





APÉNDICE 1.º

PRINCIPIOS Y CONCLUSIONES

DE

La Internacional Cristiana

INTEGRADA POR

La Federación Nacional de Sindicatos Obreros C. Libres

===== DE ESPAÑA =====

PRINCIPIOS

Los Delegados de los Sindicatos Cristianos de Bélgica, España, Francia, Holanda, Italia, Lituania, Polonia y Suiza, reunidos en Congreso en París del 16 al 19 de Marzo de 1919, declaran:

a) Que la colaboración entre el Capital y el Trabajo no puede ser posible, cordial y fecunda, si no está fundada sobre la justicia social y la libre organización sindical, tanto de los patronos como de los obreros.

b) Que sólo los principios cristianos pueden inspirar y garantizar la justicia social, confiriendo a la organización de las clases y a sus relaciones indispensables una fuerza y una disciplina que sean útiles a todos.

c) Que el principio de la libertad de organización

debe comprender la facultad para el patrono y el obrero de pertenecer a la asociación que responda mejor a su ideal social, y la obligación, por parte del Estado, de reconocer a toda organización el derecho de representación en relación con su fuerza efectiva.

d) Que este principio no excluye, mientras que la unidad sindical absoluta no sea un hecho, la realización sea en ciertos casos, sea aun de modo permanente, de una inteligencia sindical resultante de acuerdos entre las diversas corrientes corporativas que respeten mutuamente sus principios diferentes.

e) Que responde al orden de la naturaleza y a las exigencias de la Sociedad, que la mujer casada sea puesta en estado de alejarse lo menos posible de la casa y de la familia, y que el niño no sea admitido al trabajo hasta después de llegar a un desenvolvimiento físico conveniente y a un grado suficiente de instrucción general y profesional.

f) Que el peligro actual es la desafección de las clases trabajadoras para su patria y su propia profesión, peligro para el cual no hay más que un remedio, es decir, la posibilidad para todos de llegar a la propiedad personal y familiar, gracias a un renacimiento del espíritu profesional y a un trabajo más intenso.

g) Que la paz mundial es imposible sin la paz social.

CONCLUSIONES

La reunión emite el voto que el próximo Tratado de paz especifique el compromiso, que contraerán las Potencias signatarias de elaborar una legislación internacional del trabajo, preparando, introduciendo o promulgando las reformas siguientes:

I—Derecho de Asociación

- a) Derecho de asociación para los trabajadores y garantía de la libre elección de sus asociaciones.
- b) Reconocimiento de la más amplia libertad de acción y de organización para las asociaciones sindicales, federales y confederales.
- c) Colaboración obligatoria de las organizaciones sindicales en la preparación, mejora y aplicación de la legislación obrera.

II—Protección legal de los trabajadores

A—Duración del trabajo

- d) Prohibición del trabajo asalariado para los niños menores de 14 años.
- e) Mantenimiento tan riguroso como sea posible, de la mujer casada en su hogar.
- f) Prohibición del trabajo de noche para las mujeres y para los jóvenes menores de 18 años, en las fábricas, escritorios, talleres y almacenes.
- g) Garantía de una suficiente interrupción del trabajo antes y después del parto.
- h) Disminución progresiva de la duración cotidiana del trabajo a medida de la mejora de los métodos de producción.
- i) Fijación actual de esta duración bajo la base normal de ocho horas por día.
- j) Reducción actual de esta duración para los trabajadores ocupados en las minas, los altos hornos y las industrias peligrosas e insalubres.
- k) Establecimiento, para todos los trabajadores, de un descanso tanto como sea posible interrumpido,

de una jornada y media o día y medio por semana, comprendiendo en él el domingo.

l) Establecimiento, para todos los trabajadores, de un asueto anual pagado.

B—Salario

m) Instituto de comisiones mixtas permanentes para la fijación de los salarios mínimos en la industria, el comercio y la agricultura.

n) Reconocimiento, para la retribución del trabajo femenino, del principio «a rendimiento igual, salario igual.»

C—Industrias especiales

o) Protección especial por la ley para los obreros ocupados en las industrias peligrosas e insalubres.

p) Protección legal de los trabajadores a domicilio y aplicación en su favor de la legislación obrera.

q) Aplicación de la legislación obrera a los trabajadores agrícolas, a los pescadores y a los marineros.

III—Organización profesional

r) Participación obrera efectiva en las ganancias y en la gestión de las empresas.

s) Organización legal de los consejos del trabajo locales, regionales y nacionales, para la aplicación de las leyes sociales, el establecimiento de las convenciones colectivas de trabajo, la solución de las cuestiones o conflictos profesionales por vía de conciliación o de arbitraje.

t) Estatuto legal de la convención colectiva de trabajo, de su extensión y de sus sanciones.

u) Reglamentación de la inspección del trabajo, con

el apoyo de las organizaciones sindicales y el nombramiento de inspectores designados por los sindicatos.

IV—Emigración

v) Libertad de las emigraciones, según acuerdo entre gobernantes y sindicatos de los países directamente interesados.

w) Igualdad de trato en cada país, entre inmigrantes e indígenas.

x) Derecho para los Estados de los emigrantes, de enviar a los países de inmigración, funcionarios encargados de inspeccionar la aplicación a sus nacionales de las medidas de reciprocidad.

V—Educación e instrucción

y) Institución, con el libre concurso de las organizaciones profesionales interesadas, de la enseñanza y de la educación profesional gratuita y obligatoria del trabajador: prenociones, aprendizaje, cursos complementarios dados en el transcurso de las horas del trabajo hasta los 18 años, enseñanza técnica superior.

VI—Instituciones sociales

z) Organización de seguros sociales concernientes a la enfermedad, los partos, el paro forzoso, la vejez, los accidentes y en general todos los riesgos de la vida obrera; institución de cajas de mutualidad familiar; sobre todo para el caso de nacimiento y defunción, aplicación de todos los seguros sociales proporcionalmente a las cargas de la familia del trabajador.

aa) Mejora y saneamiento de las habitaciones obreras; creación de organismos para facilitar la adquisición de ellas por el trabajador.

bb) Fomento y organización, por el acuerdo convergente de la ley y de la actividad privada, de todas las formas de propiedad y de trabajo en las cuales esos dos elementos se funden, se asocian y cooperan; pequeña explotación individual o familiar, pequeñas profesiones, aparcerías, pequeños arriendos, arriendos en común, desenvolvimiento de la libre cooperación; distribución a domicilio de la fuerza eléctrica.

VII—Organización internacional

cc) Creación de un instituto internacional del trabajo, encargado de preparar y proponer la legislación obrera a la cual deberán conformarse las diversas legislaciones nacionales, y de velar por su aplicación mediante una inspección internacional.

dd) Representación de cada nación en este instituto por dos delegados de los gobiernos, dos delegados de las organizaciones obreras, y dos delegados de las organizaciones patronales, con el fin de dar una justa representación de las diversas organizaciones industriales, comerciales y agrícolas, cualquiera que sea la escuela a que pertenezcan.

NOTA. Traducción fiel del original francés, propiedad de la *Federación Nacional* de Sindicatos Obreros Católico-Libres de España.



APÉNDICE 2.º

La Prensa Española y el Sindicalismo Católico Libre

Para alentar a nuestros valientes compañeros de Sindicación libre, que desparramados por diversas provincias de nuestra nación, luchan con denuedo por el reinado de la justicia social, queremos recoger aquí algunas de las muchas manifestaciones de simpatía y amor a nuestros Sindicatos Libres que por todas partes se nos han hecho en la Prensa Española.

I—Los periódicos

Han sido muchísimos y de toda clase de partidos políticos, los periódicos que al hacer la crítica del folleto «Cartas a un obrero sobre el Sindicalismo Católico Libre», volumen 1.º de nuestra «Biblioteca del Sindicalista Católico», han manifestado terminantemente su conformidad con nuestra organización y programa de reivindicaciones obreras. Tales son el *Pensamiento Navarro* de Pamplona, *La Información* y *La Constancia* de San Sebastián, *El Besaya* de Torrelavega, *El Diario de Valencia* y *El Henares* de Sigüenza.

De entre éstos dice *El Eco de Santiago*: «Las admirables Cartas sociales del Sr. Goñi son dignas de lectura y meditación y todo Sindicalista, y aun el que no lo sea, debe adquirir tal obra, pues en ella encontrará soluciones para sus dudas, a la par que aprenderá una clara y conveniente doctrina social.»

El Tiempo, diario político de Alicante, escribe así mismo: «Que el Sindicalismo es la forma ideal para la perfecta organización de la clase obrera, es indudable... ¿Debe España continuar *con los ojos cerrados* a la evidencia, y empeñarse en no dirigir la vida social por los caminos abiertos por la civilización y el progreso?... El verdadero, el único Sindicalismo... el que debe servir de sólido fundamento para las futuras organizaciones sociales y obreras, es el Sindicalismo Católico... Pero, y he aquí lo más curioso del caso, todavía hay dentro del campo católico, parte de opinión patronal, que aferrada por egoísmos o por ignorancia a sus criterios adversos a la organización sindicalista, la combate aun en la forma confesional católica...

El P. Goñi,... es la negación rotunda, el mentís más enérgico de esa opinión tan vulgarizada entre los elementos de las izquierdas, de que el clero sólo defiende el capital...»

El Correo Español, escribía también en Mayo último, un entusiasta artículo en pro del Sindicalismo C. Libre, y después de notar cómo la Comunion Carlita en general es defensora de esta sindicación, añadía:

«Como antítesis de la conducta y modo de pensar nuestros, hemos observado también que la casi totalidad de los señores católicos, denominados «conservadores» o liberales (en política), son enemigos de lo organización de los Sindicatos libres.

Testigos hemos sido en más de una ocasión del efecto que el calificativo «libre», aplicado a los Sindicatos de obreros católicos, produjo en esos señores, que,

por otra parte, se consideran entusiastas decididos de la «libertad liberal».

La actitud de estos señores frente a las Agrupaciones libres, *constituye un poderoso obstáculo para la organización obrera cristiana, y contribuye indirectamente al fomento de las agrupaciones socialistas.*

Efecto de esa *incomprensible actitud* es el que en las grandes poblaciones no se hayan creado toda clase de Agrupaciones gremiales de obreros católicos, obligando a muchos de éstos a alistarse en las establecidas en las llamadas Casas del Pueblo de origen, objeto y fin socialistas.

Tan monstruosa aberración por parte de los llamados católicos constituye una ofensa para las autoridades eclesiásticas y para los obreros cristianos.

.
Mientras no desaparezca la prevención con que muchísimos de los católicos miran a las Agrupaciones sindicalistas libres de obreros católicos *no se conseguirá dar un solo paso en el camino de la acción social católica, y tengamos presente que el menor tropiezo nuestro es un nuevo avance del socialismo y que nunca como en los tiempos presentes las demoras, los tropezones y las tibiezas pudieran ser más perjudiciales a la causa de la Religión y del orden social.»*

* * *

El Pensamiento Navarro, por fin, diario tradicionalista de Pamplona, decía hablando del folleto antes indicado:

«Si el contenido de este libro, pleno de enseñanzas

sociológicas, no le diera una notable importancia, la actualidad misma se encargaría de hacerle el mayor reclamo que su autor pudiera apetecer.

Hemos dicho la actualidad y así es en verdad; un momento de observación acerca de lo que nos rodea y advertiremos los ruidos que la gran lucha social, por los cuatro puntos extendida, produce; esa gran lucha entre los dos enormes ejércitos, formados el uno por el proletariado universal y el otro por los poderosos de la tierra; los dos bandos, que ya se han encontrado, y parece que, viniéndose a las manos, llevan ánimos de dejar definitivamente resuelto el único, el definitivo problema que siempre ha tenido en conmoción a la humanidad.

¡Quién sabe si pasará una generación sin que asista la humanidad al momento más terrible de esta gran batalla!

Entre ese gran ejército formado por el proletariado, hay una fracción—cada día más numerosa afortunadamente—que enarbola una bandera regalada por la misma Iglesia de Jesucristo por boca del inmortal Pontífice León XIII, bendecida por insignes Prelados y defendida por eminentes Doctores y publicistas: la bandera del Sindicalismo Católico Libre.

.
Con esta obra ha hecho su autor un buen servicio a la causa del bien, difundiendo, entre todo el campo católico, el conocimiento del Sindicalismo Católico Libre, la nueva escuela social, *digna de conocerse y de la protección de cuantos aman la justicia y el orden social.*»

II.—Las revistas

No menos se han declarado partidarias de nuestra sindicación, numerosas revistas. Citaremos entre otras, *La Acción Social* de Navarra, *La Ciencia Tomista* de Madrid, *La Revista Quincenal* de Barcelona, y *España y América* de Madrid.

Copiamos de esta última. «En ellas («Cartas a un obrero») se exponen las dificultades y los retrasos, ya refutados en mil ocasiones, y que con harta frecuencia y *sin ninguna franqueza y sinceridad* vuélvense a repetir contra las actuaciones y organización de los Sindicatos C. Libres... Hay enemigos de *casa* más ciegos que los de la acera de enfrente, que con palabras melosas e insinceridades a granel—y en ocasiones con actitudes amenazadoras y trágicas—pretenden anular la fundación y el desarrollo del Sindicalismo C. Libre en los Centros fabriles».

* * *

El Correo Josefino, órgano de muchos Seminarios, incluso del Pontificio Colegio Español de Roma, y que se publica en Tortosa, escribía en su último número de Junio:

«Ciego ha de ser quien no advierta que, para los complejos y apremiantes problemas que en el terreno social se suscitan hoy día, *no hay solución adecuada y practicable sino el Sindicato Católico Libre*; que solamente con él se logrará contrarrestar el brutal desenfreno del anarquismo, a la vez que prevenir los abusos de los poderosos. *Esta idea, que está en el ambiente y que prevalecerá más cada día*, es la que ha inspirado las «Cartas a un obrero sobre el Sindica-

lismo Católico Libre», cuya organización, cuyo programa, basado en las enseñanzas del inmortal León XIII y de esclarecidos príncipes de la Iglesia, y cuyo espíritu, francamente confesional, expone y propugna con ardoroso entusiasmo el Dr. Goñi. Parte muy interesante del libro es la refutación de las objeciones y reparos que con harta frecuencia se suelen oponer al establecimiento de los Sindicatos libres. Merece el autor efusivos plácemes por su trabajo, que *puede hacer mucho bien entre los engañados y oprimidos por la beocia tiranía socialista.*»

* * *

Finalmente *La Acción Social Navarra*, órgano de la Federación Agraria de Navarra, no dudó en escribir:

«Es indudable que las conferencias sociales contribuyen no poco a la instrucción del obrero. Sin embargo, el autor del libro en que nos vamos a ocupar, no se contenta con dar conferencias a los socios de los Sindicatos Católicos Libres de Pamplona de los cuales es docto Consiliario.

Y hace muy bien. Habéis oído al conferenciante, dice un ilustre sociólogo, y habéis dicho: tiene razón; pero mañana cuando la armonía de su palabra no resuene en vuestros oídos, quizá no os quede de ella sino una impresión fugitiva: en cambio el periódico es un conferenciante que os habla a la hora que vosotros mismos escogéis y durante el tiempo que queráis.

Por eso el autor de la presente obra, completa su labor de conferenciante colaborando en todos los números de *El Obrero Sindicalista*. Y, entre otros traba-

jos, ha ido publicando *treinta y tres* cartas a un obrero sobre el Sindicalismo Católico Libre, su naturaleza, fin, necesidad, clases, confesionalidad, organización, etc., etc. Sobre todo, como es natural, defiende a los Sindicatos puros, de las muchas acusaciones que les dirigen los enemigos de fuera... y los de dentro, (mil veces más temibles que los de fuera), probando hasta la saciedad que los sindicatos obreros puros no sólo resisten la comparación con los mixtos, integrales y paralelos, sino que les superan en mucho y no tienen los inconvenientes de que aquellos adolecen.

Hubiera sido una lástima que estas Cartas, en que tantas dificultades se desvanecen en estilo diáfano, y dotado de la precisión que tanto se echa de menos en esta clase de escritos, no hubiese tenido más vida que la efímera de todo trabajo periodístico. Por eso, tenemos por un raro acierto del autor la idea de coleccionar estas cartas en un volumen, primero de la *Biblioteca del Sindicalista Católico*.

Hoy como nunca urge la propaganda sindicalista. «En el sindicalismo obrero profesional, escribía en 1917 el P. Gafo, seguimos con retraso, con un retraso vergonzoso y hasta criminal, porque nunca el socialismo (tanto el internacional como el nacional) se ha visto tan desconcertado y maltrecho como ahora, ni en medio de las dificultades inherentes a esta acción hemos tenido normas tan claras, seguras y estimuladoras como las contenidas en la memorable pastoral *Justicia y Caridad* de nuestro sabio Cardenal Primado.

¿Por qué el Sindicalismo obrero católico no prospere como es debido?... Claro es que esta acción está erizada de dificultades: si no se afrontan, queda redu-

cida, ahogada por éstas, a un vano simulacro; si se afrontan, hay que proclamar verdades muy amargas para unos y transformar profundamente la vida con merma de intereses y comodidades para muchos, y velar intensamente el desarrollo lógico de un grupo de doctrinas aún no explotadas, para no caer en extremos funestísimos.»

Desde 1917, los acontecimientos que se han ido precipitando, han hecho mayor el peligro social y por lo tanto, más urgente la propaganda sindicalista.

Es indispensable que las ideas sembradas por el P. Gerard (q. e. p. d.) germinen y den frutos abundantes en nuestra patria.

Y pocos habrá que se hayan empapado tan bien como el señor Goñi de las enseñanzas profundas y luminosas del sabio dominico que acaba de morir.»

Como «broche de oro» que cierre esta serie de alabanzas al Sindicalismo C. Libre (que aún podría prolongar notablemente) séame lícito citar estas palabras que, después de ponderar la sencillez, forma literaria, etc., de mi folleto, me añadió el Emmo. C. Primado en conferencia habida con él el 29 de Mayo de 1919: «*Su libro está llamado a hacer mucho bien entre los obreros*».

A. M. D. G.



INDICE

	<u>Páginas</u>
A la memoria veneranda del R. P. Gerard, O. P.	5
Al lector	5
POESIAS SINDICALISTAS	
I.—La cuestión social	9
II.—Las injusticias sociales.	14
III.—Los desheredados de la fortuna	16
IV.—El capitalismo sin entrañas	18
V.—Soberbia y vanidad	22
VI.—La prensa liberal.	26
VII.—Salarios de hambre	29
VIII.—En el pecado la penitencia	33
IX.—El bolchevikismo.	38
X.—Injusticias de ciertos obreros.	42
XI.—Hipocresía de algunos patronos	45
XII.—Ricos y pobres ;	49
XIII.—Concausas de la cuestión social.	53
XIV.—Religión y progreso.	56
XV.—El catecismo	61
XVI.—Nuestro último fin	66
XVII.—Sed de lo infinito.	70
XVIII.—El poema de la Cruz	75
XIX.—La caridad.	77
XX.—Esperanza y resignación	81
XXI.—La instrucción.	84
XXII.—El trabajo	88
XXIII.—La propiedad privada.	91

	<u>Páginas</u>
XXIV.—La agricultura.	96
XXV.—La Patria	100
XXVI.—Los padres y los hijos	103
XXVII.—La esposa del obrero	106
XXVIII.—Almas nobles.	115
XXIX.—Sindicalistas Católico-libres	119
XXX.—Mecánica social	122
XXXI.—Servidumbre con visos de libertad	126
XXXII.—Con pié seguro	131
XXXIII.—Menos palabras y más obras	134
XXXIV.—Cultura social.	138
XXXV.—La propaganda	141
XXXVI.—La pluma.	145
XXXVII.—La huelga	149
XXXVIII.—La Internacional Cristiana.	153
APENDICE 1.º—Principios y conclusiones de <i>La Internacional Cristiana</i> integrada por <i>La Federación Nacional de Sindicatos Obreros C. Libres</i> de España.	159
APENDICE 2.º—La Prensa española y el Sindicalismo Católico Libre.	165